Hermosos y Malditos
Libro Tercero

Por

Francis Scott Fitzgerald

Freeditorial

1. Un problema de civilización

Al oír una furiosa orden procedente de alguna fuente invisible, Anthony buscó a tientas sitio en el interior del vagón. Pensaba que por primera vez en más de tres años iba a estar lejos de Gloria. Lo irrevocable de la situación lo llenó de melancolía. Era su chica lo que dejaba atrás, la más encantadora del mundo.

Anthony creía que habían llegado a un arreglo financiero muy práctico: ella se quedaría con trescientos setenta y cinco dólares al mes —lo que no era demasiado, considerando que casi la mitad se iría en pagar el alquiler—, y él con cincuenta, como suplemento de su paga. No veía la necesidad de reservarse más: recibiría gratis comida, ropa y alojamiento, y los soldados rasos carecen de obligaciones sociales.

El vagón estaba abarrotado y la atmósfera demasiado cargada. Era del tipo conocido como clase económica, una especie de coche-salón de pacotilla, con suelo sin alfombrar y asientos de paja que necesitaban una buena limpieza. Anthony, sin embargo, se sintió aliviado. Vagamente había temido que hicieran el viaje hacia el sur en un vagón de mercancías, con ocho caballos en un extremo y cuarenta hombres en el otro. Había oído tantas veces la historia de «hommes 40, chevaux 8» que le resultaba ya confusa y de mal agüero.

Mientras avanzaba dando tumbos por el pasillo, con el macuto cuartelero colgado del hombro como una monstruosa salchicha azul, no vio sitios vacíos, pero al cabo de un momento reparó en un hueco ocupado por los pies de un siciliano muy moreno, de corta estatura, que, con el gorro calado hasta los ojos, estaba insolentemente repantigado en un rincón. Al detenerse Anthony a su lado levantó la vista para intimidarlo con un gesto ceñudo que sin duda había adoptado como defensa contra un mundo poblado de incógnitas. Cuando Anthony le preguntó con voz cortante si estaba ocupado el sitio, alzó los pies tan despacio como si fueran un paquete muy frágil, colocándolos cuidadosamente en el suelo. Sus ojos siguieron fijos en Anthony, que procedió a sentarse, desabrochándose la chaqueta del uniforme que le habían entregado el día antes en Camp Upton. Le rozaba a la altura de las axilas.

Antes de que Anthony pudiera examinar a los otros ocupantes de la sección, un joven alférez entró inesperadamente por un extremo del vagón y avanzó a buen paso por el corredor, anunciando con voz pasmosamente desagradable:

—¡En este vagón no se puede fumar! ¡Prohibido fumar! ¡No fumen en este vagón!

Al desaparecer el oficial por el extremo opuesto, una docena de nubecillas de protesta se alzaron por todos lados.

—¡Caramba!

—¡Maldita sea!

—¿No se puede fumar?

—¡Eh, amigo, vuelva aquí otra vez!

—¿A qué demonios viene eso?

Dos o tres cigarrillos salieron disparados por las ventanillas abiertas. Otros siguieron dentro, aunque

sus propietarios los mantuvieran relativamente escondidos. Desde distintos sitios y con tono jactancioso, o de burla, o de disposición sumisa, surgieron comentarios que enseguida se fundieron con el desganado silencio que todo lo llenaba.

El cuarto ocupante de la sección de Anthony alzó la voz de repente:

—Adiós, libertad —dijo con tono malhumorado—. Adiós todo menos ser el perro faldero de un oficial.

Anthony lo miró. Era un irlandés alto, con una expresión marcada por la indiferencia y el más absoluto desprecio. Sus ojos se posaron sobre Anthony, como si esperara una respuesta, y luego en los demás. Al recibir tan solo una mirada desafiante del italiano, lanzó un gruñido y escupió ruidosamente en el suelo como para justificar dignamente su vuelta al mutismo.

Pocos minutos después la puerta se abrió de nuevo y el alférez reapareció empujado por la misma ráfaga de viento oficial que parecía acompañarlo siempre, pero esta vez gritando algo distinto.

—¡De acuerdo, muchachos, fumen si quieren! ¡Ha sido mía la equivocación! ¡Pueden fumar, no hay inconveniente! ¡Soy yo el que se ha equivocado!

En esta ocasión Anthony pudo verlo con más calma. Era delgado y joven, pero estaba prematuramente descolorido; todo él parecía, como su propio bigote, un reluciente montón de paja. Tenía una barbilla algo débil que intentaba compensar con un ceño tan marcado como poco convincente, un ceño que Anthony relacionaría con los rostros de muchos jóvenes oficiales a lo largo de un año entero.

Inmediatamente todo el mundo se puso a fumar… tanto si con anterioridad habían tenido ganas de hacerlo como si no. El pitillo de Anthony contribuyó a espesar la neblina que parecía moverse de un lado para otro en nubes irisadas con cada movimiento del tren. La conversación, que había decaído entre las dos llamativas visitas del joven oficial, revivió ahora sin mucho entusiasmo; los reclutas que estaban al otro lado del pasillo empezaron a hacer torpes experimentos para determinar la relativa comodidad de sus asientos de paja; dos partidas de cartas, desganadamente empezadas, atrajeron pronto a varios espectadores que ocuparon posiciones en los brazos de los asientos. Al cabo de unos minutos Anthony tomó conciencia de un persistente y molesto sonido: el insolente italiano de corta estatura se había quedado audiblemente dormido. Resultaba penoso contemplar a aquel protoplasma animado, al que tan solo la urbanidad sugería considerar como dotado de razón, encerrado en un vagón por una civilización incomprensible, y llevado a algún sitio para hacer algo muy vago, sin objeto, significado o importancia. Anthony dejó escapar un suspiro, abrió un periódico que no recordaba haber comprado, y se puso a leer aprovechando la débil luz amarillenta que alumbraba el vagón.

Las diez chocaron pesadamente con las once; las horas siguientes tropezaron y se enredaron y avanzaron más despacio.

Asombrosamente el tren se detenía en medio del campo en tinieblas, permitiéndose de cuando en cuando breves, engañosos movimientos hacia delante o hacia atrás y silbando ásperos himnos en la noche otoñal. Después de leer el periódico de cabo a rabo, editoriales, historietas ilustradas y poemas bélicos, Anthony reparó en un suelto de media columna que llevaba como encabezamiento Shakespeareville, Kansas. Al parecer, la Cámara de Comercio de Shakespeareville había mantenido recientemente un debate lleno de entusiasmo sobre si deberían conocerse a los soldados americanos como «hijos de Sam» o «luchadores cristianos». La idea le hizo sentir náuseas. Cerró el periódico,

bostezó y dejó correr la imaginación. Se preguntó por qué Gloria habría llegado tarde. ¡Daba la impresión de haber pasado ya tanto tiempo…! Anthony notó de pronto la soledad como un dolor agudo. Trató de imaginar desde qué ángulo vería ella su nueva posición, qué sitio continuaría ocupando él en sus pensamientos. Aquella idea sirvió para deprimirlo aún más… abrió el periódico y se puso de nuevo a leer.

Los miembros de la Cámara de Comercio de Shakespeareville se habían decidido por los «muchachos de la libertad».

Durante dos días y dos noches el tren siguió traqueteando en dirección sur, haciendo misteriosas e inexplicables paradas en parajes a todas luces desiertos para luego atravesar ciudades importantes con un pomposo aire de apresuramiento. Los caprichos de aquel tren presagiaban para Anthony las excentricidades de toda administración militar.

En los desiertos donde se detenían les llegaba desde el furgón de equipajes el rancho de alubias y tocino que al principio Anthony fue incapaz de comer; se alimentó frugalmente con algo de chocolate con leche distribuido por la cantina de un pueblo. Pero al segundo día, la producción del furgón de equipajes empezó a parecerle sorprendentemente apetitosa. En la mañana del tercer día se extendió el rumor de que antes de una hora llegarían a su destino, Camp Hooker.

Dentro del vagón el calor se había hecho insoportable, y los reclutas estaban en mangas de camisa. El sol entraba por las ventanillas, un sol antiguo y cansado, amarillento como un pergamino, y deformado además al atravesar los cristales: quería entrar en triunfantes cuadrados y producía tan solo manchas alabeadas, pero, en cambio, su regularidad resultaba sobrecogedora, hasta el punto de que Anthony lamentaba no ser el eje de giro de todos aquellos insignificantes aserraderos y árboles y postes de telégrafos que danzaban tan deprisa a su alrededor. Afuera el sol descargaba sus agobiantes trémolos sobre caminos de color verde oliva y campos de algodón en barbecho, detrás de los cuales corría una desigual línea de bosques interrumpidos por salientes de roca gris. El primer término quedaba escasamente puntuado de miserables cabañas en pésimo estado de conservación, entre las cuales, de cuando en cuando, pasaba muy deprisa un ejemplar del lánguido campesinado de Carolina del Sur, o en otras ocasiones algún negro vagabundo de mirada perpleja y taciturna.

Luego los bosques desaparecieron y los reclutas se hallaron avanzando por un amplio espacio, semejante a la tostada corteza de una gigantesca tarta, adornada con el azúcar de lustre de una infinidad de tiendas de campaña formando figuras geométricas sobre su superficie. El tren se detuvo después de muchas vacilaciones; el sol y los postes de telégrafos y los árboles se desvanecieron; y el universo estuvo meciéndose cada vez más despacio hasta recuperar su aspecto acostumbrado, con Anthony Patch en el centro. Mientras los reclutas, cansados y sudorosos, se apresuraban a salir del vagón, Anthony advirtió ya el inolvidable aroma que impregna todo campamento permanente: el olor a basura.

Camp Hooker era un sorprendente y espectacular cáncer que sugería más o menos la siguiente apostilla: «Un poblado minero en 1870. La Segunda Semana». Estaba formado por un conglomerado de cabañas de madera y tiendas de color gris blancuzco, unidas mediante una red de caminos, con zonas para hacer la instrucción de suelo firme y color pardo, bordeadas de árboles. Aquí y allá se alzaban las casas de color verde del YMCA, oasis poco prometedores, con su olor a ropa interior húmeda y cabinas telefónicas cerradas… y frente a cada una de ellas había normalmente una cantina, rebosante de vida, indolentemente presidida por un oficial que, con la ayuda de una motocicleta con sidecar, conseguía de ordinario convertir sus deberes castrenses en agradable tertulia.

Por los polvorientos caminos cruzaban a gran velocidad los soldados del cuerpo de intendencia, igualmente provistos de motocicletas con sidecar. También iban o venían los generales en sus automóviles oficiales, deteniéndose de cuando en cuando para hacer ponerse firmes a pequeños destacamentos distraídos, para mirar ceñudamente a capitanes que marchaban al frente de sus compañías y, en fin, para marcar la pauta de la manera más pomposa posible, dentro del brillante juego de ostentación que se estaba llevando a cabo triunfalmente por toda la zona.

Durante la primera semana, Anthony y los demás reclutas recién llegados encontraron todo su tiempo ocupado por una interminable serie de inoculaciones y exámenes médicos, y de ejercicios preliminares de instrucción. El joven Patch acababa todos los días desesperadamente cansado. Las botas que le entregó un popular sargento de intendencia, persona descuidada, le estaban pequeñas y el resultado era que se le hinchaban tanto los pies que las últimas horas de la tarde se convertían en insoportable tortura. Por primera vez en su vida podía echarse en la litera entre la comida y el toque de llamada para los ejercicios de la tarde y, con la impresión de hundirse cada vez más en una cama sin fondo, dormirse inmediatamente, mientras el ruido y las risas a su alrededor se difuminaban hasta transformarse en el agradable zumbido de una soñolienta tarde de verano en el campo. Por las mañanas se despertaba con agujetas y lleno de dolores, tan falto de consistencia como un fantasma, y corría a reunirse con otras figuras fantasmales que pululaban por la descolorida calle de la compañía, mientras una agria corneta alzaba al cielo gris sus agudos y tartamudos chillidos.

Anthony formaba parte de una compañía de infantería con dotación mínima: unos cien hombres aproximadamente. Después del invariable desayuno de bacon demasiado grasiento, tostada fría y copos de maíz, el centenar de hombres se precipitaba sobre las letrinas, que, por muy bien que se limpiaran, siempre resultaban intolerables, como los retretes de los hoteles baratos. Luego salían al aire libre con muy poca marcialidad: el recluta lisiado que iba a la izquierda de Anthony desfigurando grotescamente los desganados esfuerzos del joven Patch para no perder el paso, y los sargentos de pelotón alardeando exageradamente para impresionar a oficiales y reclutas, o, por el contrario, muy pegados a la línea de marcha, evitando al mismo tiempo el excesivo gasto de energías y la innecesaria visibilidad.

Cuando llegaban al campo de entrenamiento el trabajo comenzaba inmediatamente: se quitaban la camisa para hacer gimnasia. Era la única parte del día en que Anthony disfrutaba. El teniente Kretching, que dirigía los ejercicios, era nervudo y musculoso, y Anthony repetía sus movimientos fielmente, con la sensación de estar haciendo algo de positiva utilidad personal. Los otros oficiales y sargentos se paseaban entre los reclutas con malevolencia de colegiales, agrupándose alrededor de algún desgraciado, falto de control muscular, dándole al mismo tiempo órdenes y consejos que le desorientaban. Cuando descubrían ejemplares especialmente calamitosos y mal alimentados, se quedaban allí durante toda la media hora haciendo comentarios hirientes y riéndose entre ellos.

Un oficial bajito llamado Hopkins, que había sido sargento en el ejército regular, resultaba particularmente molesto. Consideraba la guerra un regalo que los dioses le habían hecho para que pudiera vengarse, y la preocupación constante de sus arengas era que los novatos se dieran cuenta de la enorme gravedad y responsabilidad de «la milicia». Consideraba que mediante una combinación de prudencia e intrépida eficiencia había logrado elevarse hasta la situación de magnificencia que ahora ocupaba, y se esforzaba por imitar las peculiares tiranías de todos los oficiales bajo cuyo mando había servido en tiempos pretéritos. Su entrecejo estaba permanentemente fruncido, y antes de dar a un soldado el pase para ir a la ciudad, pesaba sesudamente el efecto de aquella ausencia sobre la compañía, sobre el ejército, y sobre la prosperidad de la profesión militar en todo el mundo.

El teniente Kretching, rubio, obtuso y flemático, se encargó tediosamente de dar a conocer a Anthony los problemas del firmes, izquierda, derecha, media vuelta y en su lugar descansen. Su principal defecto era la falta de memoria. Con frecuencia dejaba a la compañía en posición de firmes durante cinco minutos —con todos los músculos en tensión y doloridos—, mientras él explicaba un nuevo movimiento. El resultado era que solo los hombres del centro sabían de qué se trataba, ya que los componentes de los dos extremos tenían muy grabada la necesidad de mirar al frente en la posición de firmes.

La instrucción continuaba hasta el mediodía, y consistía en hacer hincapié en una sucesión de detalles infinitamente desprovistos de interés, y aunque Anthony se daba cuenta de que esto se hallaba de acuerdo con la lógica de la guerra, no por ello dejaba de irritarle. Que la misma deficiente presión sanguínea impropia de un oficial no entorpeciera en absoluto los deberes de un soldado raso era una absurda incongruencia. A veces, después de escuchar una larga filípica relacionada con un tema muy aburrido y a todas luces absurdo conocido como «cortesía» militar, Anthony sospechaba que el oculto propósito de la guerra era permitir que los oficiales del ejército regular —hombres con mentalidad y aspiraciones de colegiales— pudieran participar en una verdadera matanza. ¡Estaba siendo grotescamente sacrificado a los veinte años de paciencia de un Hopkins!

De sus tres compañeros de tienda —un objetor de conciencia de Tennessee con la cara muy plana, un polaco muy voluminoso y asustado, y el desdeñoso celta que iba a su lado en el tren—, los dos primeros pasaban las últimas horas de la tarde escribiendo eternas cartas a sus casas, mientras el irlandés se sentaba junto a la puerta silbándose una y otra vez a sí mismo media docena de estridentes y monótonos cantos de aves. Más por evitar su compañía que con la esperanza de divertirse, Anthony se fue a la ciudad cuando les levantaron la cuarentena al cabo de una semana. Se montaba en cualquier coche destartalado del enjambre que todas las tardes inundaba el campamento, y que media hora más tarde lo dejaba delante del hotel Stonewall en la calurosa y somnolienta calle Mayor.

Bajo la luz del crepúsculo la ciudad resultaba inesperadamente atractiva. Las aceras estaban pobladas de chicas con vestidos de brillantes colores, demasiado maquilladas que parloteaban incansables en voz baja e indolente; de docenas de taxistas que asaltaban a los oficiales que pasaban con «Lo llevo a cualquier sitio, teniente», y de una intermitente procesión de negros andrajosos, serviles y de andares pausados. Anthony, vagabundeando por aquella cálida penumbra, sintió por primera vez en años la lenta y erótica respiración del sur, palpable en la tibia suavidad del aire, el adormecerse del pensamiento y el lento transcurrir de las horas.

Había recorrido alrededor de una manzana cuando se vio detenido por una áspera voz de mando.

—¿No lo han enseñado a saludar a los oficiales?

Anthony se volvió aturdido hacia el hombre que le dirigía la palabra, un corpulento capitán de pelo negro, que lo miraba amenazadoramente con unos ojos castaños a punto de salírsele de las órbitas.

—¡Cuádrese! —La voz resonó literalmente como un trueno. Algunos peatones se detuvieron a mirar. Una muchacha de ojos dulces y vestido color lila se volvió hacia su amiga riendo con disimulo.

Anthony se cuadró.

—Deme su regimiento y compañía.

Anthony se los dio.

—¡A partir de ahora, cuando se cruce en la calle con un oficial, cuádrese y salúdelo!

—De acuerdo.

—Diga «Sí, mi capitán».

—Sí, mi capitán.

El oficial lanzó un gruñido, giró bruscamente y siguió calle abajo. Al cabo de un momento también Anthony echó a andar; la ciudad había dejado de ser indolente y exótica; la magia del crepúsculo se había esfumado por completo. Su mirada se interiorizó, advirtiendo la afrenta de que había sido objeto. Sintió un odio intenso contra aquel oficial, y contra todos los oficiales… la vida era insoportable.

Después de haber recorrido media manzana se dio cuenta de que la chica del vestido lila que se había reído de su desconcierto caminaba con su amiga unos diez pasos por delante de él. Se había vuelto varias veces para mirar a Anthony, con grandes ojos risueños que parecían del mismo color que su falda.

En la esquina ella y su acompañante redujeron visiblemente el paso: Anthony tenía que elegir entre reunirse con ellas o pasar de largo distraídamente. Después de adelantarlas, vaciló un momento y también disminuyó la velocidad. Las dos muchachas se pusieron enseguida a su altura riendo sin parar, pero no con la hilaridad estridente que Anthony hubiese esperado en el Norte por parte de cualquier actriz en aquella comedia tan familiar, sino con un suave murmullo, como el derramarse de una broma sutil con la que él se hubiese tropezado sin darse cuenta.

—Hola —dijo él.

Los ojos de la muchacha tenían la suavidad de las sombras. ¿Eran realmente de color violeta, o se trataba tan solo de un azul oscuro que se mezclaba con las grises tonalidades del crepúsculo?

—Una tarde muy agradable —se aventuró a decir Anthony, bastante inseguro.

—Sí que lo es —dijo la otra chica.

—Para usted no ha sido muy agradable —comentó con un suspiro la muchacha del vestido lila. Su voz parecía tan parte de la noche como la brisa soñolienta que agitaba el ala ancha de su sombrero.

—Había que darle una oportunidad para presumir —dijo Anthony con una risa desdeñosa.

—Supongo que sí —reconoció ella.

Doblaron la esquina y avanzaron lánguidamente por una calle lateral como siguiendo un cable a la deriva al que estuviesen atados. En aquella ciudad parecía completamente natural doblar esquinas, así como parecía natural no dirigirse hacia ningún sitio en particular, ni pensar en nada… La calle lateral estaba a oscuras, vástago repentino de un distrito de setos de escaramujo y casitas silenciosas muy retiradas de la calle.

—¿Adónde van ustedes? —preguntó Anthony cortésmente.

—Vamos, simplemente. —La respuesta era una disculpa, una pregunta y una explicación.

—¿Me permiten acompañarlas?

—Supongo que sí.

Era una ventaja que su acento fuera diferente. Anthony no hubiese sido capaz de determinar la posición social de una sureña por su manera de hablar; en Nueva York una chica de clase baja tendría un acento áspero, insoportable… excepto a través del rosado cristal de la embriaguez.

Se estaba echando encima la oscuridad. Sin hablar apenas. —Anthony haciendo preguntas más corteses que interesadas, las otras dos con provinciana economía de frase y significado— siguieron paseando hasta cruzar otra esquina y también la siguiente. En mitad de una manzana se detuvieron bajo un farol.

—Yo vivo cerca de aquí —explicó la otra chica.

—Y yo en la calle de atrás —dijo la muchacha del vestido lila.

—¿Me permite acompañarla a su casa?

—Hasta la esquina, si quiere.

La otra chica se alejó unos pasos. Anthony se quitó el gorro.

—Lo que tiene que hacer es saludar — dijo riendo la muchacha del vestido lila—. Todos los soldados saludan.

—Ya aprenderé —respondió él tranquilamente.

—Bueno —dijo la otra chica. Luego dudó un momento y añadió—: Llámame mañana, Dot —apartándose del círculo amarillo del farol. Anthony y la muchacha del vestido lila recorrieron en silencio las tres manzanas que los separaban de la destartalada casita que era el hogar de Dot. Delante del porche de madera ella vaciló un momento.

—Bueno… gracias.

—¿Tiene usted que irse tan pronto?

—Debo hacerlo.

—¿No puede pasear un poco más?

Ella lo miró fríamente.

—Ni siquiera lo conozco.

Anthony se echó a reír.

—Todavía no es muy tarde.

—Será mejor que entre en casa.

—Pensaba que quizá pudiéramos ir a ver una película.

—Me gustaría.

—Luego puedo traerla a casa. Tengo tiempo suficiente. No hace falta que esté en el campamento antes de las once.

Se había hecho tan de noche que apenas podía verla ya. La muchacha no era más que un vestido apenas agitado por el viento y dos ojos brillantes que tenían algo de temerario.

—¿Por qué no quieres venir? ¿No te gusta el cine? Anda, ven.

Dot movió la cabeza.

—No debería.

A Anthony le gustaba la chica, y se daba cuenta de que se resistía para causarle buen efecto. Se acercó más y le cogió una mano.

—¿Aunque estemos de vuelta para las diez? ¿Nada más que ver la película?

—Bueno… imagino que sí…

Cogidos de la mano regresaron hacia el centro por una calle oscura donde un negro, vendedor de periódicos, anunciaba una edición extraordinaria con la típica cadencia exigida por la tradición local, una cadencia tan musical como una canción.

Dot

Las relaciones de Anthony con Dorothy Raycroft fueron resultado inevitable de su creciente negligencia consigo mismo. No se acercó a ella ansioso de poseer lo deseable, ni sucumbió ante una personalidad más vital, más fuerte que la suya, como le había sucedido con Gloria cuatro años antes. Simplemente fue dejándose llevar por su incapacidad para tomar decisiones concretas. No sabía decir «¡No!» ni a los hombres ni a las mujeres; tanto el que venía a pedirle dinero como la que solicitaba su afecto se encontraban con un Anthony idealista y dócil. De hecho, raras veces tomaba decisiones, y cuando lo hacía no eran más que resoluciones medio histéricas, formuladas en los momentos de pánico provocados por algún horrorizado e irreparable despertar.

Lo que en esta ocasión le llevó a ceder fue la necesidad que sentía de estímulos exteriores. Tenía la impresión de que por primera vez en cuatro años iba a poder expresarse e interpretarse de nuevo a sí mismo. Aquella muchacha prometía tranquilidad; las horas que pasaba todas las tardes en su compañía aliviaban el enfermizo e inútil revolotear de su imaginación. Anthony se había convertido de verdad en un cobarde, en el absoluto esclavo de cien desordenadas ideas —constantemente al acecho—, puestas en libertad al desplomarse lo que hasta entonces había sido el carcelero jefe de su ineptitud: la auténtica devoción que Gloria le inspiraba.

Aquella primera noche, mientras se despedían junto al portón, Anthony besó a Dot y quedó en volver a verla el sábado siguiente. Luego regresó al campamento, y con la luz de la tienda ilegalmente encendida, escribió a Gloria una carta muy larga, una carta radiante, llena de oscuro sentimentalismo, del recordado hálito de las flores, de auténtica y extremada ternura: cosas que Anthony había aprendido de nuevo por un momento en un beso dado y recibido bajo la intensa y cálida luz de la luna una hora antes.

El sábado por la tarde Anthony encontró a Dot esperándolo a la entrada del cine Bijou. Iba vestida, como el miércoles anterior, con su vestido lila del más delicado organdí, aunque sin duda lo había lavado y almidonado desde entonces, porque estaba muy limpio y sin arrugas. La luz del día confirmó la primera impresión de Anthony: de una manera incompleta y algo superficial, Dot era bonita. Había frescura en ella, y aunque sus facciones fuesen pequeñas e irregulares, resultaban elocuentes y encajaban unas con otras. Era una florecilla oscura y perecedera, y sin embargo a Anthony le pareció que poseía cierta capacidad de discreción, cierta fuerza extraída de su pasiva aceptación de todas las cosas. En esto el joven Patch se equivocaba.

Dorothy Raycroft tenía diecinueve años. Su padre había regentado una tiendecita muy próspera en la

esquina de la calle, y ella terminó —con notas muy bajas— sus estudios de bachillerato dos días antes de que él muriera. En el instituto Dot había llegado a tener bastante mala reputación. En realidad, su comportamiento durante la excursión que hicieron juntos todos los del curso no había pasado de indiscreto: desde un punto de vista técnico, Dot siguió siendo virgen hasta más de un año después. Se trataba del dependiente de una tienda en Jackson Street, y al día siguiente el muchacho partió de manera imprevista hacia Nueva York. Llevaba tiempo pensando en marcharse, pero lo había ido retrasando hasta consumar su empresa amorosa.

Algo después Dorothy contó su aventura a una amiga, y terminada la confidencia, mientras la veía alejarse un relámpago de intuición que su historia iba a llegar a oídos de todo el mundo. Y, sin embargo, seguía sintiéndose mejor después de haberla contado, y hasta un poco cínica, y tuvo lo más parecido a un rasgo de carácter y conociendo a otro hombre con la honesta intención de disfrutar de nuevo. Por regla general a Dot le sucedían las cosas. No es que fuese débil, porque no había nada dentro de ella que le dijera que estaba siendo débil. Tampoco era fuerte, porque nunca supo que algunas de las cosas que hacían eran manifestaciones de valor. Dot no lanzaba desafíos, ni se ajustaba a las normas ni trataba de llegar a ninguna componenda.

Carecía de sentido del humor, pero gozaba en cambio de una manera de ser risueña que le permitía reírse en los momentos adecuados cuando estaba con hombres. Tampoco tenía intenciones definidas: a veces lamentaba vagamente que su reputación eliminara las posibilidades de situarse convenientemente. Y no es que su madre estuviese al tanto de sus amoríos: a mistres Raycroft solo le interesaba que su hija llegara puntualmente todas las mañanas a la joyería donde ganaba catorce dólares a la semana. Pero algunos de los muchachos que había conocido en el instituto pasaban sin saludarla cuando iban con «chicas decentes», y aquello la deprimía mucho. Cuando le sucedía una cosa así se iba a casa a llorar.

Además del dependiente de Jackson Street había habido otros dos hombres en su vida. El primero fue un oficial de la marina que pasó por la ciudad durante los primeros días de la guerra. Se había quedado una noche para establecer un contacto y estaba sin hacer nada, recostado contra una de las columnas del hotel Stonewall, cuando Dot pasó por allí. El oficial se quedó cuatro días más. Ella creyó amarle, y derrochó en él toda la primera histeria de la pasión que hubiera correspondido al pusilánime dependiente de Jackson Street. El uniforme del oficial de la marina —había aún muy pocos en aquellos días— había obrado el milagro. Él se marchó con vagas promesas en los labios y, una vez en el tren, se alegró de no haberle dicho su verdadero nombre.

Dot superó la depresión que tuvo después arrojándose en los brazos de Cyrus Fielding, hijo de un comerciante local de ropa hecha, que la había saludado desde su coche un día cuando ella pasaba por la acera. Dot sabía perfectamente quién era. Si la muchacha hubiese nacido en un estrato social más alto, él la hubiese conocido antes. Como Dot había descendido un poco más, el círculo terminó por cerrarse. Al cabo de un mes él se marchó a un campamento militar, un poco asustado de la intimidad nacida entre los dos, y algo aliviado al advertir que el interés de Dot por él no era demasiado profundo y que no era del tipo de chicas que crean problemas. Ella tiñó de romanticismo esta aventura, y su propia vanidad le inspiró la mentira piadosa de que era la guerra quien se había llevado a aquellos dos hombres. Sin embargo, llegó a preocuparle que en un espacio de ocho meses hubiese habido tres hombres en su vida. Pensó, con más miedo que asombro en el corazón, que muy pronto sería como aquellas «mujeres malas» de Jackson Street, a las que ella y sus amigas que mascaban chicle y lanzaban risitas todo el tiempo, habían ido a contemplar con ojos fascinados tres años antes.

Durante algún tiempo trató de tener más cuidado. Siguió permitiendo que los hombres «ligaran» con

ella; les dejó que la besaran, e incluso que se tomaran por la fuerza algunas otras libertades, pero no añadió nuevos nombres a su trío de antiguos amantes. Al cabo de varios meses la firmeza de su decisión —o más bien la intensidad de sus miedos— se hallaba muy deteriorada. Se sentía cada vez más inquieta, viéndose adormilada al margen de la vida y del tiempo mientras pasaban los meses de verano. Los soldados que conocía o bien estaban claramente por debajo de ella o bien, de manera menos evidente, por encima de ella, en cuyo caso solo deseaban usarla como a un objeto; eran yanquis, ásperos y sin delicadeza, que aparecían en grandes grupos… Luego conoció a Anthony.

La primera tarde el joven Patch apenas había sido para ella algo más que una agradable cara triste, una voz, una manera de pasar el rato; pero cuando acudió a la cita del sábado lo miró ya con respeto. Descubrió que le gustaba. Sin darse cuenta veía sus propias tragedias reflejadas en la cara de Anthony.

Entraron de nuevo en el cine, y volvieron después a pasear por las calles oscuras y llenas de aromas, esta vez cogidos de la mano, hablando de cuando en cuando en voz baja. Luego cruzaron el portón, camino del diminuto porche…

—Me puedo quedar un rato, ¿verdad?

—¡Chisss! —susurró ella—, no podemos hacer ningún ruido. Madre está levantada leyendo Historias con chispa.

Como para confirmarlo, Anthony oyó dentro el débil crujido del papel al pasar alguien de página. Las ranuras de las contraventanas abiertas dejaban pasar barras horizontales de luz que creaban finas líneas paralelas sobre la falda de Dorothy. La calle estaba silenciosa con la excepción de un grupo en los escalones de la casa al otro lado de la calzada, que, de cuando en cuando, alzaban la voz en una suave canción humorística.

… Cuando despiertes tendrás todas las lindas casitas…

Luego, como si hubiese estado esperando su llegada sobre algún tejado cercano, la sesgada luz de la luna atravesó de pronto las enredaderas e hizo que el rostro de la muchacha tuviera el color de las rosas blancas.

La memoria de Anthony se puso en marcha con inusitada fuerza, y ante sus ojos cerrados se formó la imagen —tan nítida como un flash-back sobre una pantalla, y surgida de cierta primaveral noche de deshielo, fuera del tiempo, en un semiolvidado invierno cinco años atrás— de otro rostro, radiante, parecido a una flor, vuelto hacia luces tan capaces de transformarlo como las mismas estrellas…

¡Ah, la belle dame sans merci que vivía en su corazón, y se le había dado a conocer en el transitorio esplendor de unos ojos oscuros en el Ritz-Carlton, o de una mirada incorpórea desde un carruaje en movimiento por los senderos del Bois de Boulogne! Pero aquellas noches eran tan solo parte de una canción, una magnificencia recordada… allí estaban otra vez las débiles brisas, las ilusiones, el eterno presente con su promesa de aventura romántica.

—¿Me quieres? —susurró ella—. ¿Me quieres?

El ensueño se había roto… los perdidos fragmentos de estrellas se convirtieron en simple luz, la música en el otro extremo de la calle se transformó en una nota única, en el plañido de las cigarras entre la hierba. Casi con un suspiro Anthony besó su boca encendida, mientras los brazos de Dot se alzaban hasta sus hombros.

El soldado

A medida que las semanas se secaban y se las llevaba el viento, los viajes de Anthony fueron ampliándose, y terminó por conocer el campamento y sus alrededores. Por primera vez en su vida estaba en constante contacto personal con los camareros a los que había dado propinas, con los taxistas que se habían llevado la mano a la gorra para saludarlo, los carpinteros, los fontaneros, los barberos y los granjeros que anteriormente solo se habían hecho notar por la obsequiosidad de sus genuflexiones profesionales. Durante los dos primeros meses en el campamento Anthony no llegó a mantener diez minutos seguidos de conversación con un hombre.

La ocupación de Anthony que figuraba en su hoja de servicios era «estudiante»; en el formulario original había escrito prematuramente «autor»; pero cuando sus compañeros le preguntaban a qué se dedicaba, decía habitualmente que era empleado de banco: si hubiese dicho la verdad (que no trabajaba) lo habrían mirado con desconfianza por ser miembro de las clases adineradas.

El sargento de su pelotón, Pop Donnelly, era un «viejo soldado» de pelo ralo, consumido por la bebida. Anteriormente Pop había pasado incontables semanas en prevención, pero recientemente, gracias a la urgente necesidad de instructores, se había visto elevado a su presente apogeo. Su tez estaba cubierta de cráteres, y presentaba una inconfundible semejanza con esas fotografías aéreas de «el campo de batalla en…». Una vez por semana se emborrachaba en la ciudad con aguardiente, volvía calmosamente al campamento y se derrumbaba sobre el catre; cuando salía a formar con los demás al tocar diana, su parecido con una mascarilla mortuoria era realmente extraordinario.

Abrigaba la sorprendente creencia de que, con gran astucia, «se la estaba pegando» al gobierno: había pasado dieciocho años a su servicio por un sueldo insignificante, y pronto se retiraría (al llegar aquí Pop solía hacer un guiño) con la impresionante pensión de cincuenta y cinco dólares al mes. Él lo consideraba una estupenda jugarreta contra las docenas de oficiales que lo habían asustado y se habían reído de él desde que no era más que un campesino de Georgia de diecinueve años.

En aquel momento había dos tenientes en la compañía: Hopkins y el popular Kretching. A este último se le tuvo por buena persona y excelente líder hasta que un año después desapareció con mil cien dólares del fondo de intendencia y, como tantos otros líderes, resultó extraordinariamente difícil de seguir.

Finalmente se llegaba al capitán Dunning, dios de aquel reducido —aunque autosuficiente— microcosmos. Era un oficial de la reserva, nervioso, enérgico y entusiasta. Esta última cualidad se materializaba con frecuencia, tomando la forma visible de espuma blanca en las comisuras de su boca. Como la mayoría de las personas con mando, el capitán veía a sus soldados estrictamente desde delante, y ante sus ojos esperanzados la compañía parecía ser exactamente la excelente unidad que se merecía una guerra igualmente excelente. A pesar de su mucha ansiedad y ensimismamiento, se lo estaba pasando estupendamente.

Baptiste, el pequeño siciliano del tren, tuvo problemas con él la segunda semana de instrucción. El capitán había ordenado varias veces que los hombres estuviesen bien afeitados cuando formaban por las mañanas. Un día se descubrió una alarmante contravención de aquella regla, sin duda un caso de connivencia con los teutones: durante la noche, a cuatro hombres les había crecido pelo en la cara. El hecho de que tres de los cuatro apenas entendieran inglés hizo aún más clara la necesidad de una lección práctica, de manera que el capitán Dunning, sin dudarlo un momento, envió a un voluntario a buscar una navaja. Después de lo cual, y para dejar a salvo la democracia, de las mejillas de tres italianos y un polaco se afeitó en seco media onza de pelo.

Fuera del mundo de la compañía se dejaba ver, de cuando en cuando, el coronel, un hombre corpulento, de dientes preparados para el gruñido, que circunnavegaba el campo de instrucción del batallón a lomos de un hermoso caballo negro. Era un graduado de West Point y, por mimetismo, un caballero. Tenía una mujer sin atractivo y él tampoco brillaba por su inteligencia; pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad aprovechándose de la privilegiada situación social de que el ejército disfrutaba en aquel momento. El último de todos era el general, que atravesaba las carreteras del campamento precedido por su bandera: una figura tan austera, tan remota, tan llena de magnificencia, que apenas resultaba comprensible.

Diciembre. Vientos refrescantes por la noche, y mañanas húmedas y frías en el campo de instrucción. A medida que desaparecía el calor, Anthony se descubría cada vez más contento de estar vivo. Sintiéndose extrañamente renovado en todo su cuerpo, tenía muy pocas preocupaciones y existía en el momento presente con una especie de satisfacción animal. No era que Gloria o la vida que Gloria representaba estuviera presente con menos frecuencia en sus pensamientos; era, simplemente, que su mujer se iba haciendo, día a día, menos real, y su contorno menos preciso. Durante una semana se escribieron apasionada, casi histéricamente… luego, por acuerdo tácito, habían pasado a dos, y luego a una carta por semana. Gloria se aburría, según le contaba; si la brigada de Anthony se quedaba allí mucho tiempo, ella iría a reunirse con él. Mr. Haight iba a estar en condiciones de presentar un escrito más satisfactorio de lo que pensaba en un principio, pero probablemente la apelación no llegaría a juicio hasta el final de la primavera. Muriel se hallaba en Nueva York trabajando para la Cruz Roja. ¿Qué le parecería a Anthony si ella hiciese lo mismo? El problema era que según había oído, quizá tuviera que bañar negros con alcohol, y después de aquella noticia ya no se sentía tan patriótica. La ciudad estaba llena de soldados y había vuelto a encontrarse con muchos chicos a los que no había visto desde años atrás…

Anthony no quería que Gloria viniese al sur. Se dijo a sí mismo que las razones eran muchas. Él necesitaba descansar de ella y ella de él. Gloria se aburriría desmesuradamente en la ciudad, y solo podría ver a Anthony unas pocas horas al día. Pero en el fondo de su corazón temía que la verdadera causa fuese el atractivo que Dorothy tenía para él. De hecho, vivía en el constante terror de que Gloria se enterara de su aventura por alguna coincidencia o porque alguien fuese a contárselo expresamente. Al cabo de dos semanas de relaciones con Dot la conciencia de su propia infidelidad empezó a producirle momentos de angustia. Sin embargo, al terminar el trabajo de cada día era incapaz de sobreponerse a la tentación que lo sacaba de la tienda y lo llevaba hasta el teléfono del YMCA.

—Dot.

—¿Sí?

—Quizá pueda ir esta noche.

—Me alegro mucho.

—¿Te apetece escuchar mi espléndida elocuencia durante unas cuantas horas inolvidables?

—¡Muy gracioso! —Por un instante Anthony tuvo un recuerdo de cinco años atrás… Geraldine.

Luego añadió:

—Llegaré hacia las ocho.

A las siete estaba ya en un coche destartalado camino de la ciudad, donde cientos de muchachitas

sureñas esperaban a sus amantes en porches bañados por la luna.

Para entonces Anthony anhelaba ya sus tibios y dilatados besos, la sorprendente quietud de las miradas que le dirigía… las miradas más cercanas a la adoración que el joven Patch había inspirado nunca. Gloria y él habían sido dos iguales, entregándose sin pensar en dar las gracias o crearse obligaciones. Para aquella muchacha sus caricias eran un don inestimable. Llorando mansamente Dot le había confesado que él no era el primer hombre en su vida; había habido otro… Anthony dedujo que aquella relación había concluido casi antes de empezar.

De hecho, en lo que a él se refería, Dot decía la verdad. Se había olvidado del dependiente, del oficial de la marina, del hijo del comerciante de ropa hecha; se había olvidado de la intensidad de sus emociones, que es el verdadero olvido. Dot sabía que en otra existencia opaca e insustancial alguien la había poseído… era como algo que hubiese sucedido en sueños.

Anthony iba a la ciudad casi todas las noches. Ahora refrescaba demasiado para quedarse en el porche, de manera que la madre les cedía la diminuta sala de estar, con su docena de litografías en colores con marcos baratos, sus yardas y más yardas de flecos decorativos, y la cargada atmósfera de varias décadas de proximidad a la cocina. Entre los dos encendían el fuego y luego, feliz, incansable, Dot ponía en marcha el ritual del amor. Más tarde, al dar las diez, ella iba con él hasta la puerta, despeinada, y pálido el rostro sin cosméticos que aún se volvía más pálido bajo la blanca luz de la luna cuando brillaba plateada en el exterior; a veces caían lentamente unas tibias gotas, demasiado indolentes, casi, para llegar al suelo.

—Di que me quieres —susurraba ella.

—Claro que sí, niñita mía.

—¿De verdad soy una niña? —Esto con entonación casi anhelante.

—Nada más que una niñita.

Dot sabía vagamente de la existencia de Gloria. Le hacía sufrir pensar en ello, de manera que se la imaginaba altanera, orgullosa y fría. Había decidido que Gloria tenía que ser mayor que Anthony, y que no existía cariño entre marido y mujer. A veces se permitía soñar que después de la guerra Anthony conseguiría el divorcio y se casarían… pero esto nunca se lo decía a Anthony, apenas sabía por qué. Dot compartía la idea de sus compañeros del campamento de que el joven Patch era una especie de empleado de banco… le creía respetable y pobre. A veces decía:

—Si tuviese dinero, querido, te lo daría todo a ti… Me gustaría tener unos cincuenta mil dólares.

—Imagino que eso sería más que suficiente —replicaba Anthony.

En su carta de aquel día Gloria había escrito: «Supongo que si pudiéramos llegar a un acuerdo por un millón, quizá fuera mejor dar la autorización a Mr. Haight para que lo arreglara así. Pero, por otra parte, sería una pena…».

—… Podríamos tener un automóvil — exclamó Dot, en un último estallido triunfal.

Una ocasión solemne

El capitán Dunning se ufanaba de ser un gran conocedor de caracteres. Media hora de conversación con una persona le permitía situarla dentro de cierto número de sorprendentes categorías: tipo estupendo, buen hombre, persona lista, teórico, poeta e «inservible». Un día de principios de febrero

hizo llamar a Anthony para que se presentara en la tienda de mando.

—Patch —dijo el capitán sentenciosamente—. Llevo varias semanas fijándome en usted.

Anthony se mantuvo erguido e inmóvil.

—Y creo que está en condiciones de llegar a ser un buen soldado.

Esperó a que disminuyera el agradable calor que sus palabras tenían lógicamente que haber provocado, y continuó:

—Esto no es un juego de niños —explicó, arrugando la frente.

Anthony se mostró de acuerdo con un melancólico «No, mi capitán».

—Es un juego de hombres… y necesitamos líderes. —Luego el punto culminante, rápido, seguro, eléctrico—: Patch, voy a hacerle cabo.

Al llegar este momento, Anthony debiera haberse tambaleado ligeramente, abrumado por tan gran honor. Iba a ser uno del cuarto de millón seleccionado para tan importante tarea. Estaría en condiciones de gritar la frase «¡Seguidme!» a otros siete hombres tan asustados como él.

—Usted parece ser un hombre de cierta educación —dijo el capitán Dunning.

—Sí, mi capitán.

—Eso está bien, eso está bien. La educación es una gran cosa, pero no deje que se le suba a la cabeza. Compórtese como hasta ahora y será un buen soldado.

Con estas palabras de despedida todavía resonando en sus oídos, el cabo Patch saludó, giró a la derecha, y abandonó la tienda.

Aunque la conversación divirtió mucho a Anthony, también generó la idea de que la vida sería más entretenida de sargento o, en el caso de que le hiciese el examen un médico menos exigente, de oficial. Sentía muy poco interés por el trabajo en la milicia que parecía desmentir la valentía de que alardeaba el ejército. En las revistas uno no se vestía con cuidado para tener buen aspecto, sino para no tenerlo malo.

Pero a medida que fue pasando el invierno —el breve invierno sin nieve, reconocible tan solo por las noches húmedas y los días lluviosos y frescos—, Anthony llegó a maravillarse de lo deprisa que el sistema se había apoderado de él. Era soldado, y todos los que no eran soldados eran civiles. El mundo estaba dividido fundamentalmente en aquellos dos grupos.

Al joven Patch se le ocurrió que todas las clases fuertemente diferenciadas, como la clase militar, dividían a los hombres en dos tipos; los que eran como ellos, y los restantes. Para los clérigos, había clero y laicado; para los católicos había católicos y no católicos; para los negros, gente de color y blancos; para el preso estaban los encarcelados y los libres, y para el enfermo estaban los enfermos y los sanos… De manera que, sin pensar en ello una sola vez en toda su vida, Anthony había sido civil, laico, no católico, gentil, blanco, libre y con buena salud…

A medida que las tropas americanas se incorporaban a las trincheras francesas y británicas, el joven Patch empezó a encontrar los nombres de muchos exalumnos de Harvard entre las bajas recogidas en el Diario del Ejército y de la Marina. Pero a pesar de tanto sudor y de tanta sangre la situación parecía no haberse modificado, y él no veía posibilidad de que la guerra terminara en un futuro próximo. En las crónicas antiguas el ala derecha de un ejército siempre derrotaba al ala izquierda del otro, al mismo

tiempo que el ala izquierda era vencida por la derecha del enemigo. Después de esto los mercenarios huían. Resultaba verdaderamente simple en aquellos días, casi como si todo estuviese arreglado de antemano…

Gloria escribía que estaba leyendo mucho. Qué desaguisado habían logrado hacer con sus vidas, decía ella. Encontraba tan pocas ocupaciones que se pasaba el tiempo imaginando lo diferentes que podrían haber resultado las cosas. Todo su entorno le parecía inseguro… y muy pocos años antes estaba convencida de tener todos los hilos en la mano…

En junio sus cartas se hicieron apresuradas y menos frecuentes. De repente dejó de mencionar la posibilidad de ir al sur.

Derrota

En el mes de marzo por los campos de los alrededores aparecieron ya jazmines y junquillos y manchas de violetas entre la hierba que el sol empezaba a calentar. Posteriormente Anthony recordaba sobre todo una tarde de tal lozanía y encanto mágico que, mientras calificaba los blancos en el foso del campo de tiro, estuvo recitando «Atalanta en Calydon» a un desconcertado polaco, al mismo tiempo que las balas cantaban, silbaban y estallaban por encima de sus cabezas.

«Cuando los lebreles de la primavera…»

¡Pam!

«Siguen las huellas del invierno…»

¡Sssss!

«La madre de los meses…»

¡Eh! ¡Vamos! ¡Señala un tres…!

En la ciudad las calles estaban otra vez envueltas en una atmósfera de somnolencia, y Anthony y Dot vagabundearon juntos por los sitios que habían recorrido el otoño anterior, hasta que el joven Patch empezó a sentir un suave afecto por aquel sur, un sur, al parecer, más cerca de Argel que de Italia, con desvanecidas aspiraciones que apuntaban, saltando hacia atrás sobre innumerables generaciones, hacia algún cálido y primitivo Nirvana, sin esperanzas ni preocupaciones. Allí se encontraba en todas las voces un acento de cordialidad, de comprensión. «La vida nos gasta a todos la misma broma, agradable y angustiosa al mismo tiempo», parecían decir con su grata y quejumbrosa cadencia, con aquella entonación que se alzaba hasta terminar en un indeciso tono menor.

Le gustaba la barbería, donde un muchacho pálido y demacrado lo saludaba siempre con un «¡Hola, cabo!» y después de afeitarle le repasaba minuciosamente la cabeza con una maquinilla para que el pelo mantuviera la longitud reglamentaria. Le gustaban los Johnston’s Gardens donde iban a bailar, y donde un negro trágico tocaba al saxofón una música dolorida y anhelante que acababa convirtiendo aquel local de colores chillones en una jungla encantada de ritmos bárbaros y risas sofocadas, donde olvidar el monótono paso del tiempo con los suaves suspiros y tiernos susurros de Dorothy significaba el logro de todas las aspiraciones, la paz absoluta.

Había en el carácter de Dot una tendencia latente a la tristeza, un consciente evadirse de todo, con excepción de las placenteras menudencias de la vida. Sus ojos violeta parecían quedar insensibles durante horas cuando, despreocupada de todo, se tumbaba al sol como un gato. Anthony se preguntaba

qué pensaría de ellos su cansada y apocada madre, y si en sus momentos de mayor lucidez llegaría incluso a imaginarse la relación que existía entre su hija y él.

Los domingos por la tarde salían a pasear por el campo, descansando de cuando en cuando sobre el musgo seco en la linde de un bosque. Allí se reunían los pájaros, y crecían las violetas y los cornejos de flores blancas; allí los árboles de hojas grises brillaban cristalinos y fríos, olvidados del calor embriagador que esperaba fuera; allí Anthony rompía a hablar, de manera intermitente, en un monólogo soñoliento, en una conversación sin importancia que no precisaba de respuestas.

Julio llegó abrasando la tierra. Al capitán Dunning se le ordenó que designara a uno de sus hombres para que aprendiese a herrar los caballos. El regimiento estaba aumentando el número de hombres en cada unidad hasta llegar a la dotación adecuada para entrar en acción, y el capitán necesitaba a la mayoría de los veteranos para que enseñaran a los nuevos a hacer la instrucción, de manera que escogió al pequeño Baptiste, el italiano, del que le resultaba más fácil prescindir. El siciliano no había tenido nunca nada que ver con caballos. Su miedo empeoró la situación. Un día se presentó en la tienda de mando y le dijo al capitán que si no podían sustituirle prefería morir. Los caballos le coceaban, dijo; no servía para aquel trabajo. Finalmente se puso de rodillas y suplicó, en una mezcla de inglés chapurreado e italiano medieval, que le dieran otro destino. Llevaba tres días sin dormir; soñaba constantemente con monstruosos sementales que piafaban y hacían cabriolas.

El capitán Dunning regañó al escribiente de la compañía (que se había echado a reír) y le dijo a Baptiste que haría lo que pudiese. Pero después de considerarlo decidió que no podía prescindir de otro hombre mejor capacitado. El pequeño Baptiste fue de mal en peor. Los caballos parecían adivinar su miedo y aprovecharse de él. Dos semanas después una gran yegua negra le aplastó el cráneo de una coz cuando intentaba sacarla de su casilla en el establo.

A mediados de julio llegaron rumores, y después órdenes, relacionados con un cambio de campamento. La brigada iba a trasladarse a un acuartelamiento vacío, cien millas más al sur, para ser allí reforzada hasta transformarse en división. Al principio los hombres pensaron que salían para el frente, y durante toda la tarde parlotearon en grupitos delante de las tiendas de la compañía, gritándose unos a otros con aire fanfarrón: «¡Claro que nos vamos!». Cuando llegó a saberse la verdad, fue rechazada con indignación como una cortina de humo para ocultar su verdadero destino. Se deleitaron con su propia importancia. Aquella noche dijeron a sus chicas en la ciudad que «iban a por los alemanes». Anthony estuvo recorriendo los grupos durante un rato; luego se montó en uno de los viejos coches destartalados y fue a decirle a Dot que se marchaba.

Ella estaba esperando en el porche en sombra, con un vestido blanco barato que realzaba su juventud y la dulzura de sus facciones.

—¡Te he deseado tanto, cariño! —susurró ella—. Durante todo el día.

—Tengo algo que decirte.

Ella lo hizo sentarse a su lado en el sofá-mecedora sin advertir su tono ominoso.

—Cuéntame.

—Nos marchamos la semana que viene.

Sus brazos, alzados en busca de los hombros de Anthony, se quedaron inmóviles en la oscuridad, y también su rostro, vuelto hacia arriba. Cuando habló, la dulzura había desaparecido por completo de su

voz.

—¡A Francia!

—No. No tenemos tanta suerte. Nos vamos a un maldito campamento en Mississippi.

Dot cerró los ojos y Anthony notó que le temblaban los párpados.

—Mi querida Dot, la vida es demasiado dura.

Ella estaba llorando, apoyada en su hombro.

—Demasiado dura, demasiado dura —repitió él mecánicamente—; hiere a las personas una y otra vez hasta que ya no es posible herirlas más. Esa es la última cosa que hace y la peor de todas.

Frenética, llena de angustia, Dot le apretó contra su pecho.

—¡Dios mío! —susurró entrecortadamente—, no puedes marcharte y dejarme. Me moriré.

Anthony descubría por su parte la imposibilidad de que Dot aceptara su marcha como una desgracia común e impersonal. Estaba demasiado cerca de ella para hacer otra cosa que repetir «Pobrecita Dot. Pobrecita Dot».

—¿Y luego qué? —preguntó la muchacha con voz cansada.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú eres mi vida entera, eso es todo. Moriría por ti ahora mismo si me dijeses que lo hiciera. Cogería un cuchillo y me mataría. No me puedes dejar aquí.

Su tono lo asustó.

—Estas cosas pasan —dijo él con voz tranquila.

—Entonces me voy contigo. —Le caían las lágrimas por las mejillas y le temblaba la boca, todo su ser atenazado por el dolor y el miedo.

—Mi dulce y querida niñita —murmuró él con voz llena de sentimentalismo—. ¿No ves que no haríamos más que retrasar algo que tiene que suceder inevitablemente? Me iré a Francia dentro de unos meses…

Dot se apartó de él y, apretando los puños, alzó la vista al cielo.

—Quiero morirme —dijo, como si estuviese moldeando cuidadosamente cada palabra dentro de su corazón.

—Dot —susurró él sintiéndose muy incómodo—, lo olvidarás. Las cosas resultan más dulces después de perderlas. Lo sé porque una vez quise algo y lo conseguí. Era la única cosa que había querido de verdad. Y cuando la tuve, quedó reducida a polvo entre mis manos.

—De acuerdo.

Absorto en sí mismo Anthony continuó:

—Con frecuencia he pensado que si no hubiera conseguido lo que quería, las cosas habrían sido diferentes. Quizá hubiese encontrado algo dentro de mí y habría disfrutado poniéndolo en circulación. Quizá me hubiese gustado cómo funcionaba, y mi vanidad se habría sentido complacida con el éxito.

Imagino que hubo un momento en que pude haber tenido cualquier cosa que quisiera, dentro de ciertos límites, pero aquello fue lo único que quise con verdadera intensidad. ¡Cielos! Y eso me enseñó que no se puede tener nada, nada en absoluto. Porque el deseo nos engaña. Es como un rayo de sol saltando de aquí para allá en una habitación. De pronto se detiene y da brillo a algún objeto insignificante y nosotros, pobres estúpidos, tratamos de cogerlo… luego, cuando el rayo de sol cambia de sitio, seguimos agarrados al objeto sin interés, pero el brillo que nos hizo desearlo ha desaparecido ya… —Anthony se detuvo, preocupado. Dot había dejado de llorar y estaba de pie arrancando las hojas de una oscura enredadera—. Dot…

—Vete —dijo ella con frialdad.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No son palabras lo que quiero. Si no tienes otra cosa que ofrecerme, es mejor que te vayas.

—Pero, Dot…

—Lo que para mí significa la muerte, para ti no es más que un montón de palabras. Sabes muy bien cómo usarlas para que resulten bonitas.

—Lo siento. Estaba hablando de ti, Dot.

—Vete de aquí.

Él se acercó con los brazos extendidos, pero ella lo rechazó.

—No quieres que vaya contigo —dijo ella con voz serena—; quizá vas a reunirte con esa… con esa chica… —No fue capaz de pronunciar la palabra esposa—. No tengo manera de saberlo. Si es así, está claro que has dejado de ser mi compañero. Así que vete.

Durante un momento, mientras se sentía dividido entre deseos y temores contradictorios, pareció ser aquella una de las raras ocasiones en que Anthony tendría que decidirse impulsado por un estímulo interior. El joven Patch vaciló un instante. Luego una ola de cansancio se estrelló contra él. Era demasiado tarde… era demasiado tarde para todo. Durante años había soñado para alejarse de la realidad, basando sus decisiones en emociones tan inestables como el agua. La muchachita del vestido blanco lo dominó al acercarse a la belleza con la compacta simetría de su deseo. El fuego que ardía en su ignorante y herido corazón parecía brillar en torno suyo como una llama. Con una especie de hondo e insospechado orgullo había logrado distanciarse, consiguiendo con ello su propósito.

—No era… mi intención parecer tan insensible, Dot.

—Es igual.

El fuego derribó a Anthony. Algo le desgarró las entrañas y se encontró inerme y vencido.

—Ven conmigo, mi pequeña y querida Dot. Ven conmigo, no sería capaz de dejarte ahora…

Con un sollozo ella lo rodeó con sus brazos, apoyándose en él, mientras la luna, atenta a su sempiterno trabajo de disimular el feo aspecto del mundo, derramaba su espúrea miel sobre la calle soñolienta.

La catástrofe

Primeros de septiembre en Camp Boone, en el estado de Mississippi. La oscuridad, poblada de

insectos, se estrellaba contra el mosquitero bajo cuya protección Anthony estaba tratando de escribir una carta. Desde la tienda de al lado le llegaba una conversación intermitente ligada a una partida de póquer y, en el exterior, un soldado se paseaba por la calle de la compañía cantando una copla chabacana de moda en aquel momento: «Ka-a-a-Katy».

Haciendo un esfuerzo Anthony se incorporó sobre un hombro y, lápiz en mano, contempló la hoja de papel en blanco. Luego, prescindiendo de cualquier encabezamiento, empezó:

No se me ocurre ninguna explicación a lo que está pasando, Gloria. Hace dos semanas que no he tenido noticias tuyas y es lógico que me preocupe…

Tiró la hoja con un gruñido de desagrado y empezó de nuevo:

No sé qué pensar, Gloria. Han pasado ya dos semanas desde que recibí tu última carta, breve, fría, sin una palabra de afecto, y en la que ni siquiera me contabas a grandes rasgos lo que has estado haciendo. No tiene nada de extraño que me haga preguntas. Si tu amor por mí no está completamente muerto, deberías evitar al menos que me preocupe innecesariamente…

De nuevo arrugó la cuartilla y la tiró enfadado a través de una desgarradura de la pared de la tienda, dándose cuenta al mismo tiempo de que tendría que recogerla por la mañana. Anthony se sentía muy poco inclinado a intentarlo de nuevo. No conseguía poner calor en sus palabras, tan solo celos y sospechas constantemente renovados. Desde mediados de verano las omisiones en la correspondencia de Gloria se habían ido haciendo cada vez más llamativas. Al principio Anthony apenas las había notado. Estaba tan acostumbrado a los rutinarios «queridísimo» y «cariño» repartidos por todas sus cartas que no advertía su presencia o ausencia. Pero durante los últimos quince días se había ido dando cuenta de manera cada vez más clara de que algo no marchaba bien.

Había mandado un telegrama a Gloria anunciándole que había aprobado el examen para trasladarse a un campamento de formación de oficiales, y que esperaba salir muy pronto camino de Georgia. Gloria no le contestó. Anthony le puso otro telegrama… al no recibir respuesta supuso que quizá hubiese salido de Nueva York. Pero no pudo por menos de pensar una y otra vez que no había abandonado la ciudad, y se vio atacado por una plaga de enloquecidas suposiciones. Gloria, por ejemplo, aburrida e inquieta, podía haber encontrado a alguien, igual que le había sucedido a él. Aquella idea bastó para aterrorizarlo… sobre todo porque se había sentido tan seguro de la integridad personal de su mujer que apenas había pensado en ella durante todo el año. Y ahora, al nacer la duda, las antiguas rabias, las ansias de posesión, se abalanzaban sobre él a millares. ¿No era lógico que Gloria se hubiese enamorado de nuevo?

Recordó a la Gloria que había prometido que si alguna vez quería algo, lo tomaría, insistiendo en que, dado que obraría enteramente para satisfacción propia, podría terminar la aventura sin desdoro; lo que contaba, en cualquier caso, era solo el efecto sobre la mente de una persona, había dicho Gloria, y su reacción sería la masculina, de saciedad e incluso de vaga repugnancia.

Pero eso había sido de recién casados. Después, con el descubrimiento de que podía estar celosa de Anthony, Gloria —al menos exteriormente— había cambiado de idea. No existía ningún otro hombre en el mundo para ella. Esto Anthony había llegado a saberlo sin la menor posibilidad de duda. Convencido de que la exigente manera de ser de su esposa bastaría para que se contuviera, Anthony había descuidado la tarea de conservar en su integridad el amor de Gloria, que; después de todo, era la piedra angular de toda su estructura vital.

Mientras tanto había mantenido a Dot durante todo el verano en una pensión de la ciudad. Para hacerlo se había visto obligado a escribir a su agente de bolsa pidiéndole dinero. La muchacha ocultó el viaje hacia el sur marchándose de su casa un día antes de que la brigada levantara el campamento, e informando a su madre mediante una nota de que se iba a Nueva York. La tarde del siguiente día Anthony se presentó en la ciudad como si fuese a verla. Mistress Raycroft se hallaba en un estado de total postración y en la sala de visitas había un policía que procedió a interrogarla; Anthony logró a duras penas no verse mezclado en la desaparición de la muchacha.

En septiembre, con las sospechas acerca de Gloria, la compañía de Dot se le hizo primero tediosa y luego casi insufrible. Anthony estaba nervioso e irritable por falta de sueño y se sentía lleno de angustia y de temor. Tres días antes había ido a ver al capitán Dunning para pedirle un permiso sin conseguir otra cosa que buenas palabras. La división iba a salir para Europa, mientras que Anthony se trasladaría a un campamento de formación de oficiales; los permisos que pudieran darse había que reservarlos para los hombres que abandonaban el país.

Ante esta negativa Anthony se había dirigido a la oficina de telégrafos, dispuesto a poner un cable a Gloria para que viniera al sur… al llegar a la puerta retrocedió desalentado, al comprender lo irrazonable de semejante medida. Luego había pasado la tarde descargando con Dot su malhumor, y regresado al campamento lleno de irritación contra el mundo en general. Habían tenido una escena muy desagradable, y Anthony acabó marchándose de repente. Lo que hubiese que hacer con Dot no parecía preocuparle de una manera vital en el momento presente; estaba totalmente enfrascado en el descorazonador silencio de su mujer…

La puerta de la tienda se trianguló de pronto sobre sí misma, y una cabeza morena se recortó contra la oscuridad de la noche.

—¿Sargento Patch? —El acento era italiano, y Anthony descubrió por el cinturón que se trataba de un ordenanza del cuartel general de la división.

—¿Me busca a mí?

—Una señora llamó al cuartel general hace diez minutos. Dijo que tenía que hablar con usted. Muy importante.

Anthony apartó el mosquitero y se puso en pie. Podía ser un cable de Gloria transmitido por teléfono.

—Dijo que lo buscáramos. Que volvería a llamar a las diez.

—De acuerdo, gracias. —Anthony cogió su gorro y un momento después caminaba a buen paso junto al ordenanza en la cálida oscuridad que casi resultaba asfixiante. En la cabaña del cuartel general saludó al soñoliento oficial de guardia.

—Siéntese y espere —sugirió el otro con aire indiferente—. La chica parecía muy ansiosa de hablar con usted.

Las esperanzas de Anthony se desvanecieron.

—Muchas gracias, mi teniente. —Y antes casi de que empezara a sonar el teléfono supo ya quién lo llamaba.

—Soy Dot —la voz sonaba muy insegura—, tengo que verte.

—Ya te he dicho que no podré ir durante varios días.

—Necesito verte esta noche. Es importante.

—Es demasiado tarde —dijo él fríamente—; son las diez y he de estar de vuelta en el campamento para las once.

—Está bien. —Había tanto sufrimiento encerrado en aquellas dos palabras que Anthony sintió algo de remordimiento.

—¿Qué sucede?

—Quería decirte adiós.

—¡No digas tonterías! —exclamó él. Pero se sintió más animado. ¡Sería estupendo que Dot dejara la ciudad aquella misma noche! ¡Qué peso se le quitaría de encima! Pero dijo—: No puedes marcharte hasta mañana.

Con el rabillo del ojo vio que el oficial de guardia lo miraba con irónica curiosidad. Luego, inesperadas, le llegaron las siguientes palabras de Dot:

—No me refiero a «irme» de esa manera.

Anthony apretó el auricular con fuerza. Notó que los nervios se le enfriaban como si el calor estuviese abandonando su cuerpo.

—¿Cómo?

Luego, muy deprisa y con voz entrecortada, la oyó decir:

—¡Adiós, cariño, adiós!

¡Click! Dot había colgado el teléfono. Dejando escapar un sonido que era mitad jadeo y mitad grito; Anthony abandonó el edificio del cuartel general. Una vez fuera, bajo las estrellas que colgaban como adornos de plata entre los árboles del bosquecillo, se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. ¿Estaría pensando en suicidarse? ¡La muy estúpida! Se sintió lleno de un intenso odio contra ella. Ante semejante desenlace le resultaba imposible aceptar que él hubiese iniciado aquel enredo, aquel lío, aquella sórdida mezcolanza de angustia y de dolor.

Al cabo de un momento descubrió que se estaba alejando lentamente, repitiendo una y otra vez que era inútil preocuparse. Lo mejor que podía hacer era volver a su tienda y dormir. Necesitaba dormir. ¡Dios santo! ¿Volvería a dormir alguna vez? Su mente no era más que un confuso clamor; al llegar a la carretera giró en redondo presa del pánico y echó a correr: no en dirección a la compañía, sino alejándose de ella. Otros soldados volvían ya de la ciudad… no le costaría trabajo encontrar un coche. Al cabo de un minuto dos ojos amarillos aparecieron en una curva. Anthony corrió hacia ellos con todas sus fuerzas.

—¡Taxi! ¡Taxi…! —Era un Ford vacío—. Quiero ir a la ciudad.

—Le costará un dólar.

—De acuerdo, pero haga el favor de darse prisa…

Después de un tiempo que se le antojó interminable, Anthony subió corriendo los escalones delante de una oscura casita destartalada, y al atravesar la puerta casi derribó a una negra inmensa que avanzaba

por el vestíbulo con una vela en la mano.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó con el rostro desencajado.

—Se ha acostado.

Escaleras arriba, de tres en tres, y luego hasta el fondo del decrépito pasillo. La habitación estaba a oscuras y en silencio. Anthony encendió una cerilla con dedos temblorosos. Dos ojos muy abiertos lo miraron desde el revoltijo de ropas de la cama.

—Sabía que vendrías —murmuró ella entrecortadamente.

Anthony palideció de indignación.

—Así que no era más que una treta para hacerme venir, ¡para crearme dificultades! —dijo—. ¡Maldita sea!, has gritado «¡Que viene el lobo!» más veces de la cuenta.

Ella lo miró con aire lastimero.

—Tenía que verte. No hubiese podido seguir viviendo. Tenía que verte…

Anthony se sentó en el borde de la cama y movió después la cabeza.

—No eres buena —dijo terminantemente, hablando sin darse cuenta como Gloria podría haberlo hecho con él—. No es justo que me hagas una cosa así.

—Acércate más. —Dijera lo que dijese, Dot ahora se sentía feliz. Anthony se preocupaba por ella. Había logrado traerlo a su lado.

—Dios del cielo —dijo Anthony desesperanzado. A medida que la ola de cansancio avanzaba inexorablemente, su indignación se iba calmando y retrocediendo hasta esfumarse. Repentinamente rompió en sollozos, mientras se dejaba caer en la cama junto a Dot.

—Querido —le suplicó ella—. ¡No llores! ¡No llores, por favor!

Apoyó la cabeza de Anthony contra su pecho y lo consoló, mezclando sus lágrimas de alegría con las de él, llenas de amargura. Con una mano lo acarició suavemente.

—Soy una estúpida —murmuró contrita—, pero te quiero, y cuando me tratas con frialdad tengo la impresión de que no merece la pena seguir viviendo.

Después de todo, aquello era paz: la habitación en silencio con olor a perfume y a polvos de mujer, la mano de Dot tan suave como una brisa cálida en sus cabellos, el subir y bajar de su pecho cuando respiraba… por un momento fue como si Gloria estuviese allí, como si él descansara en un hogar más grato y mejor protegido que ninguno de los que había conocido.

Pasó una hora. Un reloj de pared empezó a sonar en el vestíbulo. Anthony se incorporó de un salto y miró las manecillas fosforescentes de su reloj de pulsera. Eran las doce.

Le costó trabajo encontrar un taxi que lo llevara tan tarde al campamento. Mientras le pedía al conductor que fuese más deprisa, Anthony meditaba sobre el mejor método de entrar en el recinto militar. Había llegado varias veces tarde en las últimas semanas, y sabía que si volvían a cogerlo era muy probable que tacharan su nombre de la lista de candidatos para oficiales. Se preguntó si no sería más conveniente despedir el taxi y probar fortuna pasando junto al centinela en la oscuridad. De todas formas, había oficiales que llegaban con frecuencia después de la medianoche…

—¡Alto! —La orden surgió del resplandor amarillo que los faros del coche derramaron sobre la carretera al cambiar de dirección. El taxista soltó el embrague, y se les acercó un centinela con el rifle terciado. Acompañándolo, desgraciadamente, iba el oficial de guardia.

—Llega tarde, sargento.

—Sí, mi teniente. Un imprevisto.

—Es una lástima. Tengo que apuntar su nombre.

Mientras el oficial esperaba, bloc y lápiz en la mano, unas palabras no del todo voluntarias se agolparon en los labios de Anthony, unas palabras nacidas del pánico, del aturdimiento, de la desesperación.

—Sargento R. A. Foley —respondió sin atreverse casi a respirar.

—¿Y la unidad?

—Compañía Q, del Ochenta y tres de Infantería.

—De acuerdo. Tendrá que seguir a pie, sargento.

Anthony saludó, pagó a toda prisa al taxista, y echó a correr en dirección al regimiento que había mencionado. Cuando perdió de vista al oficial de guardia cambió de rumbo y, con el corazón latiéndole furiosamente, regresó a su compañía, convencido de haber cometido un error que iba a costarle caro.

Dos días después el oficial que estaba de comandante de la guardia aquella noche lo reconoció en una barbería de la ciudad. Anthony regresó al campamento custodiado por un policía militar; le degradaron a soldado raso sin juicio, y quedó confinado durante un mes dentro de los límites de su compañía.

Aquel golpe le causó un ataque agudo de depresión, y antes de que transcurriera una semana lo encontraron de nuevo en la ciudad, atontado por el alcohol y con una botella de whisky de fabricación ilegal en el bolsillo. Debido a su comportamiento un poco demencial durante el juicio, lo condenaron únicamente a tres semanas de reclusión.

Pesadilla

Casi desde el principio de su encierro fue creciendo en Anthony el convencimiento de que se estaba volviendo loco. Era como si dentro de su mente existiese cierto número de oscuras pero intensas personalidades —algunas familiares, otras extrañas y terribles—, mantenidas a raya por un pequeño celador que permanecía en alto en algún sitio y las vigilaba. Lo que ahora preocupaba a Anthony era que el celador estaba enfermo y se mantenía en su puesto con muchas dificultades. Si se rindiera, si vacilara un momento, saldrían a la luz todas aquellas cosas intolerables, y Anthony sabía muy bien la situación de negrura a la que podía llegar si lo peor de sí mismo campaba a sus anchas por los vericuetos de su mundo consciente.

Los días habían cambiado en cierto modo, y el calor era una especie de bruñida oscuridad que caía a plomo sobre la tierra devastada. Por encima de la cabeza de Anthony los círculos azules de ominosos soles desconocidos, de innumerables centros de fuego, giraban interminablemente, como si estuviera tumbado y constantemente expuesto a su luz abrasadora en febril estado comatoso. A las siete de la mañana algo fantasmal, algo casi absurdamente carente de realidad pero que él reconocía como su cuerpo mortal, salía con otros siete prisioneros y dos guardianes a trabajar en las carreteras del

campamento. Un día cargaban y descargaban considerables cantidades de grava, la extendían y la rastrillaban; al día siguiente trabajaban con enormes barriles de alquitrán candente, cubriendo la grava con negros charcos relucientes de calor derretido. Por la noche, encerrado en prevención, Anthony yacía en su catre sin pensar, sin valor para hilar las ideas, contemplando las irregulares vigas del techo hasta las tres de la madrugada, cuando se hundía en un sueño intranquilo y con frecuentes interrupciones.

Durante las horas de trabajo Anthony se esforzaba en la tarea, lleno de inquietud, tratando, a medida que el día avanzaba hacia la sofocante puesta de sol de Mississippi, de cansarse y conseguir así dormir profundamente por puro agotamiento físico… Luego, una tarde durante la segunda semana, tuvo la impresión de que dos ojos lo estaban vigilando desde un lugar muy próximo, detrás de uno de los guardianes. Esta sensación despertó en él una especie de terror. Se volvió de espaldas a los ojos y siguió echando paletadas febrilmente, hasta que no tuvo más remedio que dar la vuelta e ir en busca de más grava. Entonces los ojos entraron de nuevo en su campo de visión, y sus nervios, ya tensos, llegaron a un punto límite. Aquellos ojos lo miraban maliciosamente. Desde el silencio abrasador oyó pronunciar su nombre con entonación trágica, y la tierra se inclinó absurdamente atrás y adelante hasta llegar a una caótica mezcla de gritos y confusión.

Cuando recobró el conocimiento, Anthony estaba de nuevo en prevención, y los otros presos le lanzaban miradas de curiosidad. Los ojos no volvieron a aparecer. Pasaron muchos días antes de que se diese cuenta de que tenía que haber sido la voz de Dot, que lo había llamado, creando algún tipo de revuelo. Esto lo decidió inmediatamente antes de que expirara su sentencia, cuando se había desvanecido la pesada nube que lo oprimía, dejándolo en un profundo y desalentado aletargamiento. A medida que el mediador consciente —el celador que mantenía a raya la terrible colección de horrores— recuperaba fuerzas, Anthony se sentía más débil físicamente. Apenas fue capaz de mantenerse en pie durante los dos días de trabajo pesado que aún le quedaban, y cuando lo pusieron en libertad una tarde lluviosa y regresó a su compañía, nada más entrar en la tienda cayó en un sueño pesado del que despertó antes de amanecer, dolorido y con la sensación de no haber descansado en absoluto. Junto a su litera había dos cartas que llevaban algún tiempo esperándolo en el puesto de mando de la compañía. La primera era de Gloria, breve y fría:

***

La vista del pleito será a finales de noviembre. ¿No podrías conseguir un permiso?

He tratado de escribirte una y otra vez, pero al parecer mis intentos solo sirven para empeorar las cosas. Tengo que hablar contigo de varios asuntos, pero como bien sabes ya me has impedido en una ocasión que fuera a verte y no me siento inclinada a intentarlo de nuevo. Debido a ciertas cosas parece necesario que celebremos una conferencia. Me alegro mucho de tu nombramiento.

GLORIA

***

Anthony estaba demasiado cansado para tratar de entender… o para preocuparse. Las frases de Gloria, sus intenciones, quedaban ya muy lejos, en un pasado incomprensible. La segunda carta apenas la miró; era de Dot… unos garrapatos incoherentes, manchados de lágrimas, un diluvio de protestas, manifestaciones de cariño y muestras de dolor. Después de leer una página, dejó que la carta se le cayera de la mano y se adormeció para regresar a una nebulosa región interior de su exclusiva propiedad. Al toque de diana se despertó con una fiebre muy alta, desmayándose al intentar salir de la

tienda; al mediodía lo mandaron al hospital de base aquejado de gripe.

Se dio cuenta de que aquella enfermedad era providencial. Lo salvó de una recaída nerviosa, y se recuperó con tiempo para —un húmedo día de noviembre— embarcarse en un tren camino de Nueva York y de la interminable matanza que venía después.

Cuando el regimiento llegó a Camp Mills, en Long Island, la idea fija de Anthony era ir a la ciudad y ver a Gloria lo antes posible. Resultaba ya evidente que se iba a firmar el armisticio en menos de una semana, pero los rumores aseguraban que de todos modos las tropas seguirían saliendo hacia Francia hasta el último momento. Anthony quedó consternado al pensar en el largo viaje, en el tedioso desembarco en un puerto francés y en quedarse en Europa quizá durante un año, para sustituir a las tropas que sí habían entrado en combate.

Su intención había sido obtener un permiso de dos días, pero Camp Mills se hallaba bajo una estricta cuarentena debido a la gripe; era imposible salir de allí incluso para los mandos, como no fuera por algún asunto oficial. En el caso de un soldado raso, ausentarse estaba completamente descartado.

El campamento mismo era un deprimente revoltijo, frío, barrido por el viento, y sucio, con la acumulación de porquería que entraña el paso sucesivo de muchas divisiones. Su tren llegó una tarde a las siete, y tuvieron que esperar seis horas formando cola hasta que se solucionó el enredo militar en algún lugar delante de ellos. Los oficiales iban y venían corriendo sin cesar, dando órdenes y organizando un gran tumulto. Luego resultó que toda la agitación había tenido origen en el coronel, que estaba muy enfadado porque era de West Point y la guerra iba a terminar antes de que él llegara a Europa. Si los gobiernos beligerantes tomaran conciencia del número de corazones destrozados entre los antiguos graduados de West Point durante aquella semana, sin duda alguna habrían prolongado la carnicería un mes más. ¡Era difícil imaginar algo más lamentable!

Al contemplar —en muchas millas a la redonda— la desolada acumulación de tiendas sobre un pisoteado cenagal de nieve derretida, Anthony comprendió la imposibilidad práctica de llegar a pie hasta un teléfono aquella misma noche. Llamaría a Gloria en la primera oportunidad que se le presentara por la mañana.

Cuando al día siguiente se levantó al toque de diana, en un amanecer frío y desapacible, Anthony tuvo que escuchar a pie firme una vehemente arenga del capitán Dunning:

—Quizá ustedes crean que la guerra ha terminado. ¡Permítanme decirles que no es así! Esos tipos no van a firmar el armisticio. Se trata tan solo de un truco más, y estaríamos locos si permitiéramos cualquier negligencia en la compañía, porque, óiganme bien, vamos a hacernos a la mar antes de una semana, y cuando lleguemos a Europa todavía veremos la guerra de verdad. —Hizo una pausa para que sus hombres se hicieran plenamente cargo de su declaración—. Si creen que la guerra ha terminado —continuó después—, hablen con cualquiera de los que han estado allí y han visto lo que pasa, pregúntenles si los alemanes están acabados. No lo crean en absoluto. Nadie lo cree. He hablado con las personas que entienden y dicen que, en cualquier caso, tendremos un año más de guerra. Esas personas no creen que la lucha haya terminado. De manera que no cometan ustedes la estupidez de pensar que sí.

Recalcando doblemente esta última advertencia, el capitán ordenó romper filas.

Al mediodía Anthony echó a correr en busca del teléfono más próximo. Al acercarse a lo que aproximadamente debía de ser el centro del campamento, advirtió que había otros muchos soldados corriendo, y que uno de los que estaban más cerca de él daba repentinamente un salto en el aire,

entrechocando los talones. La tendencia a correr se fue generalizando y de excitados grupitos que se formaban aquí y allá escapaban gritos alborozados. Anthony se detuvo a escuchar: por todas partes sonaban las sirenas en el aire frío y en las iglesias de Garden City las campanas empezaron de pronto a repicar alegremente.

Anthony echó a correr de nuevo. Los gritos eran ahora claros y precisos mientras se alzaban con nubes de aliento helado hacia el aire cortante:

—¡Alemania se ha rendido! ¡Alemania se ha rendido!

El falso armisticio

Aquella tarde a las seis, aprovechándose de la penumbra, Anthony se deslizó entre dos vagones de mercancías y una vez al otro lado de la vía, fue siguiendo el trazado hasta Garden City, donde tomó un tren eléctrico para Nueva York. Se exponía a que lo descubriesen: no ignoraba que la policía militar recorría con frecuencia los trenes pidiendo pases, aunque se imaginó que aquella noche la vigilancia sería menor. De todas formas hubiese tratado de escapar, porque no había podido localizar a Gloria por teléfono, y otro día de incertidumbre le habría resultado intolerable.

Después de paradas y de esperas inexplicables que le recordaron la noche que abandonara Nueva York más de un año antes, entraron en Pennsylvania Station, y Anthony siguió el familiar camino hasta la parada de taxis, encontrando grotesco y extrañamente estimulante darle al conductor su propia dirección.

Broadway era una cascada de luz, abarrotada como nunca la había visto de gente deseosa de divertirse que recorría sus rutilantes aceras hundiéndose hasta el tobillo en la masa de trozos de papel tirados desde las ventanas de los edificios. En diferentes sitios, subidos en bancos o en cajas, había soldados dirigiéndose al gentío que apenas les prestaba atención, pero en el que cada rostro se dibujaba con total nitidez bajo el intenso resplandor blanco que los iluminaba desde arriba. Anthony se fijó en media docena de figuras: un marinero borracho, inclinado hacia atrás y sostenido por dos de sus compañeros, que agitaba la gorra mientras emitía una desenfrenada serie de rugidos; un soldado herido, muleta en mano, transportado como por un remolino a hombros de algunos paisanos que lanzaban alaridos; una muchacha de cabellos oscuros, sentada con las piernas cruzadas y expresión meditabunda sobre el techo de un taxi parado. No cabía duda de que allí la victoria había llegado muy a tiempo, de que el momento culminante había sido programado con verdadera previsión celestial. La nación grande y poderosa había triunfado en la guerra, sufriendo lo suficiente para que no faltara el patetismo pero no lo bastante para llegar a la amargura… de aquí los deseos de diversión, de fiesta, de triunfo. Bajo aquellas luces brillantes resplandecían los rostros de pueblos cuya gloria se había esfumado largo tiempo atrás, cuyas mismas civilizaciones estaban muertas… hombres cuyos antepasados habían escuchado noticias de victorias en Babilonia, en Nínive, en Bagdad, en Tiro, cien generaciones antes; hombres cuyos antepasados habían presenciado cortejos engalanados con flores y esclavos, recorriendo con su estela de cautivos las avenidas de la Roma imperial…

Más allá del Rialto, la fachada resplandeciente del Astor, la luminosa magnificencia de Times Square… después, un espléndido desfiladero entre paredes incandescentes. Luego —¿años más tarde?—. Anthony se encontró pagando al taxista delante de un edificio blanco en la calle Cincuenta y siete. En el vestíbulo reconoció al muchacho negro de Martinica, lento, indolente, siempre el mismo.

—¿Está en casa mistress Patch?

—Acabo de empezar mi turno —anunció el ascensorista con aquel acento británico suyo que seguía resultando tan chocante.

—Haz el favor de subirme…

Luego el lento zumbido del ascensor, y los tres escalones hasta la puerta, que se abrió de par en par ante el ímpetu del golpe que dio con los nudillos.

—¡Gloria! —Su voz temblaba. No tuvo respuesta. Una débil columna de humo se alzaba de un cenicero; sobre la mesa había un número abierto de Vanity Fair.

—¡Gloria!

Anthony fue corriendo al dormitorio, al cuarto de baño. Gloria no estaba allí. Un salto de cama de color aguamarina, olvidado sobre la cama, despedía un suave perfume, indefinible y familiar al mismo tiempo. Sobre una silla había un par de medias y un traje de calle; una polvera abierta bostezaba sobre el tocador. Sin duda acababa de salir.

El teléfono empezó a sonar de pronto y Anthony se sobresaltó… fue a contestarlo con la sensación de ser un impostor.

—Oiga, ¿está ahí mistress Patch?

—No, yo también la estoy buscando. ¿Con quién hablo?

—Soy Mr. Crawford.

—Yo soy Mr. Patch. He llegado inesperadamente y no sé dónde encontrarla.

—Ah. —Mr. Crawford dio la impresión de sentirse un poco desconcertado—. Imagino que estará en el Baile del Armisticio. Sé que tenía intención de ir, pero no creí que fuese a salir tan pronto.

—¿Dónde se celebra el Baile del Armisticio?

—En el Astor.

—Gracias.

Anthony colgó bruscamente y se puso en pie. ¿Quién era Mr. Crawford? ¿Y quién había ido con ella al baile? ¿Cuánto tiempo hacía que pasaban cosas así? Todos aquellos interrogantes se plantearon y contestaron ellos mismos una docena de veces de doce maneras distintas. La simple proximidad de Gloria lo había puesto medio frenético.

Dominado por las sospechas, Anthony fue de un lado a otro del apartamento buscando pruebas de alguna presencia masculina, abriendo el armario del cuarto de baño, registrando febrilmente los cajones de la cómoda. Pero enseguida encontró algo que lo hizo detenerse bruscamente y sentarse en una de las camas gemelas, caídas las comisuras de la boca como si estuviera a punto de llorar. En una esquina de un cajón de Gloria, atados con una delicada cinta azul, estaban todas las cartas y telegramas que él le había escrito durante el año anterior. Le embargó la felicidad y un cálido sentimiento de vergüenza.

—No soy digno de tocarla —exclamó en voz alta, dirigiéndose a las cuatro paredes—. No merezco siquiera cogerle una mano.

Sin embargo, salió a buscarla.

En el vestíbulo del Astor se encontró inmediatamente rodeado por una multitud tan apretada que casi era imposible avanzar. Tuvo que preguntar la dirección de la sala de baile a media docena de personas antes de encontrar a alguien lo bastante sobrio como para darle una respuesta inteligible. Finalmente, después de una última y larga espera, consiguió dejar su capote militar en el guardarropa.

No eran más que las nueve pero el baile estaba en pleno apogeo. El panorama resultaba increíble. Mujeres, mujeres por todas partes… muchachas que, con la alegría del vino, cantaban a voz en grito por encima del clamor de la deslumbrante multitud cubierta de confeti; muchachas que destacaban entre los uniformes de una docena de naciones; gruesas matronas que caían al suelo sin dignidad y conservaban la propia estimación gritando «¡Vivan los Aliados!»; tres mujeres de cabellos blancos que bailaban cogidas de la mano alrededor de un marinero que giraba vertiginosamente sobre sí mismo, apretando contra el pecho una botella vacía de champán.

Anthony, conteniendo la respiración, examinó a los que bailaban, examinó las confusas hileras que iban y venían entre las mesas, los grupos que empuñaban matasuegras, se besaban, tosían, reían y bebían bajo las grandes banderas que desplegaban sus brillantes colores por encima del espectáculo y del ruido.

Luego vio a Gloria. Estaba sentada a una mesa para dos, justo enfrente de Anthony, al otro lado del salón. Llevaba un vestido negro, y sobre él, su rostro lleno de animación, su tez maravillosamente sonrosada, formaban, le pareció a su marido, un punto de conmovedora belleza entre la multitud que la rodeaba. Su corazón vibró como en respuesta a una nueva música. Se abrió camino a empellones y la llamó en el mismo momento en que Gloria, al levantar la vista, fijaba en él sus ojos grises. Durante un instante, mientras sus cuerpos se encontraban y se fundían en un abrazo, el mundo, la fiesta, el confuso gimotear de la música se transformaron en dulce monotonía, tan sosegada como un laborioso zumbar de abejas.

—¡Gloria mía! —exclamó él.

El beso de ella fue un fresco arroyuelo que manaba de su corazón.

2. Un problema de estética

La noche en que Anthony saliera para Camp Hooker un año antes, todo lo que quedaba de la hermosa Gloria Gilbert —su caparazón, su cuerpo joven y lleno de atractivo— subió las amplias escaleras de mármol de Grand Central Station con el ritmo de la locomotora todavía latiendo en sus oídos como un sueño, para desembocar en la avenida Vanderbilt, donde la enorme masa del Biltmore dominaba la calle, mientras en su parte inferior la resplandeciente entrada del hotel iba succionando las capas multicolores de muchachas elegantemente vestidas que se disponían a asistir a un baile. Gloria se detuvo un momento junto a la parada de taxis para contemplarlas, recordando que, muy pocos años antes, ella formaba parte de aquel grupo, siempre en camino de un maravilloso lugar indeterminado, siempre a punto de vivir la última aventura apasionada, para la cual las capas de aquellas muchachas estaban delicada y elegantemente forradas de piel, sus mejillas maquilladas, y sus corazones con más altas expectativas que la transitoria cúpula de placer que iba a devorarlas a ellas, a sus peinados, a sus capas y a todos sus demás atributos.

Empezaba a hacer frío, y los peatones llevaban levantado el cuello del abrigo. A Gloria aquel cambio le resultaba propicio. Aún le hubiese gustado más una completa transformación de clima, de calles y de personas, y verse arrebatada para despertar en una habitación de techo alto, recién perfumada, sola, sintiéndose interior y exteriormente tan serena como una estatua, de vuelta en aquel virginal pasado suyo tan lleno de colorido.

Dentro del taxi Gloria derramó lágrimas de impotencia. Que no hubiese sido feliz con Anthony durante más de un año, carecía de importancia. Últimamente su presencia no tenía más entidad que los recuerdos que despertaba en ella de aquel junio memorable. El Anthony actual, malhumorado, débil y pobre, no podía por menos de irritarla a ella a su vez… y hacer que se aburriera con todo excepto con el hecho de que durante una juventud elocuente y llena de imaginación los dos habían llegado a unirse en una extática orgía emocional. Debido a aquellos intensos recuerdos mutuamente compartidos, Gloria hubiese hecho por Anthony más que por cualquier otro ser humano, de manera que al entrar en el taxi lloró desconsoladamente, cediendo casi al deseo de repetir su nombre en voz alta.

Sintiéndose muy infeliz y tan sola como una niñita abandonada, Gloria se sentó ante el escritorio en el silencioso apartamento y le escribió una carta repleta de confusos sentimientos:

***

… Casi puedo aún seguir la vía con los ojos y ver cómo te alejas, pero sin ti, queridísimo, ni veo, ni oigo, ni siento, ni pienso. Estar separados —a pesar de lo que ya nos ha sucedido o vaya a sucedernos— es como pedir clemencia a una tormenta; es como hacerse viejos. Quisiera besarte mucho… sobre la nuca, en el sitio donde te nace el pelo. Porque te quiero, y a pesar de lo que hagamos o nos digamos el uno al otro, o hayamos hecho o nos hayamos dicho, tienes que sentir lo mucho que te quiero, y la indiferencia por todo que me domina al convencerme de que te has marchado. Ni siquiera me molesta la maldita presencia de la GENTE, esa gente de la estación que no tiene ningún derecho a vivir… no consiguen molestarme aunque estén ensuciando nuestro mundo porque no puedo hacer otra cosa que desearte con todas mis fuerzas.

Si me odiaras, si estuvieras cubierto de llagas como un leproso, si te escaparas con otra mujer o me mataras de hambre o me pegaras —qué absurdo suena esto—, seguiría deseándote y queriéndote. ESTOY SEGURA, querido.

Es tarde… tengo abiertas todas las ventanas y el aire que entra es tan tibio como en primavera pero, al mismo tiempo, mucho más joven y frágil que en primavera. ¿Por qué hacen de la primavera una chica joven, por qué canta y baila ese espejismo durante tres meses por toda la absurda infecundidad de la tierra? La primavera es un flaco caballo de labranza al que se le notan las costillas… es un montón de basura en un campo, reseco por el sol y la lluvia hasta adquirir una ominosa limpieza.

Dentro de unas pocas horas te despertarás, cariño, y te sentirás muy desgraciado y harto de la vida. Estarás en Delaware o en Carolina o en algún otro sitio y serás muy poco importante. No creo que haya ninguna persona viva que pueda considerarse a sí misma como una institución transitoria, o como un lujo o como un mal innecesario. Muy pocas de las personas que subrayan la futilidad de la vida se dan cuenta de su propia inutilidad. Quizá piensen que, al proclamar la incongruencia de vivir, de alguna forma se libran ellos de la quema… pero no lo consiguen, ni siquiera tú y yo…

… Pero todavía soy capaz de verte. Hay una neblina azul entre los árboles por donde vas a pasar, demasiado hermosa para ser predominante. No; lo más frecuente serán los cuadrados de tierra en

barbecho… irán apareciendo a los lados de la vía como ásperas sábanas marrones secándose al sol, vivas, mecánicas, abominables. La naturaleza, una zafia tarasca vieja, ha estado durmiendo en ellas con cualquier granjero o con cualquier negro o emigrante que la haya deseado…

Ya ves cómo ahora que te has ido he escrito una carta llena de desdén y desesperación. Y eso quiere decir simplemente que te quiero, Anthony, con toda la capacidad de amor que hay dentro de ti.

GLORIA

***

Después de escribir el sobre, Gloria fue a tumbarse en su cama, estrechamente abrazada a la almohada de Anthony, como si mediante un esfuerzo puramente emocional fuera capaz de transformarla en su cálido cuerpo vivo. Las dos de la madrugada la encontraron sin lágrimas en los ojos, contemplando la oscuridad con perseverante desconsuelo, recordando, recordando sin piedad, culpándose de cien imaginarias crueldades, haciendo de Anthony algo muy semejante a un Cristo martirizado y transfigurado. Durante algún tiempo Gloria pensó en él como Anthony mismo, probablemente, se veía en sus momentos de mayor sentimentalismo.

A las cinco aún estaba despierta. Un misterioso ruido como de alguien moliendo que le llegaba todas las mañanas a través del patio le informó de la hora que era. Oyó sonar un reloj despertador y vio una luz que creaba una ventana ilusoria en la lisa pared de enfrente. Con la decisión medio formada de seguir a Anthony hacia el sur inmediatamente, su dolor se hizo remoto e irreal y terminó por desaparecer mientras la oscuridad se trasladaba hacia el oeste. Finalmente se quedó dormida.

Al despertarse, la contemplación de una cama vacía al lado de la suya la hizo sentirse desgraciada otra vez, pero su dolor, gracias a la inevitable insensibilidad que trae consigo una mañana soleada, duró muy poco tiempo. Aunque no era consciente de ello, Gloria sintió cierto alivio al tomarse el desayuno sin tener enfrente el rostro cansado y preocupado de Anthony. Ahora que estaba sola, descubrió que había perdido las ganas de quejarse de la comida. Pensó en cambiar el menú del desayuno: tomaría una limonada y un sándwich de tomate en lugar de los sempiternos huevos con bacón y pan tostado.

Sin embargo, cuando al mediodía llamó por teléfono a varios conocidos, incluida la marcial Muriel, y descubrió que todos tenían compromisos para el almuerzo, se sintió llena de tranquila compasión de sí misma y muy consciente de su soledad. Acurrucada en la cama con papel y lápiz escribió otra vez a Anthony.

A última hora de la tarde recibió de él una carta urgente, echada al correo en algún pueblo de New Jersey, y lo familiar del estilo, el trasfondo casi audible de preocupación y descontento, le resultaron tan conocidos que sirvieron para consolarla. ¿Por qué no? Quizá la disciplina militar endureciera a Anthony y lo acostumbrara a la idea de trabajar. Gloria estaba totalmente convencida de que la guerra terminaría antes de que su marido tuviera que luchar, y que mientras tanto ganarían el pleito y podrían empezar de nuevo, esta vez con una base distinta. El primer cambio iba a ser un hijo. Era insoportable tener que estar tan completamente sola.

Transcurrió una semana antes de que Gloria pudiera quedarse en el apartamento sin echarse a llorar inevitablemente. Parecía haber muy pocas ocupaciones divertidas en Nueva York. Muriel había sido trasladada a un hospital en New Jersey y solo se tomaba un descanso en la gran metrópoli cada dos semanas, y ante aquella defección Gloria llegó a darse cuenta de las pocas amistades que había hecho en todos sus años en Nueva York. Los hombres que conocía estaban en el ejército. «¿Hombres que

conocía…?» Más o menos Gloria se había hecho a sí misma la concesión de que todos los hombres que habían estado enamorados de ella eran amigos suyos. Cada uno de ellos había manifestado durante un considerable espacio de tiempo que valoraban su amistad más que ninguna otra cosa en la vida. Pero ahora… ¿dónde estaban? Por lo menos dos habían muerto, media docena o más se habían casado, y el resto andaba desperdigado desde Francia hasta las Filipinas. Se preguntó si alguno de ellos pensaría en ella, y con qué frecuencia, y con qué motivo. La mayoría se la imaginarían aún como una jovencita de diecisiete abriles, la sirena adolescente de nueve años antes.

También las chicas se habían ido muy lejos. Gloria nunca había gozado de mucha popularidad en sus años de estudiante. Era demasiado hermosa, demasiado perezosa, no suficientemente consciente de ser una chica de Farmover y una «Futura Esposa y Madre» en perpetuas mayúsculas. Y condiscípulas que nunca habían sido besadas insinuaban, con expresión ofendida en sus rostros feos y no particularmente saludables, que Gloria sí lo había sido. Luego aquellas chicas se habían ido al este o al oeste o al sur, casándose y convirtiéndose en «gente», y profetizando, si es que profetizaban acerca de Gloria, que terminaría mal… sin saber que no había finales malos, y que tampoco ellas eran, en absoluto, dueñas de su destino.

Gloria se estuvo repitiendo los nombres de las personas que habían ido a visitarlos a la casa gris de Marietta. Por aquel entonces parecía que siempre estaban acompañados… incluso había llegado a aceptar tácitamente que todos sus invitados quedaban después ligeramente en deuda con ella. Le debían algo así como diez dólares morales por cabeza, y si alguna vez lo necesitara podría, por así decirlo, pedirles un préstamo de aquel capital imaginario. Pero se habían marchado todos, aventados como la paja, desvaneciéndose misteriosa y sutilmente en esencia o de hecho.

Para navidades el convencimiento de Gloria de que debería reunirse con Anthony había vuelto a aparecer, no ya como emoción repentina, sino como necesidad recurrente. Decidió incluso anunciarle por carta su llegada, pero optó por posponerlo aconsejada por Mr. Haight, quien casi semanalmente tenía esperanzas de que se celebrara el juicio ante el tribunal de apelación.

Un día, a principios de enero, cuando Gloria paseaba por la Quinta Avenida, animada ahora por la presencia de muy distintos uniformes y en la que ondeaban además las banderas de las naciones virtuosas, se encontró con Rachel Barnes, a quien no había visto desde hacía casi un año. Incluso Rachel, que había llegado a hacérsele antipática, era un alivio contra el aburrimiento, y se fueron juntas al Ritz para tomar el té.

Después del segundo cóctel las dos se entusiasmaron y sintieron una gran simpatía mutua. Hablaron de sus maridos, Rachel en ese tono de pública vanagloria con reticencias privadas que las esposas acostumbran a emplear.

—Rodman está en Europa en el Servicio de Intendencia. Es capitán. Quería ir a toda costa, y no creyó que consiguiera un puesto en ningún otro sitio.

—Anthony está en Infantería. —Aquellas palabras, con la ayuda del cóctel, hicieron que Gloria sintiera una especie de agradable calor. Con cada sorbo se acercaba más a un cálido y reconfortante patriotismo.

—Por cierto —dijo Rachel media hora después, cuando se disponían a marcharse—, ¿podrías venir a cenar mañana por la noche? He invitado a dos oficiales encantadores que están a punto de salir para Europa. Creo que debemos hacer todo lo posible para que lo pasen bien.

Gloria aceptó con mucho gusto. Apuntó la dirección, reconociendo por el número de Park Avenue que se trataba de un edificio de apartamentos muy elegante.

—Me alegro muchísimo de haberte visto, Rachel.

—Ha sido estupendo, y yo también tenía muchas ganas de verte.

Con aquellas tres frases, cierta noche en Marietta dos veranos antes, en que Anthony y Rachel se habían mostrado innecesariamente interesados el uno por el otro, quedó perdonada: Gloria perdonó a Rachel y Rachel perdonó a Gloria. También quedó perdonado que Rachel hubiera sido testigo del mayor desastre en la vida de Mr. y mistress Anthony Patch…

Haciendo concesiones a los acontecimientos, el tiempo sigue su curso.

Los ardides del capitán Collins

Los dos oficiales eran capitanes de una sección de ametralladoras, especialidad que había llegado a hacerse muy popular. Durante la cena hablaron de sí mismos con fingida indiferencia como miembros del Club de los Suicidas: en aquellos días hasta la rama más recóndita de las fuerzas armadas hablaba de sí misma como el Club de los Suicidas. Uno de los capitanes —el de Rachel, según pudo observar Gloria era un hombre alto de aire caballuno y unos treinta años de edad, con un agradable bigote y dientes muy feos. El otro, el capitán Collins, era regordete, sonrosado y con tendencia a reír a carcajadas cada vez que Gloria lo miraba a los ojos. Se sintió atraído por ella desde el primer momento y se pasó toda la cena lanzándole piropos anodinos. Después de la segunda copa de champán, Gloria decidió que, por primera vez desde hacía meses, lo estaba pasando francamente bien.

Terminada la cena se sugirió que fueran todos a bailar a algún sitio. Los dos oficiales se aprovisionaron de botellas de whisky tomadas del aparador de Rachel —una ley prohibía vender bebidas alcohólicas a las fuerzas armadas—, y así equipados ejecutaron innumerables fox-trots en varios resplandecientes locales a lo largo de Broadway, cambiando de pareja de acuerdo con los cánones, mientras Gloria se comportaba de manera cada vez más ruidosa y le resultaba cada vez más divertida al capitán de rostro sonrosado, que raras veces dejaba de sonreír afablemente.

A las once, con gran sorpresa por su parte, Gloria descubrió que era la única partidaria de continuar la fiesta. Los demás querían volver al apartamento de Rachel, en busca de más whisky, dijeron. Gloria insistió en que el frasco de bolsillo del capitán Collins estaba medio lleno —acababa de verlo—, pero al mirar a Rachel a los ojos vio que le hacía un guiño inconfundible. Un tanto desconcertada dedujo que su anfitriona quería librarse de los oficiales y accedió a apretujarse con los demás en un taxi que esperaba fuera.

El capitán Wolf se sentó en el lado izquierdo con Rachel sobre las rodillas. El capitán Collins se sentó en el centro y, mientras se acomodaba, pasó un brazo sobre el hombro de Gloria. Durante unos instantes permaneció allí como un peso muerto para apretarse después como una enredadera. A continuación el capitán se inclinó hacia ella.

—Es usted increíblemente bonita —susurró.

—Muchas gracias, mi capitán. —Gloria no se sentía ni halagada ni molesta. Antes de que apareciera Anthony, tantos brazos habían hecho lo mismo que aquella iniciativa se había convertido en poco más que un gesto, sentimental pero sin significado.

En la alargada sala de estar de Rachel un fuego sin llamas y dos lámparas con pantallas de seda color

naranja eran las únicas fuentes de luz, de manera que los rincones estaban llenos de intensas sombras somnolientas. La anfitriona, moviéndose de un lado para otro con una holgada bata de gasa decorada con figuras oscuras, parecía acentuar la atmósfera ya de por sí sensual. Durante un rato estuvieron los cuatro juntos, probando los sándwiches que les esperaban sobre la mesita de té; luego Gloria se encontró a solas con el capitán Collins en el sofá más próximo al fuego; Rachel y el capitán se habían retirado al otro lado de la habitación, donde conversaban en voz muy baja.

—Me gustaría que no estuviese casada —dijo Collins, el rostro convertido en una ridícula caricatura de lo que suele entenderse por «expresión de gran seriedad».

—¿Por qué? —Gloria le ofreció un vaso para que se lo llenara.

—No beba más —le suplicó él, frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué no?

—Estará usted más atractiva… si no lo hace.

Gloria comprendió de pronto las implicaciones de aquella observación, el ambiente que el capitán Collins trataba de crear. Sintió deseos de echarse a reír, pero también se dio cuenta de que no había ninguna razón para hacerlo. Lo había pasado bien durante toda la noche y no tenía ganas de irse a casa… al mismo tiempo hería su orgullo ver que se intentaba flirtear con ella a aquel nivel.

—Haga el favor de servirme — insistió.

—Por favor…

—¡No se ponga ridículo! —exclamó ella con voz crispada.

—Está bien. —El otro cedió con gesto de malhumor.

Luego volvió a rodearla con el brazo y Gloria tampoco protestó. Pero cuando su sonrosada mejilla se acercó a la suya, ella se apartó.

—Es usted maravillosa —dijo él con aire de quien no sabe qué decir.

Gloria se puso a cantar suavemente, deseando que Collins retirara el brazo. De repente sus ojos repararon en una escena muy íntima al otro extremo de la habitación: Rachel y el capitán Wolf estaban enfrascados en un larguísimo beso. Gloria se estremeció levemente, sin saber muy bien por qué… El rostro sonrosado se aproximaba otra vez.

—No debiera mirarlos a ellos —susurró el capitán Collins. Casi inmediatamente la rodeó también con el otro brazo… y sintió su aliento en la mejilla. De nuevo el sentimiento del ridículo triunfó sobre la repugnancia, y su risa fue un arma que no necesitó del filo de las palabras.

—Creía que era usted una persona sin problemas —estaba diciendo él.

—¿Qué es una persona sin problemas?

—Bueno, una persona a la que le gusta… disfrutar de la vida.

—¿Hay mucha gente que considere besarle a usted una ocupación agradable?

La conversación quedó interrumpida al aparecer repentinamente delante de ellos Rachel y el capitán Wolf.

—Es tarde, Gloria —dijo Rachel, arrebolada y con el pelo en desorden—. Será mejor que te quedes aquí a pasar la noche.

Por un instante Gloria pensó que su antigua amiga iba a despedir a los oficiales. Luego se dio cuenta de lo que pasaba, y al entenderlo, se puso en pie con el aire más indiferente que le fue posible.

Sin percatarse, Rachel continuó:

—Puedes quedarte en la habitación inmediata a esta. Te prestaré todo lo que necesites.

Los ojos de Collins se volvieron tan implorantes como los de un perro; el brazo del capitán Wolf estaba instalado con toda familiaridad alrededor de la cintura de Rachel; todos esperaban.

Pero la tentación de la promiscuidad, pintoresca, mudable, laberíntica, e incluso un poco odorífera y rancia, no presentaba atractivo ni promesa alguna para Gloria. Si lo hubiese deseado se habría quedado, sin dudas ni remordimientos; pero dadas sus inclinaciones, pudo enfrentarse sin perder la calma con los tres pares de hostiles y ofendidos ojos que la siguieron hasta el vestíbulo con forzada cortesía y palabras vacías.

«Ni siquiera ha tenido la decencia de ofrecerse a acompañarme a casa —pensó Gloria, ya en el taxi; y luego, con repentina oleada de resentimiento—: ¡No es posible comportarse de manera más vulgar!»

Caballerosidad

En febrero Gloria tuvo una experiencia completamente distinta. Tudor Baird, un antiguo pretendiente suyo, con quien en cierta ocasión había estado completamente decidida a casarse, apareció por Nueva York en calidad de miembro del Ejército del Aire y se presentó a verla. Fueron varias veces al teatro y, en menos de una semana, con gran satisfacción de Gloria, Tudor estaba tan enamorado de ella como siempre. Ella lo provocó de manera deliberada, dándose cuenta demasiado tarde de que le había hecho una mala jugada. Llegó un momento en que, cada vez que salían juntos, él se limitaba a estar en silencio a su lado, sintiéndose muy desgraciado.

Miembro de Scroll and Keys en la universidad de Yale, Tudor Baird poseía la discreción de todo «buen chico», las nociones correctas de caballerosidad y noblesse obligue —y, por supuesto aunque desgraciadamente, los prejuicios correctos y la correcta falta de ideas—, rasgos todos que Anthony había enseñado a Gloria a despreciar pero que, sin embargo, ella más bien admiraba. A diferencia de la mayoría de los de su tipo, Gloria no encontraba que fuese un pelmazo. Tudor Baird era bien parecido, ingenioso sin pasarse de la raya, y cuando estaba con él Gloria sentía que debido a alguna cualidad que poseía —llámesela estupidez, lealtad, sentimentalismo, o algo no tan claramente definido como cualquiera de esas tres cosas— habría hecho siempre todo lo que estuviera en su mano para complacerla.

Esto se lo dijo a ella, además de otras cosas, de forma muy correcta y con una actitud solemne y varonil que ocultaba un auténtico sufrimiento. Sin estar enamorada en absoluto, Gloria se compadeció de él y una noche lo besó sentimentalmente porque era encantador, reliquia de una generación a punto de desaparecer que había vivido una ilusión absurda y elegante al mismo tiempo y que estaba siendo sustituida por otros estúpidos mucho menos caballerosos. Después se alegró de haberlo besado, porque al día siguiente, cuando su avión descendió mil quinientos pies en Mineola, una pieza de un motor le atravesó el corazón.

Soledad de Gloria

Al informarla Mr. Haight de que el juicio no se celebraría hasta el otoño, Gloria decidió trabajar en el cine sin decírselo a Anthony. Cuando viera su éxito, tanto artístico como financiero, cuando viera que podía conseguir lo que quisiese de Joseph Bloeckman, sin entregar nada a cambio, desaparecerían sus estúpidos prejuicios. Se pasó despierta media noche planeando su carrera y disfrutando anticipadamente de sus éxitos, y a la mañana siguiente llamó por teléfono a Films Par Excellence. Mr. Bloeckman estaba en Europa.

Pero esta vez la idea había hecho presa en ella con tanta fuerza que decidió recorrer las agencias de colocaciones relacionadas con la industria cinematográfica. Como ya había sucedido muchas otras veces, su sentido del olfato tuvo un efecto muy adverso sobre sus buenas intenciones. La agencia que visitó olía como si llevase muchísimo tiempo muerta. Esperó cinco minutos mientras examinaba a sus poco atractivos competidores, y luego se dirigió a buen paso a los rincones más apartados de Central Park, quedándose allí tanto tiempo que se enfrió. Estaba tratando de airear su traje de calle para que desapareciera el aroma de la agencia de colocaciones.

En primavera empezó a comprender por las cartas de Anthony —no se trataba de ninguna en particular, sino de su efecto acumulativo— que su marido no quería que fuese al sur. Excusas que parecían obsesionarla por su misma insuficiencia volvían a aparecer de manera muy curiosa en su correspondencia con regularidad freudiana. Las incluía en cada carta como si temiera haberlas olvidado en la anterior, como si fuera vitalmente necesario convencer a Gloria con ellas. Y la costumbre de sazonar sus cartas con diminutivos afectuosos empezó a convertirse en algo mecánico y desprovisto de espontaneidad: casi dando la impresión de que después de terminar cada misiva, la revisaba y procedía a añadirlos como si se tratara de epigramas en una obra de Oscar Wilde. Gloria llegaba precipitadamente a la solución de aquel misterio para rechazarla enseguida, y se enfadaba y deprimía alternativamente… hasta que por fin decidió —llena de dignidad— ignorar por completo todo el asunto, permitiendo que una creciente frialdad hiciese aparición en su lado de la correspondencia.

Durante los últimos meses Gloria había encontrado un buen número de actividades con que ocupar su tiempo. Varios aviadores que conociera a través de Tudor Baird vinieron a Nueva York para verla y también aparecieron dos de sus antiguos pretendientes, destinados en Camp Dix. A medida que aquellos hombres salían para Europa, hacían entrega —por así decirlo— de Gloria a sus amigos. Pero después de otra experiencia bastante desagradable con un capitán Collins en potencia, mistress Patch dejó perfectamente claro que, cuando alguien le era presentado, la persona en cuestión debía poseer una información fidedigna sobre su estado civil y sobre sus intenciones personales.

Al llegar el verano, Gloria se dedicó, igual que Anthony, a repasar la lista de bajas entre la oficialidad, descubriendo una especie de melancólico placer en enterarse de la muerte de alguien con quien una vez bailara un cotillón y en reconocer por sus nombres a los hermanos más jóvenes de antiguos pretendientes suyos, pensando, a medida que progresaba la ofensiva hacia París, que allí, finalmente, el mundo se encaminaba a su inevitable y bien merecida destrucción.

Cumplió los veintisiete sin apenas darse cuenta de ello. Años antes le había asustado mucho llegar a los veinte, y también, hasta cierto punto, alcanzar los veintiséis; pero en esta ocasión se miró en el espejo con tranquila autocomplacencia al comprobar la lozanía de su cutis y descubrir en su figura la misma esbeltez y aire juvenil que en otros tiempos.

Se esforzó por no pensar en Anthony. Era como si escribiera a un extraño. Les dijo a sus amigos que lo habían nombrado cabo y le molestó que se mostraran muy poco impresionados, aunque lo hicieran

con mucha cortesía. Una noche lloró porque Anthony le daba mucha pena (a poco dispuesto que se hubiese mostrado, Gloria habría cogido sin vacilar el primer tren); fueran cuales fuesen sus actividades, necesitaba que alguien se cuidara de él espiritualmente, y ella sentía que ahora estaba en condiciones de ocuparse incluso de aquello. Últimamente, sin el desgaste continuo de fortaleza moral que Anthony suponía, Gloria se encontraba maravillosamente revitalizada. Antes de que su marido se fuese, ella se había sentido inclinada, por simple asociación con él, a cavilar sobre sus oportunidades perdidas; ahora volvía a su estado de ánimo normal, sintiéndose fuerte y desdeñosa, dispuesta a existir cada día pensando únicamente en el valor del momento presente. Se compró una muñeca y la vistió; una semana lloró con Ethan Fromer: la siguiente disfrutó con algunas novelas de Galsworthy, que le gustaba por su capacidad de recrear, mediante un salto en la oscuridad, esa ilusión del romántico amor juvenil que las mujeres buscan eternamente en el futuro y en el pasado.

En octubre las cartas de Anthony se multiplicaron, haciéndose casi frenéticas; después cesaron repentinamente. Durante un angustioso mes Gloria necesitó de toda su capacidad de autocontrol para no ponerse inmediatamente en camino hacia Mississippi. Luego un telegrama le explicó que su marido había estado en el hospital y que probablemente se hallaría de vuelta en Nueva York antes de diez días. Como una figura de un sueño Anthony volvió a su vida a través de la sala de baile aquella noche de noviembre… y durante largas horas, llenas de una alegría que le era muy familiar, Gloria lo retuvo contra su pecho, acariciando una ilusión de felicidad y de seguridad que había llegado a convencerse de que nunca más poseería.

La derrota de los generales

Al cabo de una semana el regimiento de Anthony volvió al campamento de Mississippi para proceder allí a su licenciamiento. Los oficiales se encerraron en los compartimientos de los coches salón y se bebieron el whisky que habían comprado en Nueva York, y en los vagones de tercera los soldados se emborracharon también todo lo que pudieron… y cada vez que el tren se detenía en un pueblo fingían que acababan de volver de Francia, donde prácticamente habían acabado con el ejército alemán. Como todos llevaban los gorros que se usaban en Europa y aseguraban que no habían tenido tiempo de que les cosieran los galones dorados de los veteranos, los campesinos de la costa estaban muy impresionados y les preguntaban si les gustaban las trincheras, a lo que los otros replicaban con exclamaciones admirativas, fuerte chasquear de lenguas y violentos movimientos de cabeza. Alguien cogió un trozo de tiza y garrapateó en la pared del tren: «Hemos ganado la guerra y ahora volvemos a casa»; los oficiales se rieron al verlo y lo dejaron estar. Todos procuraban obtener la mayor satisfacción posible de aquel ignominioso regreso.

Mientras traqueteaban en dirección al campamento, Anthony estaba intranquilo pensando en encontrar a Dot esperándolo pacientemente en la estación. Con gran alivio por su parte ni la vio ni oyó nada acerca de ella y, convencido de que si estuviera aún en la ciudad habría tratado, sin duda alguna, de ponerse en contacto con él, llegó a la conclusión de que se había ido; dónde, ni lo sabía ni le interesaba. Solo quería volver con Gloria: Gloria renacida y maravillosamente viva. Cuando finalmente lo licenciaron, abandonó el campamento en las entrañas de un enorme camión con un grupo de soldados que vitorearon de manera tolerante, casi sentimental, a sus oficiales, y en especial al capitán Dunning. El capitán, por su parte, les había hablado, con lágrimas en los ojos, de la diversión, etc., del trabajo, etc., del tiempo no malgastado, etc., y del deber, etc. Todo muy aburrido y muy humano; después de escucharle, Anthony, con la mente revitalizada por su semana de estancia en Nueva York, reafirmó su profundo odio a la profesión militar y todo lo que implicaba. Dos de cada tres oficiales profesionales

creían, en su corazón infantil, que las guerras se hacían para los ejércitos y no los ejércitos para las guerras. Se alegró de ver al general y a otros jefes cabalgar desolados por el campamento vacío, privados de mando. Se alegró de oír a los hombres de su compañía reír despectivamente ante los alicientes que se les ofrecían para que se quedaran en el ejército. Estudiarían en «escuelas». Él sabía lo que eran aquellas «escuelas».

Dos días después estaba con Gloria en Nueva York.

Otro invierno

Un día de febrero a última hora de la tarde Anthony regresó al apartamento y después de cruzar a tientas el vestíbulo, que se quedaba completamente a oscuras durante los crepúsculos invernales, encontró a Gloria sentada junto a la ventana. Ella se volvió al entrar él.

—¿Qué tenía que decirte Mr. Haight? — preguntó apáticamente.

—Nada —respondió él—, lo mismo de siempre. Quizá el mes que viene.

Gloria lo miró detenidamente; su oído acostumbrado a la voz de Anthony captaba la menor torpeza en la pronunciación.

—Has estado bebiendo —hizo notar con frialdad.

—Un par de copas.

—Ah.

Anthony bostezó, sentado en el sillón, y se produjo un momento de silencio. Luego Gloria preguntó de repente:

—¿Has ido a ver a Mr. Haight? Dime la verdad.

—No. —Anthony sonrió débilmente—. En realidad no he tenido tiempo.

—Suponía que no habías ido… Mandó a buscarte.

—Me da lo mismo. Estoy harto de esperar en su despacho. Cualquiera pensaría que me está haciendo un favor. — Miró a Gloria como si esperara apoyo moral, pero ella había vuelto a su contemplación del dudoso y poco atractivo exterior—. Hoy me siento bastante cansado de la vida —prosiguió él, a título de ensayo. Pero Gloria no dijo nada—. Me encontré a un tipo y estuvimos hablando en el bar del Biltmore.

De repente el crepúsculo se había convertido en noche, pero ninguno de los dos hizo intención de encender las luces. Perdidos en Dios sabe qué meditaciones, siguieron allí hasta que la aparición de unos copos de nieve arrancó un lánguido suspiro de labios de Gloria.

—¿Qué has hecho tú? —preguntó él, encontrando agobiante el silencio.

—Leer una revista… llena de estúpidos artículos escritos por prósperos autores sobre lo terrible que es para la gente pobre comprar camisas de seda. Y, mientras estaba leyendo, solo podía pensar en lo mucho que me apetece tener un abrigo de piel de ardilla… y en que no podemos permitírnoslo.

—Sí que podemos.

—Por supuesto que no.

—¡Claro que sí! Si quieres un abrigo de ardilla, lo tendrás.

La voz de Gloria, al atravesar la oscuridad, encerraba una implicación de menosprecio.

—¿Quieres decir que podemos vender otro bono?

—Si es necesario. No quiero que te prives de nada. Aunque hemos gastado mucho desde mi vuelta.

—¡Cállate, anda! —dijo ella muy irritada.

—¿Por qué?

—Porque estoy cansada de oírte hablar de lo que nos hemos gastado o de lo que hemos hecho. Volviste hace dos meses y desde entonces hemos estado en alguna fiesta prácticamente todas las noches. Los dos queríamos ir y hemos ido. ¿Acaso me has oído quejarme? Pero todo lo que sabes hacer tú es gemir y gemir. Ya no me importa nada lo que hagamos o lo que sea de nosotros y por lo menos soy coherente conmigo misma. Pero no estoy dispuesta a tolerar tus quejas ni tus aullidos calamitosos…

—A veces tú tampoco estás muy agradable, no sé si lo sabes.

—No tengo ninguna obligación de estarlo. Tú no haces el menor esfuerzo por cambiar las cosas.

—Pero yo estoy…

—¡Vaya! Juraría que eso ya lo he oído antes. Esta mañana dijiste que no volverías a probar una gota de alcohol hasta que tuvieras un empleo. Y ni siquiera has tenido el coraje suficiente para ir a ver a Mr. Haight cuando te ha mandado llamar para hablar del juicio.

Anthony se puso en pie y encendió la luz.

—¡Escúchame! —exclamó, parpadeando—, me estoy cansando de esa lengua tan afilada que tienes.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer para evitarlo?

—¿Crees que yo me siento particularmente feliz? —continuó él, ignorando su pregunta—. ¿Crees que no sé que no estamos viviendo como debiéramos?

En un instante Gloria estuvo en pie junto a él, temblando.

—¡No voy a aguantarlo! —estalló—. ¡Note permito que me sermonees! ¡Tú y tus sufrimientos! ¡No eres más que un pobre desgraciado y siempre lo has sido!

Se contemplaron el uno al otro estúpidamente, ambos incapaces de causar la menor impresión en el otro, los dos tremenda, dolorosamente aburridos. Luego Gloria se fue al dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

El regreso de Anthony había traído otra vez a primer término todas las exasperaciones de antes de la guerra. Los precios subían de manera alarmante y el matrimonio veía sus ingresos reducidos a poco más de la mitad de lo que eran al principio. Estaban los elevados honorarios de Mr. Haight; estaban los valores comprados a cien, y que ahora habían bajado a treinta o cuarenta, y otras inversiones que no producían nada en absoluto. Durante la primavera anterior Gloria se había visto ante la alternativa de dejar el apartamento o firmar un contrato por un año a doscientos veinticinco dólares al mes. Había tenido que firmarlo. Inevitablemente, a medida que la necesidad de economizar aumentaba, descubrían que como pareja estaban totalmente incapacitados para ahorrar. Acababan recurriendo a la antigua estrategia de las mentiras. Cansados de su ineptitud, charlaban de lo que harían… mañana, de cómo

«dejarían de ir a fiestas» y de cómo Anthony se pondría a trabajar. Pero cuando oscurecía, Gloria, acostumbrada a tener compromisos todas las noches, se sentía una vez más invadida por el antiguo desasosiego. Se quedaba de pie en el umbral del dormitorio, mordiéndose furiosamente las uñas, y, a veces, mirando a Anthony a los ojos cuando su marido levantaba la vista del libro. Luego sonaba el teléfono y sus nervios se distendían, y lo contestaba con mal disimulada avidez. Alguien venía «tan solo por unos minutos»… y había que incurrir una vez más en el cansancio que provoca el fingimiento, tenía que hacer su aparición el carrito de las bebidas alcohólicas, producirse la revitalización de sus espíritus agotados… y, más tarde, el despertar como punto central de la noche insomne por la que deambulaban.

A medida que transcurría el invierno con los desfiles por la Quinta Avenida de las tropas que regresaban de Europa, se fueron dando cuenta cada vez con más claridad de que desde la vuelta de Anthony sus relaciones habían cambiado por completo. Después de aquel renacer de ternura y de pasión los dos habían regresado a un sueño solitario no compartido por el otro, y las manifestaciones de afecto que se dirigían pasaban, al parecer, de un corazón vacío a otro, reflejando sordamente la desaparición de lo que sabían definitivamente perdido.

Anthony había vuelto a recorrer los periódicos metropolitanos y una vez más se había visto rechazado por una mezcla heterogénea de botones, telefonistas y redactores de noticias locales. La consigna era: «Reservamos las vacantes que pueda haber para nuestros empleados que todavía están en Francia». Luego, a últimos de marzo, Anthony se fijó en un anuncio del periódico de la mañana, y encontró así finalmente la apariencia de una ocupación.

¡¡¡USTED ES CAPAZ DE VENDER!!!

¿Por qué no ganar dinero mientras aprende?

Los ingresos de nuestros vendedores oscilan entre 50 y 200 $ a la semana.

A continuación venía una dirección en Madison Avenue, y la una de la tarde como hora de reunión. Gloria, al mirar por encima del hombro de Anthony, después de uno de sus usuales desayunos tardíos, vio que su marido estaba examinando el anuncio, aunque sin especial interés.

—¿Por qué no lo intentas? —le sugirió.

—No es más que una de esas engañifas absurdas.

—Quizá no lo sea. Al menos te servirá de experiencia.

Ante su insistencia, Anthony apareció a la una en la dirección indicada, y se encontró formando parte de una mezcolanza de hombres que esperaban delante de la puerta. La diversidad era considerable, desde un botones que estaba a todas luces malgastando sus horas de trabajo, hasta un sujeto inmemorial con un cuerpo tan lleno de nudosidades como su bastón. Algunos de los hombres tenían muy mal aspecto, con mejillas hundidas y ojos hinchados y enrojecidos; otros eran jóvenes, posiblemente estudiantes de bachillerato. Después de un cuarto de hora de apreturas en los que se contemplaron unos a otros con apática desconfianza, apareció un joven y elegante guía, de traje muy ajustado, y modales de ayudante de rector, que los condujo escaleras arriba a una habitación muy amplia que parecía un aula y contenía innumerables pupitres. Allí los futuros vendedores se sentaron… y siguieron esperando. Después de cierto tiempo un estrado al fondo de la sala quedó oscurecido por la presencia de media docena de hombres serios y al mismo tiempo llenos de vivacidad que, con una sola excepción, tomaron asiento formando un semicírculo, de cara al público.

La excepción era el hombre más serio, más enérgico y más joven de todos, que avanzó hasta situarse en la parte delantera del estrado. El público lo examinó esperanzadamente. Era más bien pequeño y bastante guapo, con un atractivo de tipo más comercial que dramático. Tenía cejas rubias, rectas y muy pobladas y unos ojos que resultaban casi escandalosamente honrados y, al llegar al borde de su tribuna, pareció arrojar aquellos ojos en medio del público, alzando simultáneamente un brazo con dos dedos extendidos. Luego, mientras se balanceaba hasta conseguir una posición de equilibrio, un silencio expectante se apoderó de la sala. Con gran aplomo, el joven había conseguido despertar el interés de sus oyentes, y sus palabras, cuando comenzó a hablar, estaban llenas de firmeza y de confianza y muy en la escuela de «ir al grano directamente».

—¡Amigos! —empezó, e hizo una pausa. La palabra murió con un eco muy prolongado en el fondo de la sala, mientras los rostros que lo contemplaban —esperanzados, cínicos, cansados— manifestaban todos el mismo interés, la misma atención. Seiscientos ojos se alzaron ligeramente. Con una entonación monótona que recordó a Anthony el ruido sordo de las bolas al rodar en una bolera, el orador se lanzó de cabeza al mar de las explicaciones.

—En esta soleada y radiante mañana habéis abierto vuestro periódico favorito y os habéis encontrado con un anuncio en el que se decía con toda sencillez y sin adornos de ninguna clase que sois capaces de vender. Eso era todo lo que el anuncio decía: no hablaba de «qué», ni decía «cómo», ni explicaba «por qué». Se limitaba a hacer una sola afirmación: que tú, y tú, y tú — señalando sucesivamente con el dedo a varios de sus oyentes— podéis vender. Ahora bien, mi tarea no es hacer unos triunfadores de vosotros, porque todos los hombres nacen triunfadores, y son ellos mismos quienes se convierten en fracasados; tampoco consiste en que os enseñe a hablar, porque todos los hombres son oradores por naturaleza y solo ellos mismos destruyen su facilidad de palabra; mi tarea es deciros una sola cosa de manera que no os quede la menor duda acerca de ello: y lo que tengo que deciros es que tú, y tú, y tú tenéis derecho a una herencia de dinero y prosperidad que está esperando tan solo a que aparezcáis y la reclaméis.

Al llegar a este punto un irlandés de aspecto taciturno se levantó de su pupitre, cerca del fondo del salón, y se marchó.

—Ese hombre ha decidido ir a buscarla en el bar de la esquina (risas). No la encontrará allí. Hubo un tiempo en que yo también la buscaba en ese sitio (risas), pero eso fue antes de que hiciera lo que cada uno de vosotros, amigos míos, tanto si sois jóvenes como si sois viejos, tanto si sois pobres como si sois ricos (débil murmullo de risas irónicas), podéis hacer. ¡Fue antes de encontrarme a mí mismo!

»Me pregunto si alguno de vosotros sabe qué es una Charla con el corazón en la mano. Una Charla con el corazón en la mano es un librito en el que, hace cosa de cinco años, empecé a escribir lo que, según había ido descubriendo, eran las razones principales del fracaso de un hombre y también las principales razones de su éxito… desde John D. Rockefeller hasta John D. Napoleon (risas), e incluso antes, en los días en que Abel vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas. Ahora existen ya un centenar de estas Charlas con el corazón en la mano. A aquellos de vosotros que sois sinceros, que estáis interesados en nuestra proposición, y, sobre todo, a los que no os satisface cómo os van las cosas en el momento actual, se os entregará una de las «Charlas» cuando salgáis dentro de un rato por esa puerta para que os la llevéis a casa.

»Aquí en mi bolsillo tengo cuatro cartas sobre Charlas con el corazón en la mano que acabo de recibir. Los nombres de las personas que firman estas cartas son conocidos en todos los hogares de

Estados Unidos. Escuchad esta que viene de Detroit:

Querido Mr. Carleton:

Quiero encargar tres mil ejemplares más de «Charlas con el corazón en la mano» para distribuirlos entre mis vendedores. Sus libritos han logrado hacerles rendir más en su trabajo que cualquier incentivo en metálico. Yo los leo constantemente y deseo sinceramente felicitarlo por haber llegado a la raíz del mayor problema con que se enfrenta hoy nuestra generación: el problema de cómo vender. La base sobre la que descansa este país es el problema de cómo vender.

Reiterándole mis felicitaciones, me pongo cordialmente a su disposición.

HENRY W. TERRAL

El orador pronunció el nombre del autor de la carta con tres largos y resonantes alaridos triunfales, seguidos de una pausa para que produjera el deseado efecto mágico. Luego leyó otras dos cartas, una de un fabricante de aspiradoras y otra del presidente de la Great Northern Doily Company.

—Y ahora —siguió después—, voy a deciros en pocas palabras la proposición que se os va a hacer a aquellos de vosotros que tengáis la actitud correcta. Explicada con toda sencillez, es la siguiente: «Charlas con el corazón en la mano» se ha constituido legalmente como una compañía, y ¡vamos a poner estos libritos en las manos de todas las grandes organizaciones comerciales, de todos los vendedores y de todos los hombres que saben (no digo «creen», digo «saben») que son capaces de vender! Estamos ofreciendo en el mercado parte de las acciones de la empresa Charlas con el corazón en la mano, y para que la distribución resulte lo más amplia posible, y también para que podamos ofrecer un ejemplo vivo, concreto, en carne y hueso, de lo que es el arte de vender, o más bien de lo que puede ser, vamos a loros a aquellos de vosotros que seáis las personas idóneas una oportunidad de vender estos valores. Ahora bien, no me importa lo que hayáis tratado de vender antes ni cómo hayáis tratado de hacerlo. Tampoco importa la edad que tengáis. Yo solo quiero saber dos cosas: primera, ¿quieres tener éxito?, y, segunda, ¿vas a trabajar para alcanzarlo?

»Yo me llamo Sammy Carleton, no «Mr.» Carleton, Sammy simplemente. Soy una persona práctica y no me gusta darme aires. Quiero que me llaméis Sammy.

»Esto es todo lo que voy a deciros por hoy. Mañana quiero que aquellos de entre vosotros que hayáis meditado sobre todo esto y hayáis leído el ejemplar de Charlas con el corazón en la mano que se os va a dar a la salida, volváis a esta misma habitación a la misma hora, para que entremos más a fondo en la proposición que os voy a hacer y os explique mis descubrimientos sobre los factores del éxito. ¡Voy a haceros sentir que tú, y tú, y tú sois capaces de vender!

La voz de Mr. Carleton vibró por un momento a través de la sala y luego se desvaneció. Acompañado por el resonar de muchos pies sobre el suelo, Anthony se vio empujado hacia la salida con el resto del grupo.

Más aventuras con «Charlas con el corazón en la mano»

Sazonándolo con risas irónicas, Anthony hizo a Gloria el relato de su aventura comercial. Pero ella lo escuchó sin dar indicios de encontrarla divertida.

—¿Vas a renunciar una vez más? —le preguntó fríamente.

—¡No esperarás que…!

—Nunca he esperado nada de ti.

Anthony vaciló.

—Bueno, no veo la menor ventaja en enfermar de risa con semejante asunto. Si hay algo más viejo que esa historia tan vieja es el nuevo truco para ponerla al día.

Fue necesaria una asombrosa cantidad de energía moral por parte de Gloria para conseguir que Anthony volviera y, cuando se presentó al día siguiente, un tanto deprimido por la lectura de las inmemoriales perogrulladas caprichosamente expuestas en «Charlas con el corazón en la mano sobre la ambición», halló que solo cincuenta de los primitivos trescientos estaban aguardando la aparición del atractivo y entusiasta Sammy Carleton. En aquella ocasión las dotes de entusiasmo y persuasión de Mr. Carleton se consagraron a elucidar un magnífico tema teórico: cómo vender. Parecía ser que el método adecuado no era formular la propuesta y decir luego «Y ahora, ¿comprará usted?»; aquel, desde luego, no era el sistema, ¡ni mucho menos! El sistema era formular la propuesta y luego, después de haber agotado completamente al adversario, hacer uso del imperativo categórico: «¡Vamos a ver! He gastado mi tiempo con usted explicándole este asunto. Ha aceptado usted mis razonamientos. Todo lo que me queda por preguntarle es: ¿cuántas va a comprar?».

Mientras Mr. Carleton acumulaba afirmaciones una encima de otra, Anthony empezó a sentir una especie de hastiada confianza en él. Aquel hombre parecía saber de qué estaba hablando. Indudablemente próspero, se había elevado lo suficiente como para instruir a otros. A Anthony no se le ocurrió que el tipo de hombre que alcanza el éxito comercial raras veces sabe cómo o por qué, y que si, como en el caso de su abuelo, le atribuye unas razones, son generalmente inexactas y absurdas.

Anthony se fijó en que, de los numerosos ancianos que habían respondido al anuncio original, solo dos habían vuelto, y que entre los treinta y tantos reunidos el tercer día para recibir de Mr. Carleton las definitivas instrucciones sobre cómo vender, solo se divisaba ya una cabeza gris. Aquellos treinta eran conversos entusiastas; iban siguiendo con los labios los movimientos de la boca de Mr. Carleton; se balanceaban en los asientos inflamados de celo, y en los momentos de descanso durante la exposición hablaban entre sí con tensos murmullos aprobatorios. Sin embargo, de los pocos escogidos que, según palabras de Mr. Carleton, «estaban decididos a alcanzar la recompensa que en estricta justicia les pertenecía», menos de media docena llegaban a combinar un mínimo de aceptable apariencia personal con el gran don de «ser agresivos». Pero a todos se les dijo que eran agresivos por naturaleza: lo único necesario era que creyeran con una especie de pasión salvaje en lo que estaban vendiendo. Mr. Carleton llegó incluso a sugerir que, si era posible, compraran ellos mismos algunos valores, para dar mayor peso a su propia sinceridad.

Fue así como, al quinto día, Anthony se lanzó a la calle con toda la sensación de ser un hombre buscado por la policía. Actuando de acuerdo con las instrucciones recibidas, eligió un edificio para oficinas de muchos pisos, con el fin de subir hasta el ático e ir después descendiendo y llamando a todas las puertas con letrero. Pero en el último momento tuvo dudas. Quizá fuese más factible aclimatarse a la helada atmósfera que sin duda le esperaba, intentándolo primero en unas cuantas oficinas de, pongamos por caso, Madison Avenue. Anthony se dirigió a una galería ocupada al parecer por personas semiprósperas, y al ver un letrero que decía «Percy B. Weatherbee, arquitecto», abrió la puerta heroicamente y entró. Una joven muy estirada alzó los ojos inquisitivamente.

—¿Puedo ver a Mr. Weatherbee?

—Anthony se preguntó si le temblaba la voz.

La muchacha puso una mano vacilante sobre el teléfono interior.

—¿Su nombre, por favor?

—No sabe… quién soy. Mi nombre no le diría nada.

—¿Por qué quiere hablar con él? ¿Es usted un agente de seguros?

—¡No, no, nada de eso! —denegó Anthony apresuradamente—. Claro que no. Se trata de… se trata de un asunto personal. —Se preguntó si era aquello lo que debería haber dicho. ¡Parecía todo tan sencillo cuando Mr. Carleton había ordenado a su rebaño!

«¡No permitáis que os impidan entrar!. ¡Hacedles ver que estáis decididos a hablar con ellos, y os escucharán!».

La muchacha sucumbió ante el agradable y melancólico rostro de Anthony, y un momento después la puerta de la habitación interior se abría para dar paso a un hombre alto, de pelo muy brillante, que andaba con los pies vueltos hacia fuera, y que se acercó a Anthony con mal disimulada impaciencia.

—¿Quería usted verme por un asunto personal?

Anthony sintió miedo.

—Quería hablar con usted —dijo con tono desafiarte.

—¿Sobre qué?

—Necesitaré algún tiempo para explicárselo.

—Bien, ¿de qué se trata? —La voz de Mr. Weatherbee indicaba una creciente irritación.

Entonces Anthony, esforzándose con cada palabra y con cada sílaba, empezó:

—No sé si ha oído usted hablar alguna vez de una serie de panfletos titulados «Charlas con el corazón en la mano»…

—¡Dios santo! —exclamó Percy B. Weatherbee, arquitecto—. ¿Está usted tratando de llegarme al corazón?

—No, le estoy hablando de un negocio. «Charlas con el corazón en la mano» se ha constituido en sociedad y hemos puesto algunas participaciones en el mercado…

Su voz fue apagándose lentamente, hostigada por la mirada, fija y desdeñosa, de su reacia presa. Siguió luchando por espacio de un minuto más, cada vez más avergonzado, enredándose con sus propias palabras, sintiendo que se le escapaba la confianza en grandes bascas progresivas que parecían expulsar secciones de su propio cuerpo. Casi misericordiosamente, Percy B. Weatherbee, arquitecto, puso fin a la entrevista.

—¡Santo cielo! —exclamó muy molesto—, ¡y a esto le llama usted un asunto personal! —Moviéndose con rapidez, regresó a su despacho dando un portazo. Sin atreverse a mirar a la secretaria, Anthony abandonó la habitación de alguna vergonzosa y misteriosa manera. Sudando profusamente se quedó inmóvil en el vestíbulo preguntándose por qué no venían inmediatamente a detenerlo; en cada mirada de refilón descubría infaliblemente una mirada de menosprecio.

Al cabo de una hora y con la ayuda de dos whiskies dobles consiguió decidirse a intentarlo de nuevo. Entró en la tienda de un fontanero, pero nada más mencionar de qué se trataba, el fontanero empezó a ponerse el abrigo con muchas prisas, anunciando malhumoradamente que tenía que irse a comer. Anthony hizo notar cortésmente que era inútil tratar de vender algo a una persona cuando estaba hambrienta, y el fontanero se mostró completamente de acuerdo.

Este episodio animó a Anthony; trató de creer que por lo menos el fontanero le hubiese escuchado de no mediar aquel almuerzo.

Ignorando unos cuantos bazares resplandecientes de aspecto formidable, Anthony entró en una tienda de ultramarinos. Un locuaz propietario le informó de que antes de comprar ningún valor quería ver qué efectos tenía el armisticio sobre el mercado bursátil. Al joven Patch esto le pareció casi una injusticia. En la Utopía del Vendedor de Mr. Carleton la única razón que los posibles compradores daban para no comprar valores eran sus dudas de que se tratase de una inversión prometedora. Las personas con esa disposición eran —a todas luces— presas casi ridículamente fáciles, a las que simplemente se abatía con la juiciosa aplicación de los correctos argumentos mercantiles. Pero estos otros… ¡el problema era que no tenían intención de comprar nada en absoluto!

Anthony se tomó varios whiskies más antes de abordar a su cuarto hombre, un corredor de fincas; sin embargo, el joven Patch fue derribado con un golpe tan decisivo como un silogismo. El corredor de fincas dijo que tenía tres hermanos en el negocio de las inversiones. Viéndose ya en el desagradable papel de destructor de hogares, Anthony presentó sus disculpas y salió del despacho.

Después de tomarse otro whisky, se le ocurrió el brillante plan de vender los valores a los dueños de los bares de Lexington Avenue. Esto le llevó horas, porque era necesario tomarse varias copas en cada sitio para conseguir que el propietario se colocara en la apropiada situación anímica para hablar de negocios. Pero todos ellos arguyeron unánimemente que si tuvieran dinero para comprar bonos no estarían atendiendo el mostrador de un bar. Era como si se hubiesen reunido previamente y acordado responder de la misma manera. A medida que se aproximaban las cinco de la tarde —unas cinco de la tarde de oscuridad y acumulación de whiskies—, Anthony descubrió que sus interlocutores estaban desarrollando una tendencia aún más molesta a tomarse en broma sus proposiciones financieras.

Por consiguiente, al dar las cinco, con un tremendo esfuerzo de concentración, Anthony decidió diversificar el abanico de posibles compradores. Eligió una galería de alimentación de tamaño medio. Nada más entrar se dio cuenta —con repentina iluminación interior— de que lo más adecuado era deslumbrar no solo al dueño de la tienda, sino también a todos los clientes, y así, gracias a la fuerza psicológica del instinto de rebaño, quizá compraran los bonos con sorprendida e inmediatamente lograda unanimidad.

—Buenas tardes —empezó, con voz demasiado fuerte y pastosa—. Tengo una proposición que hacerles.

Si lo que quería era silencio, lo consiguió. Una especie de temor reverente se apoderó de la media docena de mujeres que estaban comprando y del anciano de cabellos grises, con gorro y mandil, que partía un pollo.

Anthony sacó un puñado de papeles de su cartera entreabierta, y lo agitó alegremente.

—Compren un bono —sugirió—, ¡tan bueno como un bono de la libertad! —La frase le gustó y se dedicó a desarrollarla—. Mejor que un bono de la libertad. Cada uno de estos vale por dos bonos de la

libertad. —En la mente de Anthony se produjo una laguna y saltó al párrafo final de su arenga, que pronunció con los gestos apropiados, aunque un tanto desfigurados por la necesidad de agarrarse al mostrador con una o con las dos manos para conservar el equilibrio—. ¡Vamos a ver! Les he dedicado mi tiempo. No quiero saber por qué no van a comprar. Solo quiero que digan por qué. ¡Quiero que digan cuántos!

Al llegar a aquel punto, las personas presentes en la tienda deberían habérsele acercado con talonario de cheques y pluma estilográfica en la mano. Dándose cuenta de que no reaccionaban de la manera esperada, Anthony, con intuición de actor, volvió atrás y repitió el párrafo final.

—¡Vamos a ver! Les he dedicado mi tiempo. Han seguido ustedes mi proposición. ¿Están de acuerdo con el razonamiento? Ahora, todo lo que quiero de ustedes es: ¿cuántos bonos de la libertad?

—¡Oiga usted! —intervino una nueva voz. Un hombre corpulento, de rostro adornado por simétricas volutas de pelo rubio, había salido de una especie de jaula de cristal en el fondo del establecimiento y se estaba acercando a Anthony—. ¡Óigame usted!

—¿Cuántos? —repitió impertérrito el vendedor—. Les he dedicado mi tiempo…

—¡Eh, usted! —gritó el propietario—, haré que se lo lleve la policía.

—¡No hay ninguna razón para hacer una cosa así! —replicó Anthony con magnífica obstinación—. Todo lo que quiero es saber cuántos.

Desde distintos puntos de la tienda se alzaron nubecillas de comentarios y recriminaciones.

—¡Qué desagradable!

—Está completamente loco.

—Borracho como una cuba.

El propietario sujetó a Anthony por un brazo con decisión.

—Váyase o llamaré a la policía.

Un resto de racionalidad impulsó a Anthony a asentir con la cabeza y a volver a meter los bonos en la cartera con mano torpe.

—¿Cuántos? —insistió, con voz incierta.

—¡El cuerpo entero si es necesario! — rugió su adversario temblándole fieramente el bigote rubio.

—Véndales un bono a todos.

Anthony se dio la vuelta después de decir esto, hizo una inclinación de cabeza en dirección a sus últimos espectadores, y salió tambaleándose del establecimiento. Encontró un taxi en la esquina que lo llevó al apartamento. Se quedó profundamente dormido en el sofá, y allí lo encontró Gloria con el aliento apestando a whisky, y aferrando todavía con una mano la cartera abierta.

Excepto cuando bebía, la amplitud de las sensaciones de Anthony era menor que la de un anciano con buena salud, y en julio, al llegar la prohibición, el joven Patch descubrió que, entre quienes podían permitírselo, se bebía más que nunca. Cualquier anfitrión sacaba a relucir una botella con el más mínimo pretexto. La tendencia a ofrecer bebidas alcohólicas era una manifestación del mismo instinto que lleva a un hombre a adornar a su mujer con joyas. Tener bebidas alcohólicas era un alarde, casi un

símbolo de respetabilidad.

Por las mañanas Anthony se despertaba cansado, nervioso y preocupado. Los apacibles crepúsculos del estío y el frescor violeta de los amaneceres no lograban provocar en él la menor respuesta. Tan solo durante un breve momento diario, con el calor y la vida renovada del primer whisky con soda, su mente era capaz de regresar a los vagorosos sueños de placeres futuros, herencia común de los felices y de los condenados. Pero esto duraba muy poco tiempo. A medida que se emborrachaba los sueños se desvanecían y él se convertía en un confuso espectro, moviéndose por extraños recovecos de su propia mente, lleno de inesperados caprichos, cruelmente despectivo en el mejor de los casos, y capaz de alcanzar pastosas y descorazonadas simas. Una noche de junio se peleó violentamente con Maury por un motivo absolutamente trivial. Al otro día recordaba vagamente que todo había girado en torno a una botella rota de champán. Maury le había dicho que se serenara y Anthony se sintió herido, de manera que con un pretendido gesto de dignidad se levantó de la mesa y cogió a Gloria del brazo para, con profunda sensación de vergüenza por parte de su mujer, llevarla hasta el taxi que esperaba fuera, dejando a Maury con tres cenas encargadas y las entradas para la ópera.

Esta especie de fracaso semitrágico se había hecho tan corriente que, cuando se producía uno nuevo, Anthony no se sentía siquiera obligado a ofrecer disculpas. Si Gloria protestaba —y últimamente lo más probable era que se hundiera en un desdeñoso silencio—, él se lanzaba a una violenta defensa de sí mismo o abandonaba el apartamento con gesto melancólico. Desde el incidente en el andén de la estación de Redgate, nunca le había puesto la mano encima a Gloria, aunque a menudo se contenía por algún instinto que lo hacía al mismo tiempo temblar de rabia. De la misma manera que todavía seguía queriéndola más que a ningún otro ser humano, también los odios que le inspiraba eran muy intensos y frecuentes.

Hasta aquel momento, el tribunal de apelación no había emitido su fallo, pero, después de otro aplazamiento, confirmó finalmente la sentencia del tribunal inferior, aunque con el voto en contra de dos de sus miembros. A Edward Shuttleworth le fue notificado que se volvería a apelar contra la sentencia. El caso tendría que verse ante el tribunal de último recurso, y Anthony y Gloria se enfrentarían una vez más con otra interminable espera. Seis meses, quizá un año. La herencia se había convertido para ellos en algo terriblemente irreal, tan remoto e incierto como el paraíso.

Durante todo el invierno precedente un problema de poca importancia se había convertido en sutil y omnipresente motivo de irritación: la cuestión del abrigo gris de piel de ardilla para Gloria. En aquellos días podían verse a cada paso por la Quinta Avenida mujeres con largas capas de piel de ardilla. Aquel atuendo les daba aspecto de peonzas; resultaban porcinas y obscenas; aquella suntuosidad que solo servía para ocultar y la femenina animalidad de la prenda les hacía parecer concubinas. Sin embargo… Gloria quería un abrigo de ardilla gris.

Discutiendo aquel asunto —o, más bien, peleándose con ese motivo, porque, más incluso que durante su primer año de matrimonio, toda discusión adoptaba la forma de confrontación violenta, llena de frases como «Sin duda alguna», «Completamente absurdo», «Es así, digas lo que digas» y el definitivo «A pesar de todo» llegaron a la conclusión de que no podían comprar el abrigo. Y a partir de entonces, aquella prenda fue convirtiéndose gradualmente en el símbolo de su creciente inseguridad económica.

Para Gloria la reducción de sus ingresos era un fenómeno fuera de lo común, sin explicación ni precedente; y el que hubiera podido producirse en el espacio de cinco años lo consideraba casi una

crueldad premeditada, concebida y ejecutada por un dios sarcástico. Cuando se casaron, siete mil quinientos dólares al año parecían ingresos adecuados para una pareja de jóvenes, sobre todo si se les añadía la esperanza de muchos millones. Gloria no había llegado a darse cuenta de que sus recursos disminuían no solo en cantidad, sino en poder adquisitivo, hasta que el pago a Mr. Haight de unos honorarios a cuenta de quince mil dólares lo convirtió en un hecho repentina y sorprendentemente manifiesto. Cuando Anthony fue llamado a filas habían calculado que sus ingresos estaban por encima de los cuatrocientos al mes, pero a la vuelta del joven Patch a Nueva York descubrieron que la situación era aún más alarmante. Solo recibían ya cuatro mil quinientos dólares al año por sus inversiones. Y aunque la resolución del pleito seguía alejándose de ellos como un tenaz espejismo, y la posibilidad de un desastre económico se delineaba cada vez con más claridad, seguían descubriendo, sin embargo, que les resultaba imposible vivir dentro de los límites que les marcaban sus ingresos.

De manera que Gloria prescindió del abrigo de piel de ardilla, y todos los días, al recorrer la Quinta Avenida, era consciente de su gastado chaquetón de piel de leopardo, absolutamente pasado de moda. Cada dos meses vendían un bono, pero de todas formas, después de pagar las facturas, solo quedaba lo suficiente para calmar el insaciable apetito de sus gastos corrientes. Los cálculos de Anthony mostraban que su capital podría durar unos siete años más. De manera que Gloria se sentía muy amargada, porque en una semana, durante una larguísima y desmadrada fiesta en el curso de la cual Anthony, caprichosamente, se quitó chaqueta, chaleco y camisa en un teatro y una cuadrilla de acomodares tuvo que ayudarlo a abandonar la sala, se habían gastado el doble de lo que hubiese costado el abrigo de piel de ardilla.

Era el mes de noviembre (el veranillo de San Martín más exactamente) y hacía una noche muy calurosa, cosa innecesaria, porque el trabajo del verano ya estaba hecho. Babe Ruth había batido por primera vez el récord de carreras de béisbol y Jack Dempsey le había roto el pómulo a Jess Willard en Ohio. Al otro lado del océano el habitual número de niños tenían el vientre hinchado por causa de la desnutrición, y los diplomáticos se consagraban a su tarea de siempre: hacer del mundo un sitio adecuado para nuevas guerras. En la ciudad de Nueva York el proletariado estaba siendo «disciplinado», y las apuestas a favor del equipo de fútbol de Harvard eran generalmente cinco a tres. La paz había llegado de verdad, y comenzaba una nueva época.

En el dormitorio de su apartamento de la calle Cincuenta y siete, Gloria daba vueltas en la cama, incorporándose de cuando en cuando para quitarse una colcha superflua y pidiéndole a Anthony, en una ocasión que estaba despierto a su lado, que le trajera un vaso de agua helada.

—Note olvides de ponerle un poco de hielo —le dijo insistentemente—; no sale lo bastante fría del grifo.

Mirando a través de los transparentes visillos Gloria podía ver la redondez de la luna por encima de los tejados y más allá, sobre el cielo, el resplandor amarillo procedente de Times Square; y al contemplar aquellas dos luces discrepantes, su mente se puso a analizar una emoción, o más bien un conjunto de emociones entretejidas, que la habían ocupado durante el día, y también el día anterior y, todavía más atrás, la última vez que recordaba haber pensado con claridad y orden acerca de algo… lo que tuvo que ser mientras Anthony estaba en el ejército.

Gloria iba a cumplir veintinueve años en febrero, y ese mes adquiría un significado tan ominoso como inevitable, haciéndole preguntarse, durante aquellas nebulosas horas medio enfebrecidas, si después de todo no habría desperdiciado su belleza, ligeramente ajada ya; si era posible utilizar una

cualidad limitada por tan cruel e inevitable desaparición.

Años antes, a los veintiuno, Gloria había escrito en su diario: «La belleza existe solo para ser admirada, solo para ser amada; para recogerla cuidadosamente y arrojarla después al amante escogido como un ramo de rosas. En mi opinión, y hasta donde soy capaz de juzgar, creo que mi belleza debiera usarse de esa forma…».

Y ahora, durante todo aquel día de noviembre, todo aquel día repleto de desolación, Gloria había estado pensando que quizá estuviese equivocada. Para preservar la integridad de su primer don no había vuelto a buscar el amor. Cuando la llama primera y el éxtasis habían perdido fuerza, para disminuir luego y finalmente desaparecer, ella había empezado a conservar… pero ¿qué? Le desconcertaba no saber ya qué era exactamente lo que estaba conservando… un recuerdo sentimental o un básico y profundo concepto del honor. Dudaba ahora si había habido alguna cuestión moral implicada en su manera de vivir: avanzar sin preocupaciones ni remordimientos por la más alegre de todas las sendas posibles y conservar el orgullo siendo siempre ella misma y haciendo siempre lo que parecía más hermoso que ella hiciera. Desde el primer muchachito con cuello almidonado que la había considerado su «chica», hasta el último desconocido cuyos ojos manifestaban interés y admiración al posarse sobre ella, había bastado aquella inocencia sin rival que Gloria era capaz de poner en cualquier mirada o de arropar con una frase inconexa —porque siempre había hablado sin terminar las frases— para tejer en torno suyo inconmensurables ilusiones, distancias inconmensurables, inconmensurable luz. Para dotar a los hombres de un alma, para crear una felicidad espléndida y una espléndida desesperación tenía que seguir siendo profundamente altiva, con el orgullo de seguir inviolada, y también con el orgullo de fundirse ante la pasión y de ser poseída.

Sabía que en el fondo de su corazón nunca había querido tener hijos. La materialidad, la animalidad, los intolerables sentimientos que llevaba consigo estar embarazada, la amenaza que suponía para su belleza, la dejaban consternada. Quería existir tan solo como una flor consciente, que prolonga su propia existencia lo más posible y cuida de sí misma. Su sentimentalismo podía agarrarse ferozmente a sus propias ilusiones, pero su alma susurraba que la maternidad también era un privilegio del mandril hembra. De manera que sus sueños eran únicamente sobre niños fantasmales: juveniles y perfectos símbolos de su juvenil y perfecto amor hacia Anthony.

En último extremo, su belleza era lo único que nunca le fallaba. Gloria no había visto nunca otra belleza como la suya. Lo que significara ética o estéticamente perdía sentido ante la maravillosa concreción de sus pies sonrosados, de la limpia perfección de su cuerpo, y de la boca infantil que era como el símbolo material de un beso.

Iba a cumplir veintinueve años en febrero. Mientras la larga noche tocaba a su fin, Gloria tomó absoluta conciencia de que ella y la belleza iban a hacer uso de los próximos tres meses. Al principio no estaba segura de para qué, pero el problema se resolvió gradualmente gracias al antiguo señuelo de la pantalla. Ahora estaba decidida. Ninguna necesidad material podría haberla impulsado como lo hacía aquel miedo. No importaba lo que dijera Anthony, aquel Anthony pobre de espíritu, un hombre débil y hundido con los ojos inyectados en sangre, por quien aún sentía ternura en algunos momentos. Nada importaba. Cumpliría veintinueve años en febrero… un centenar de días, eso era todo lo que contaba; iría a ver a Bloeckman al día siguiente.

Con la decisión llegó el descanso. Le animaba que de alguna manera se pudiera mantener la ilusión de la belleza, o quizá preservarla en celuloide después de desvanecida en la realidad. De acuerdo…

mañana.

Al día siguiente se sintió débil y enferma. Intentó salir a la calle y solo evitó caer agarrándose a un buzón de correos próximo a la puerta de la casa. El ascensorista de Martinica la ayudó a subir hasta el apartamento, y Gloria estuvo esperando en la cama a que regresara Anthony, sin energía suficiente para desabrocharse el sostén.

Tuvo una gripe que le duró cinco días y que, en el momento en que el mes doblaba la esquina del invierno, se convirtió en pulmonía doble. En el enfebrecido deambular de su mente, Gloria recorría una casa de desoladas habitaciones sin luz buscando a su madre. Todo lo que quería era ser una niña pequeña, a fin de que algún poder condescendiente pero superior, más estúpido y más sereno que ella misma, la cuidara de manera eficiente. Parecía que el único amante que había deseado alguna vez era un amante en un sueño.

«Odi profanum vulgus»

Un día, a mitad de la enfermedad de Gloria, se produjo un curioso incidente que tuvo desconcertada a miss McGovern, la enfermera diplomada, durante algún tiempo. Era mediodía, pero la habitación donde descansaba la enferma estaba a oscuras y en silencio. Miss McGovern se hallaba cerca de la cama preparando alguna medicina, cuando mistress Patch, que, al parecer, dormía profundamente, se incorporó y empezó a hablar con gran vehemencia:

—Millones de personas —dijo— pululando como ratas, parloteando como cotorras, oliendo como el mismísimo infierno… ¡monos! O pulgas, supongo. Por un palacio verdaderamente exquisito… pongamos en Long Island, o incluso en Greenwich… por un palacio lleno de cuadros del Viejo Mundo y de cosas exquisitas, con arboledas y un césped bien cuidado, y una vista del mar azul, y personas agradables elegantemente vestidas… yo sacrificaría cien mil, un millón. —Gloria alzó la mano débilmente y chasqueó los dedos—. No me importan nada… ¿comprende usted?

La mirada que dirigió a miss McGovern al concluir estas palabras fue extrañamente traviesa, extrañamente resuelta. Luego dejó escapar una risita rematada con un gesto de desprecio y, echándose para atrás, volvió a quedarse dormida.

Miss McGovern quedó desconcertada. Se preguntaba qué eran las cien mil cosas que mistress Patch sacrificaría por su palacio. Dólares, suponía… y, sin embargo, no había sonado exactamente como dólares.

El cine

Era el mes de febrero, una semana antes del cumpleaños de Gloria, y las grandes nevadas que llenaban los callejones como la porquería llena las grietas del suelo se habían derretido a medias y el aguanieve resultante era escoltado hacia las alcantarillas por las mangueras del servicio de limpieza del ayuntamiento. El viento, no por intermitente menos desagradable, se colaba por las ventanas abiertas de la sala de estar, trayendo consigo los deprimentes secretos del patio trasero y limpiando el apartamento de los Patch del aire viciado por el humo de muchos cigarrillos.

Gloria, envuelta en un kimono de tela gruesa, entró en la fría habitación y, descolgando el teléfono, llamó a Joseph Bloeckman.

—¿Quiere usted decir Mr. Joseph Black? —le preguntó la telefonista de Films Par Excellence.

—Bloeckman, Joseph Bloeckman, B-l-o…

—Mr. Joseph Bloeckman ha cambiado su apellido por Black. ¿Quiere usted hablar con él?

—Sí… claro. —Gloria recordó con nerviosismo que en otros tiempos lo había llamado «Blockhead» en sus mismas narices.

Para ponerle en comunicación con su despacho fue necesaria la intervención de otras dos voces femeninas; la segunda, una secretaria que le pidió el nombre. Únicamente al llegarle a través del auricular el conocido —aunque vagamente impersonal— tono de voz del magnate cinematográfico, Gloria se dio cuenta de que llevaban tres años sin verse. Y, además, él había cambiado de apellido.

—¿Puedo verlo? —sugirió ella con tono intrascendente—. Es una cuestión de negocios, en realidad. Por fin he decidido trabajar en el cine… si es que puedo.

—Me alegro muchísimo. Siempre he pensado que le gustaría.

—¿Le será posible conseguir que me hagan una prueba? —preguntó Gloria con la arrogancia característica de todas las mujeres hermosas y de todas las que en algún momento se consideraron hermosas.

Mr. Black le aseguró que se trataba únicamente de decidir cuándo quería que le hiciesen la prueba. ¿Le daba lo mismo? De acuerdo, le telefonearía más tarde para comunicarle la hora precisa. La conversación terminó con los habituales lugares comunes por ambas partes. Luego, desde las tres hasta las cinco, Gloria estuvo esperando junto al teléfono… pero sin resultado. A la mañana siguiente, sin embargo, recibió una nota que la alegró y llenó de excitación:

Mi querida Gloria:

Por casualidad acabo de enterarme de algo que creo puede ser exactamente lo que le conviene. Me gustaría que empezara con un papel que llamara la atención. Por otra parte, si una muchacha tan hermosa como usted trabajara directamente en una película al lado de una de esas estrellas un tanto gastadas que todas las compañías tienen que soportar, lo más probable es que se produjeran habladurías. Pero hay un papel de flapper en una producción de Percy B. Debris que me parece adecuado para usted y que sin duda despertaría interés. Willa Sable da la réplica a Gaston Mears en un papel de mujer algo madura y creo que usted haría de hermana menor.

De todas formas, Percy B. Debris, el director de la película, dice que si viene usted al estudio pasado mañana (el jueves) le hará una prueba. Si las diez de la mañana le parece bien, me reuniré allí con usted a esa hora.

Con los mejores deseos.

Siempre suyo,

JOSEPH BLACK

***

Gloria había decidido que Anthony no tenía por qué saber nada de aquello hasta que de verdad la contrataran, de manera que a la mañana siguiente se vistió y salió del apartamento antes de que él se despertara. El espejo, pensó Gloria, le había devuelto prácticamente la misma imagen de siempre. Se preguntó si persistiría alguna huella de su enfermedad. Aún no había recuperado su peso habitual y, pocos días antes, llegó a imaginar que sus mejillas estaban un poco chupadas… pero se convenció de que se trataba tan solo de una situación transitoria y de que aquel día en particular se hallaba tan

hermosa como siempre. Había comprado un sombrero nuevo cargándolo en su cuenta y, como el día estaba templado, dejó en casa el chaquetón de piel de leopardo.

En los estudios de Films Par Excellence su presencia fue comunicada por teléfono y se le dijo que Mr. Black se reuniría con ella inmediatamente. Gloria miró a su alrededor. Un hombrecillo grueso con un abrigo de bolsillos en diagonal estaba mostrando las instalaciones a dos muchachas, y una de ellas había señalado unos montones de pequeños paquetes, apilados hasta la altura del pecho a lo largo de veinte pies de pared.

—Eso es el correo del estudio —explicó el hombrecillo grueso—. Fotografías de las estrellas que trabajan para Films Par Excellence.

—Ah.

—Cada una de ellas autografiada por Florence Kelley o Gaston Mears o Mack Dodge… —Guiñó un ojo confidencialmente—. Por lo menos, cuando Minnie McGlook, que vive en Sauk Centre, recibe la fotografía que pidió por carta, cree que está autografiada.

—¿Lo hacen a imprenta?

—Claro. Les llevaría una jornada de ocho horas firmar la mitad de las fotografías. Dicen que la correspondencia con sus admiradores le cuesta a Mary Pickford cincuenta mil al año.

—¿De veras?

—Claro. Cincuenta mil. Pero no existe mejor publicidad…

Sus voces se fueron alejando hasta perderse y casi inmediatamente apareció Bloeckman… Bloeckman, un afable caballero moreno, cuarentón elegante, que la saludó con mesurada cordialidad y le dijo que no había cambiado en absoluto en los últimos tres años. El magnate cinematográfico fue guiándola hasta un recinto de grandes proporciones, tan amplio como un hangar y dividido intermitentemente por decorados llenos de actividad e hileras de extrañas luces. Cada unidad independiente tenía escrito con grandes letras blancas «Compañía Gaston Mears», «Compañía Mack Dodgen», o simplemente «Films Par Excellence».

—¿Nunca ha estado en un estudio?

Jamás.

Gloria descubrió que le gustaba. No existía la sofocante proximidad de los rostros maquillados, ni el olor a trajes manchados y deslucidos que años atrás tanto le había desagradado entre bastidores durante la representación de una comedia musical. El trabajo en el estudio se hacía por las mañanas; los accesorios parecían de buena calidad, bonitos y nuevos. En un decorado con vistosas colgaduras de Manchuria, un chino impecable representaba una escena siguiendo las instrucciones que se le daban por el megáfono, mientras la gran máquina resplandeciente iba dando forma, para edificación del espíritu nacional, a una historia moral tan vieja como el mundo.

Un hombre de cabellos rojos se les acercó y dirigió la palabra a Bloeckman con familiaridad pero también con deferencia.

—Hola, Debris —respondió el interpelado—. Quiero presentarle a mistress Patch… Mistress Patch quisiera trabajar en el cine, como ya le he explicado… De manera que, ¿adónde vamos?

Mr. Debris —el gran Percy B. Debris, pensó Gloria— los condujo a un decorado que representaba el interior de un despacho. Había algunas sillas alrededor de la cámara situada frente al decorado, y los tres se sentaron en ellas.

—¿Ha estado alguna vez en un estudio? —preguntó Mr. Debris, con una mirada que era sin duda la quintaesencia de la perspicacia—. ¿No? Bien, voy a explicar le exactamente qué es lo que va a pasar. Vamos a hacerle lo que nosotros llamamos una prueba para ver qué tal da usted en fotografía, si se comporta con naturalidad en el escenario y cómo responde a las instrucciones que se le vayan dando. No hay ninguna necesidad de que se ponga nerviosa. El operador rodará unos cientos de pies de película con un episodio que tengo señalado en el guion. Con eso estaremos ya en condiciones de enterarnos de todo lo que queremos saber.

Con un guion mecanografiado en la mano, Mr. Debris explicó a Gloria la escena que tenía que representar. Una tal Barbara Wainwright se había casado en secreto con el socio más joven de la firma cuyas oficinas estaban allí representadas. Al entrar un día por casualidad en el despacho vacío, la joven sentía la natural curiosidad por el sitio donde trabajaba su marido. Sonaba el teléfono y después de unos instantes de vacilación, lo contestaba. Se enteraba de que su marido había sido atropellado por un automóvil, muriendo instantáneamente. La muchacha quedaba sobrecogida. Al principio era incapaz de darse cuenta de lo sucedido, pero terminaba por comprenderlo y caía desmayada al suelo.

—Eso es todo lo que queremos —concluyó Mr. Debris—. Yo voy a quedarme aquí y decirle aproximadamente lo que tiene que hacer, y usted ha de comportarse como si yo no estuviera y representar la escena a su manera. No tiene que asustarse pensando que vamos a juzgarla con demasiada severidad. Lo que queremos es, simplemente, hacernos una idea general de su personalidad en la pantalla.

—De acuerdo.

—Encontrará maquillaje en la habitación que hay detrás del decorado. No se ponga demasiado. Muy poco colorete.

—De acuerdo —repitió Gloria, asintiendo con la cabeza. Nerviosa, se mojó los labios con la punta de la lengua.

La prueba

Al entrar en el decorado por una puerta de madera de verdad y cerrarla cuidadosamente tras de sí, Gloria descubrió que no le satisfacía la ropa que llevaba. Debería haber comprado un vestido de «jovencita» para aquella ocasión: todavía estaba en condiciones de llevarlos, y hubiese sido una buena inversión si servía para acentuar su atractivo juvenil.

Pero su mente regresó de golpe al trascendental momento presente al llegarle la voz de Mr. Debris desde el resplandor de las luces blancas que tenía enfrente.

—Busca usted a su marido con la mirada… Pero no está… el despacho despierta su curiosidad.

Gloria tomó conciencia del ruido de la cámara en funcionamiento. Sintió preocupación. Miró hacia ella involuntariamente y se preguntó si se habría maquillado correctamente. Luego, con un decidido esfuerzo, empezó a actuar… y nunca había sentido que los gestos de su cuerpo fuesen tan banales, tan desmañados, tan desprovistos de gracia o distinción. Recorrió el despacho, cogiendo algún objeto aquí y allá, y contemplándolos de la manera más anodina imaginable. Después de inspeccionar el techo y el

suelo, examinó detenidamente un lapicero sin el menor interés que estaba sobre el escritorio. Finalmente, como no se le ocurría nada más que hacer, y mucho menos que expresar, hizo un esfuerzo para sonreír.

—Está bien. Ahora suena el teléfono. ¡Riiiing! Dude, y luego conteste.

Gloria vaciló… y luego, demasiado deprisa, le pareció a ella, descolgó el auricular.

—¿Diga?

Su voz le pareció hueca y ficticia. Sus palabras resonaron en el decorado vacío con fantasmal incorporeidad. Lo absurdo de las exigencias a que se veía sometida le causó verdadero asombro. ¿De verdad esperaban que en unos momentos se identificara con aquel personaje ridículo sobre el que no se daba la menor explicación?

—… No… no… ¡Todavía no! Ahora escuche: «¡John Summer acaba de ser atropellado por un automóvil y ha muerto instantáneamente!».

Gloria abrió lentamente su boca infantil. Luego:

—¡Ahora cuelgue! ¡Con brusquedad!

Gloria obedeció, agarrándose a la mesa con ojos desorbitados. Por fin se sentía algo alentada y su confianza aumentó.

—¡Dios mío! —exclamó. Le pareció que su voz sonaba bien—. ¡No es posible!

—Ahora desmáyese.

Gloria cayó de rodillas y luego se derrumbó por completo, conteniendo la respiración.

—¡Está bien! —dijo Mr. Debris—. Eso es suficiente, muchas gracias. No necesitamos más. Levántese, eso es suficiente.

Gloria se puso en pie, recobrando la dignidad y sacudiéndose la falda.

—¡Terrible! —hizo notar con una risa serena, aunque su corazón latía tumultuosamente—. Ha sido espantoso, ¿no es cierto?

—¿No le ha parecido bien? —dijo Mr. Debris sonriendo suavemente—. ¿Le ha resultado difícil? No puedo decir nada hasta que no lo haya visto en proyección.

—Claro —asintió ella, tratando de dar algún tipo de significado a la observación del famoso director… sin conseguirlo. Era lo que tenía que decir en el caso de que estuviese tratando de no darle ánimos.

Pocos momentos después Gloria abandonó el estudio. Bloeckman le había prometido que sabría los resultados de la prueba en los próximos días. Demasiado orgullosa para pedir una opinión concreta, Gloria sentía una desconcertante inseguridad, y solo ahora, cuando ya había dado por fin el paso, comprendía hasta qué punto la posibilidad de una carrera brillante en la pantalla había estado presente en su imaginación durante los tres últimos años. Aquella noche trató de repasar consigo misma los elementos que podían influir a su favor o en contra suya. Le preocupaba la posibilidad de no haber usado suficiente maquillaje y, como la chica en cuestión no tenía más que veinte años, se preguntaba si no se habría mostrado algo más seria de lo necesario. Lo que menos le satisfacía era su manera de

actuar. La entrada había sido desastrosa —de hecho, hasta llegar al teléfono no había dado muestras de tener una pizca de aplomo— y la prueba se había terminado casi enseguida. ¡Si en el estudio se dieran cuenta de todo eso! Sintió deseos de intentarlo de nuevo. Un plan insensato que consistía en llamar a la mañana siguiente y pedir que le hicieran otra prueba se adueñó de su mente, para desvanecerse con la misma rapidez con que había aparecido. No parecía ni cortés ni diplomático pedirle otro favor a Bloeckman.

Al tercer día de espera Gloria estaba terriblemente nerviosa. Se había mordido el interior de la boca hasta dejarla en carne viva, y le escocía muchísimo cuando se la enjuagaba con un desinfectante. Consiguió pelearse tantas veces con su marido que Anthony se marchó furioso de casa. Pero como Gloria había conseguido asustarlo con una frialdad fuera de lo corriente, le telefoneó una hora más tarde para disculparse y decirle que comería en el Club Ámsterdam, el único del que seguía siendo socio.

Era ya más de la una y Gloria había desayunado a las once, de manera que, renunciando al almuerzo, salió a dar un paseo por el parque. A las tres llegaría el correo. Estaría de vuelta para entonces.

Hacía una tarde de primavera. Los paseos estaban prácticamente secos y por el parque las niñitas empujaban con mucha seriedad los cochecitos blancos de sus muñecas bajo los árboles sin hojas, seguidas por aburridas niñeras en grupos de dos, hablando entre sí de los tremendos secretos característicos de las niñeras.

Las dos por su relojito de oro. Tendría que tener otro nuevo, de platino, con forma apaisada e incrustaciones de diamantes… pero los relojes así costaban más que los abrigos de piel de ardilla y, por supuesto, se hallaban ahora fuera de su alcance, como todo lo demás… a no ser que, quizá, la carta deseada estuviera esperándola… dentro de una hora… cincuenta y ocho minutos, más exactamente. Como necesitaba diez para volver a casa, quedaban cuarenta y ocho… cuarenta y siete ya…

Niñitas empujando con mucha seriedad sus cochecitos por los húmedos paseos soleados. Las niñeras conversando en parejas sobre sus inescrutables secretos. Aquí y allá, algún hombre harapiento sentado en hojas de periódico extendidas sobre un banco todavía húmedo no se relacionaba con la deliciosa y radiante tarde sino con la nieve sucia que dormía exhausta en los rincones oscuros, aguardando ser exterminada…

Siglos más tarde, al entrar en el portal mal iluminado, Gloria vio al ascensorista extrañamente silueteado por la luz de la ventana con vidrios de colores.

—¿Hay correo para nosotros? —preguntó ella.

—Está arriba, madame.

La centralita había empezado a graznar abominablemente y Gloria esperó a que el martinicano atendiera el teléfono. Fue sintiéndose enferma mientras el ascensor se elevaba entre crujidos: los pisos iban sucediéndose con lentitud de siglos, cada uno de ellos ominoso, acusador, preñado de significados. La carta, una mancha blanca como una pústula, estaba en el suelo sobre los sucios baldosines del descansillo…

Mi querida Gloria:

Hemos visto la prueba ayer por la tarde, y Mr. Debris parece pensar que necesita una mujer más joven para el personaje que había imaginado. Dijo que la interpretación no era mala, y que había un

papel secundario de una viuda rica muy altiva que usted podría…

Desconsolada, Gloria alzó la vista hasta posarla al otro lado del patio. Pero se dio cuenta de que no distinguía la pared opuesta porque tenía los ojos llenos de lágrimas. Entró en el dormitorio, apretando con la mano la carta hecha un rebujo, y cayó de rodillas delante del gran espejo del armario ropero. Aquel día cumplía veintinueve años, y el mundo se estaba esfumando delante de sus ojos. Trató de convencerse de que había sido el maquillaje, pero sus emociones eran demasiado profundas, demasiado abrumadoras para que aquel pensamiento pudiera proporcionarle el menor consuelo.

Se esforzó por ver a través de las lágrimas hasta que sintió que se le ponía tirante la piel de las sienes. Sí… era cierto que tenía las mejillas un poco chupadas y le habían aparecido arrugas diminutas en el rabillo del ojo. Y hasta sus mismos ojos eran diferentes. ¡Sí que eran diferentes…! De repente se dio cuenta de todo el cansancio que denunciaban sus ojos.

—¡Mi rostro! —susurró, quejándose apasionadamente—. ¡Mi belleza! ¡No quiero vivir sin un rostro hermoso! ¿Qué me ha sucedido?

Luego se inclinó hacia el espejo y, como en la prueba cinematográfica, cayó boca abajo sobre el suelo… y se quedó allí sollozando. Era la primera vez en su vida que hacía un movimiento desgarbado.

3. ¡Da lo mismo!

En el espacio de un año, Anthony y Gloria eran ya como actores que han perdido su vestuario y les falta el orgullo para seguir interpretando en un registro trágico, de manera que cuando mistress y miss Hulme, de Kansas City, les dieron de lado una noche en el Plaza era únicamente porque mistress y miss Hulme, como la mayoría de la gente, aborrecían los espejos que sirvieran para reflejar sus propios atavismos.

Su nuevo apartamento, por el que pagaban ochenta y cinco dólares al mes, estaba situado en Claremont Avenue, a dos manzanas del río Hudson y de las grises calles cien. Llevaban un mes viviendo allí cuando Muriel Kane fue a verlos un día a última hora de la tarde.

Era un perfecto crepúsculo de una primavera camino ya del verano. Anthony estaba tumbado en el sofá contemplando la calle Ciento veintisiete en dirección al río, cerca del cual podía ver una mancha aislada de árboles verdeantes que garantizaban el escaso sombreado de Riverside Drive. Al otro lado de la corriente se hallaban los Palisades, coronados por la fea estructura del parque de atracciones… sin embargo, muy pronto oscurecería y aquellas mismas telarañas de hierro se convertirían en glorioso resplandor contra el cielo nocturno, en palacio de ensueño situado sobre el brillo sereno de un canal tropical.

Anthony había descubierto que las calles cercanas al apartamento eran calles donde jugaban los niños, algo más agradables que las que se había acostumbrado a cruzar camino de Marietta, pero aproximadamente del mismo tipo, con algún organillo de cuando en cuando, y en donde, con el fresco del atardecer, muchas parejas de chicas iban andando al drugstore de la esquina a tomar helado con gaseosa y a soñar sueños infinitos bajo un cielo pegado a la tierra.

Anochecer en las calles y niños jugando, niños que lanzaban al aire entusiastas palabras

incoherentes que se desvanecían ya muy cerca de la ventana abierta… y Muriel, que había venido en busca de Gloria y charlaba con él desde la opaca oscuridad, al otro lado del cuarto.

—Enciende la lámpara, ¿no te parece? —sugirió ella—. No se ve absolutamente nada.

Con un gesto lleno de cansancio, Anthony se puso en pie y obedeció; los grises cristales de la ventana desaparecieron. Luego, el joven Patch procedió a estirarse. Estaba más gordo, le sobresalía el estómago por encima del cinturón, y todo su cuerpo daba la sensación de haberse ablandado y dilatado. Tenía treinta y dos años y su mente era una triste ruina en desorden.

—¿Una copita, Muriel?

—Para mí no, gracias. He dejado de beber. ¿Qué haces últimamente, Anthony? —preguntó, inquisitiva.

—Bueno, he estado bastante tiempo ocupado con el pleito —contestó él con aire indiferente—. Está en el tribunal de apelación… tendrían que resolverlo en un sentido u otro para el otoño. Han surgido algunas objeciones sobre si ese tribunal tiene jurisdicción en este asunto.

Muriel chasqueó la lengua e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¡Ya podían haberlo decidido! No he oído nunca de nada que llevara tanto tiempo.

—Todos tardan mucho —explicó él desganadamente—; todos los casos de testamentarías. Dicen que es excepcional cerrar alguno en menos de cuatro o cinco años.

—Ah… —Muriel cambió de rumbo audazmente—, ¿por qué no te pones a trabajar? ¡Vago, más que vago!

—¿En qué? —preguntó él con brusquedad.

—En cualquier cosa, imagino. Todavía eres un hombre joven.

—Si me estás dando ánimos, te lo agradezco muy de veras —contestó él fríamente; y luego, con repentino cansancio—: ¿Te preocupa especialmente que no quiera trabajar?

—A mí no me preocupa… pero sí que preocupa a mucha gente que asegura…

—¡Cielo santo! —dijo Anthony con tono angustiado—; tengo la impresión de que durante tres años no he oído acerca de mí mismo más que historias disparatadas y virtuosas admoniciones. Y estoy cansado de ello. Si no quieres vernos, déjanos en paz. Yo no molesto a mis antiguos «amigos». Pero no necesito visitas de caridad, ni críticas disfrazadas de buenos consejos…— Luego añadió, como disculpándose—: Lo siento… pero, de verdad, Muriel, aunque estés visitando a la clase media baja, no debes hablar como una de esas señoras que hacen asistencia social en los barrios pobres. —Anthony volvió hacia ella unos ojos inyectados en sangre y cargados de reproches, unos ojos que habían sido en otro tiempo de un azul muy limpio y que ahora estaban debilitados y violentados y medio destrozados por leer cuando estaba borracho.

—¿Por qué dices esas cosas tan horribles? —protestó ella—. Hablas como si Gloria y tú fueseis de la clase media.

—¿Por qué fingir que no lo somos? No soporto a las personas que afirman ser grandes aristócratas cuando ni siquiera pueden mantener las apariencias.

—¿Crees que una persona tiene que tener dinero para ser aristocrática?

Muriel… ¡la demócrata horrorizada…!

—Naturalmente. Aristocracia es tan solo el reconocimiento de que ciertos rasgos que llamamos distinguidos, valentía y honor y belleza y todo ese tipo de cosas, se desarrollan mejor en un ambiente favorable, donde no existen los obstáculos de la ignorancia y de la indigencia.

Muriel se mordió el labio inferior y agitó la cabeza de un lado para otro.

—Bueno, todo lo que yo digo es que si una persona procede de buena familia nunca perderá la distinción. Ese es el problema con Gloria y contigo. Pensáis que porque las cosas no os van todo lo bien que os deberían ir, vuestros viejos amigos están tratando de evitaros. Sois demasiado susceptibles…

—La verdad —dijo Anthony— es que no sabes nada de este asunto. En mi caso es únicamente una cuestión de orgullo, y al menos por una vez Gloria se muestra suficientemente razonable como para reconocer que no debemos ir donde nadie nos desea. Y la gente no quiere vernos. Somos unos ejemplares demasiado perfectos de lo que no se debe hacer.

—¡Tonterías! No vas a conseguir convencerme con tu pesimismo. Creo que tendrías que olvidar todas esas ideas enfermizas y ponerte a trabajar.

—Aquí me tienes, con treinta y dos años. Supongamos que empezase a trabajar en algún negocio absurdo. Quizá al cabo de dos años ganara cincuenta dólares al mes… con mucha suerte. Eso en el caso de que consiguiera un empleo; hay muchísimo paro. Bien, supongamos que llego a ganar cincuenta a la semana. ¿Crees que me sentiría feliz? ¿Crees que sin el dinero de mi abuelo la vida me resultará soportable?

Muriel sonrió con su característico aire de autocomplacencia.

—Bueno —dijo ella—, eso tal vez sea muy inteligente pero carece de sentido común.

Unos pocos minutos después llegó Gloria, dando la impresión de traer al apartamento un oscuro color, impreciso y extraño. Aunque sin manifestarlo apenas, se alegró de ver a Muriel. A Anthony lo saludó con un «Hola» indiferente.

—He estado hablando de filosofía con tu marido —exclamó la indomable miss Kane.

—Hemos examinado algunos conceptos fundamentales —dijo Anthony con una débil sonrisa que subrayó la palidez de sus mejillas, acentuada ya por una barba de dos días.

Sin prestar atención a la ironía de Anthony, Muriel repitió sus argumentos.

—Anthony tiene razón —dijo Gloria tranquilamente cuando su amiga terminó de hablar—. No es nada divertido ir por ahí cuando tienes la impresión de que la gente te mira con malos ojos.

El joven Patch intervino con tono quejumbroso y los ojos arrasados en lágrimas:

—¿No te parece que cuando hasta Maury Noble, que era mi mejor amigo, no viene a vernos va siendo hora de dejar de telefonear a la gente?

—Tú tuviste la culpa de lo de Maury Noble —dijo Gloria con frialdad.

—No la tuve yo.

—¡Claro que la tuviste!

Muriel intervino rápidamente:

—El otro día estuve con una chica que conocía a Maury, y dice que ha dejado de beber. Se está volviendo muy prudente.

—¿Que ya no bebe?

—Nada, prácticamente. Está ganando montones de dinero. Parece que ha cambiado desde que terminó la guerra. Va a casarse con una chica de Filadelfia que tiene millones, Ceci Larrabee… por lo menos eso es lo que dijo Town Tattle.

—Tiene treinta y tres años —dijo Anthony, pensando en voz alta—. Pero resulta extraño imaginárselo casado. Me parecía una persona extraordinariamente brillante.

—Lo era —murmuró Gloria—, en cierto modo.

—Pero las personas brillantes no se dedican a los negocios… ¿o sí lo hacen? O si no, ¿qué es lo que hacen? ¿Qué sucede con todas las personas que uno conocía y con las que tenía tantas cosas en común?

—Se van distanciando —sugirió Muriel con la adecuada mirada soñadora.

—Cambian —dijo Gloria—. Todas las cualidades que no se usan en la vida diaria se van llenando de telarañas.

—La última cosa que me dijo —recordó Anthony — fue que iba a trabajar hasta conseguir olvidarse de que no existe nada por lo que merezca la pena trabajar.

Muriel se apropió aquello enseguida.

—Eso es lo que tú tendrías que hacer —exclamó triunfalmente—. Por supuesto, no creo que haya nadie que esté dispuesto a trabajar por nada. Pero eso te daría algo que hacer. En cualquier caso, ¿dónde os metéis? Nadie os ve nunca en Montmartre ni… en ningún otro sitio. ¿Es que estáis ahorrando?

Gloria se echó a reír desdeñosamente, mirando a Anthony con el rabillo del ojo.

—Vamos a ver —preguntó él—, ¿de qué te estás riendo?

—Sabes perfectamente de qué me estoy riendo —contestó ella con frialdad.

—¿De la caja de botellas de whisky?

—Sí. —Gloria se volvió hacia Muriel—. Ayer pagó setenta y cinco dólares por una caja de botellas de whisky.

—¿Y qué hay de malo en ello? Sale más barato que si lo compras por botellas. Y no hace falta que finjas que tú no lo pruebas.

—Por lo menos no bebo durante el día.

—¡Eso sí que es afinar! —exclamó él, poniéndose en pie con enfermiza indignación—. Y lo que es más, ¡no estoy dispuesto a consentir que me lo eches en cara cada cinco minutos!

—No digo más que la verdad.

—¡No es cierto! ¡Y estoy harto de esa sempiterna manía tuya de criticarme delante de las visitas! —

Había conseguido excitarse hasta el punto de que los brazos y los hombros le temblaban de manera visible—. Se diría que soy yo quien tiene la culpa de todo. ¡Como si tú no me hubieses animado a gastar el dinero… y no te hubieses gastado en ti misma muchísimo más que yo!

Ahora fue Gloria quien se puso en pie.

—¡No te permito que me hables de esa manera!

—De acuerdo; ¡no tienes por qué hacerlo!

Anthony abandonó la habitación con una especie de apresuramiento. Las dos mujeres oyeron sus pasos en el corredor y luego la puerta de la calle se cerró de un portazo. Gloria se dejó caer en el asiento. Su rostro resultaba muy hermoso bajo la luz de la lámpara, totalmente en calma, impenetrable.

—¿Qué es lo que pasa? —exclamó Muriel muy afligida.

—Nada de particular. Está borracho.

—¿Borracho? Pero ¡si estaba perfectamente sereno! Hablaba…

Gloria movió la cabeza negativamente.

—No; no se le nota a no ser que apenas sea capaz de mantenerse en pie, y habla con toda normalidad hasta que se excita. Se expresa mucho mejor cuando está borracho que cuando está sereno. Pero se ha pasado todo el día sentado ahí bebiendo… excepto el tiempo que le ha llevado acercarse a la esquina a comprar el periódico.

—¡Es terrible! —Muriel estaba sinceramente conmovida. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¿Sucede con mucha frecuencia?

—¿Te refieres a emborracharse?

—No; a que se vaya y te deje.

—Sí. Muchas veces. Volverá hacia medianoche… llorará y me pedirá que lo perdone.

—¿Y lo haces?

—No lo sé. Nos limitamos a seguir adelante.

Las dos mujeres se contemplaron una a otra bajo la luz de la lámpara, impotentes las dos, aunque de distinta manera, ante aquella situación. Gloria estaba aún todo lo bonita que le permitían los restos de su belleza: tenía las mejillas arreboladas y llevaba un vestido nuevo que había comprado —imprudentemente— por cincuenta dólares. Había acariciado la esperanza de convencer a Anthony para que salieran aquella noche; para que la llevara a un restaurante o incluso a uno de los grandes y espléndidos salones cinematográficos donde habría unas cuantas personas que la mirasen, y a quienes ella podría mirar a su vez sin sentirse molesta. Lo deseaba porque sabía que sus mejillas estaban encendidas y porque su vestido era nuevo y adecuadamente delicado. Solo muy de tarde en tarde recibían ahora alguna invitación. Pero estas cosas no se las contó a Muriel.

—Gloria, querida, me gustaría que pudiéramos cenar juntas, pero he quedado con un hombre… y son ya las siete y media. Tengo que irme corriendo.

—No podría, de todas formas. He estado enferma todo el día. Sería incapaz de comer nada.

Después de acompañar a Muriel hasta la puerta, Gloria volvió al cuarto de estar, apagó la luz y, con los codos apoyados en el antepecho de la ventana, estuvo contemplando el parque de atracciones de Palisades, donde el círculo brillante de la gran noria era como un tembloroso espejo que recogiera los amarillos destellos de la luna. La calle estaba ahora tranquila; los niños habían vuelto a sus hogares… en la casa de enfrente veía a una familia cenando. Absurda, ridículamente, se alzaban y movían alrededor de la mesa; así visto, todo lo que hacían carecía de sentido… era como si estuviesen manejados al azar y sin propósito alguno por hilos invisibles.

Gloria consultó su reloj. Eran las ocho. Lo había pasado bien durante una parte del día —las primeras horas de la tarde—, paseando por ese Broadway de Harlem que es la calle Ciento veinticinco, con las ventanas de la nariz atentas a muchos olores, y entusiasmándose con la extraordinaria belleza de algunos niños italianos. Aquella calle despertaba su curiosidad, como la Quinta Avenida la había despertado en otra época, en los días en que, con la tranquila seguridad de la belleza, la sabía toda suya, con todas las tiendas y lo que contenían, con todos los juguetes para adultos que brillaban en los escaparates y que tan solo necesitaba pedir. Aquí, en la calle Ciento veinticinco, había bandas del Ejército de Salvación, ancianas de aire espectral sentadas junto a las puertas envueltas en su chal, y pringosos caramelos en las sucias manos de niños de lustrosos cabellos… y los últimos rayos de sol iluminando las fachadas de los altos edificios de apartamentos. Todo muy abigarrado y aromático y sabroso, como un plato de un prudente cocinero francés que uno no puede por menos de comerse con mucho gusto aunque sepa que muy probablemente estará hecho de sobras…

Gloria se estremeció de pronto mientras, por encima de los tejados en sombras, le llegaba desde el río el gemido de una sirena y, echándose hacia atrás hasta que los fantasmales visillos le cayeron por delante de los hombros, encendió la luz. Se estaba haciendo tarde. Sabía que le quedaba algún dinero en el bolso, y estuvo considerando si bajaría a tomar café con un bollo donde el ferrocarril subterráneo, al salir a la superficie, convertía la calle Manhattan en una rugiente cueva, o si se comería el jamón de York y el pan que había en la cocina. El monedero decidió por ella. No contenía más que una moneda de cinco centavos y dos de uno.

Al cabo de una hora el silencio se había hecho insoportable, y Gloria descubrió que la mirada se le había ido de la revista al techo sin darse cuenta. De repente se puso en pie, y dudó un momento mordiéndose una uña; luego se fue a la despensa, cogió una botella de whisky del estante y se sirvió en un vaso, que acabó de llenar con ginger ale. Volvió al sillón y terminó de leer el artículo que había empezado. Hablaba de la última viuda de la revolución, que, siendo una chica muy joven, se había casado con un viejo veterano del Ejército Continental, y había seguido viva hasta 1906. A Gloria le pareció extraño y curiosamente romántico que ella y aquella mujer hubiesen sido contemporáneas.

Pasó la página y se enteró de que a un candidato para el Congreso su oponente lo acusaba de ateísmo. La sorpresa de Gloria se esfumó al descubrir que la acusación era falsa. El candidato no había hecho más que negar el milagro de los panes y de los peces. Había admitido, al verse presionado, que daba pleno crédito al paseo de Jesús sobre las aguas.

Terminado el primer whisky, Gloria se sirvió un segundo. Después de ponerse una bata y de buscar la posición más cómoda en el sofá, se dio cuenta de que se sentía muy desgraciada y le caían las lágrimas por las mejillas. Se preguntó si serían lágrimas de autocompasión e hizo un decidido esfuerzo para no llorar, pero aquella existencia sin esperanza, sin felicidad, le resultaba terriblemente opresiva, y siguió moviendo la cabeza de un lado a otro, la boca temblorosa y con las comisuras caídas, como si estuviera negando una afirmación hecha por alguien en algún sitio. Gloria no sabía que aquel gesto suyo

era muchos años más antiguo que la historia; que, durante cien generaciones de seres humanos, el dolor insoportable y persistente ha ofrecido ese gesto de rechazo, de protesta, de desconcierto, a algo más profundo, más poderoso que el Dios hecho a imagen del hombre, y ante lo cual ese Dios, si existiese, se mostraría igualmente incapaz de obrar. Que esta fuerza —intangible como el aire, pero más precisa que la muerte—, que nunca explica ni contesta nunca, es una verdad grabada en el corazón de la tragedia.

Richard Caramel

A principios de verano Anthony renunció a seguir siendo miembro de su último club, el Ámsterdam. Apenas iba por allí un par de veces al año, y la cuota era una preocupación siempre reiterada. Anthony entró en él a su vuelta de Italia porque había sido el club de su abuelo y de su padre, y porque era un club del que, si se presentaba la oportunidad, uno se hacía miembro sin pensárselo dos veces… pero de hecho él había preferido siempre el club Harvard, sobre todo por Dick y Maury. Sin embargo, al irle mal las cosas, el Ámsterdam se había convertido en una especie de juguete caro cuya posesión resultaba progresivamente más deseable… Anthony había terminado por renunciar a él, no sin algún pesar…

La docena de personas que Anthony trataba en aquellos momentos eran seres bastante curiosos. A varios los había conocido en un lugar llamado Sammy's, en la calle Cuarenta y tres, donde, si uno llamaba a la puerta y era favorablemente recibido desde detrás de una rejilla metálica, podía sentarse alrededor de una gran mesa redonda y beber un whisky aceptable. Era allí donde había coincidido con un individuo llamado Parker Allison, que en Harvard ejemplificaba exactamente el tipo del juerguista indeseable, y que se estaba gastando lo más deprisa que podía una considerable herencia ligada al negocio de la levadura para la cerveza. La idea que Parker Allison tenía de la distinción era recorrer Broadway en un ruidoso automóvil de carreras rojo y amarillo con dos deslumbrantes muchachas de ojos tan fríos como el acero. Era el tipo de persona que cenaba con dos chicas en lugar de una porque su imaginación apenas le permitía mantener un diálogo.

Además de Allison estaba Pete Lytell, que usaba un sombrero hongo de color gris y lo llevaba ladeado. Siempre tenía dinero y estaba habitualmente de buen humor, de manera que Anthony mantuvo con él prolijas conversaciones sin objeto alguno durante muchas tardes del verano y del otoño. El joven Patch descubrió que Lytell no solo hablaba, sino que razonaba con frases. Su filosofía era una serie de frases, asimiladas aquí y allá durante una vida activa y atolondrada. Lytell tenía frases sobre el socialismo: las inmemoriales; tenía frases relativas a la existencia de un dios personal: algo acerca de un accidente de ferrocarril que sufrió una vez; y también contaba con frases sobre el problema irlandés, sobre el tipo de mujer que le inspiraba respeto y sobre la inutilidad de la prohibición. La única vez en que su conversación se alzaba por encima de las confusas cláusulas con que interpretaba los sucesos más barrocos de una vida más agitada de lo corriente, era cuando descendía a un análisis detallado de los aspectos de su existencia más ligados a la vida animal: conocía muy bien, con gran lujo de pormenores, los alimentos, las bebidas y las mujeres que prefería.

Era, simultáneamente, el producto más común y más notable de una civilización. Era nueve de cada diez personas que uno se cruza por las calles de una ciudad… y también un mono sin pelo que ha aprendido dos docenas de mañas. Era el héroe de mil historias románticas en la vida y en el arte… y también un tonto casi integral, que había llevado a cabo, de manera tan juiciosa como absurda, una serie de complicadas e increíblemente asombrosas epopeyas durante un período de sesenta años.

Con hombres como estos dos, Anthony Patch bebía y conversaba y bebía y discutía. Le gustaban porque no sabían nada de él, porque vivían en la obvia realidad del presente y no tenían ni la más

remota idea de la inevitable continuidad de la vida. No presenciaban una película con bobinas consecutivas, sino una charla sobre viajes con diapositivas, donde todos los valores estaban rígidamente definidos y de donde solo se sacaban conclusiones desconcertantes. Sin embargo, ellos mismos no se sentían desconcertados porque no había en ellos la menor posibilidad de confusión: de mes en mes cambiaban de frases con la misma facilidad con que cambiaban de corbata.

Anthony, el cortés, el sutil, el perspicaz Anthony, se emborrachaba todos los días: en Sammy's con estos hombres, en el apartamento en compañía de un libro, algún libro que ya conocía, o, muy raras veces, con Gloria, que, para sus ojos, había empezado a desarrollar los rasgos inconfundibles de una mujer pendenciera y poco razonable. Ya no era la Gloria de antes, desde luego: la Gloria que, de haber estado enferma, hubiese preferido hacer sufrir a todas las personas que estuvieran a su alrededor antes de confesar que necesitaba consuelo o ayuda. Gloria era ya perfectamente capaz de gemir y de compadecerse de sí misma. Todas las noches antes de acostarse se embadurnaba la cara con algún nuevo ungüento con el que esperaba, ilógicamente, recobrar el brillo y la lozanía de su ajada belleza. Cuando Anthony estaba borracho se burlaba de ella con este motivo. Cuando estaba sereno era cortés con ella, y en ocasiones hasta tierno; durante algunas breves horas parecía capaz de exhibir algún resto de la vieja cualidad consistente en entender demasiado bien para condenar; la misma cualidad que lo había empujado con celeridad y sin descanso hacia su propia ruina.

Pero a Anthony no le gustaba nada estar sereno, porque eso le hacía consciente de la gente que se hallaba a su alrededor, de la atmósfera de lucha, de voraces ambiciones, de esperanzas más sórdidas que la desesperación, del incesante subir y bajar que en todas las metrópolis se hace más evidente gracias a esa clase media que tiene tan poca estabilidad. Incapaz de vivir con los ricos, Anthony pensaba que después de ellos hubiese preferido vivir con los muy pobres. Cualquier cosa era mejor que aquel cáliz de sudor y de lágrimas.

El sentimiento del enorme panorama de la vida, que en Anthony nunca alcanzara gran desarrollo, se había empequeñecido hasta casi desaparecer. Muy de tarde en tarde algún incidente, algún gesto de Gloria apelaba a su imaginación, pero los grises velos de la indiferencia habían caído definitivamente sobre él. A medida que se hacía más viejo aquellas cosas palidecían… al final solo quedaba el vino.

El emborracharse llevaba aparejada una atmósfera de cordialidad… y el brillo y la indescriptible fascinación que proporcionaba, semejante al recuerdo de efímeras y desvanecidas veladas. Después de unos cuantos whiskies con soda había algo mágico en el nocturno esplendor oriental del Bush Terminal Building, con los últimos pisos convertidos en cumbre de auténtica grandeza que soñaba —dorada— contra el cielo inaccesible. Y Wall Street, lo tosco, lo banal, se convertía de nuevo en el triunfo del oro, en un hermoso espectáculo emotivo; era donde los grandes reyes guardaban el dinero para sus guerras…

El fruto de la juventud y de la uva, la magia transitoria del paso de una oscuridad a otra: la antigua ilusión de que verdad y belleza estaban de alguna manera entrelazadas.

Una noche, mientras se hallaba frente a Delmonico's encendiendo un cigarrillo, Anthony vio cómo dos cabriolés se acercaban a la acera, con la esperanza de que quizá algún borracho los alquilara. Aquellos vehículos pasados de moda estaban viejos y sucios: el agrietado charol, tan lleno de arrugas como el rostro de un anciano; los almohadones, descoloridos hasta llegar a un malva pardusco; los mismos caballos, viejos y cansados, y también los hombres de cabellos blancos, que permanecían en el pescante haciendo restallar sus látigos en una grotesca parodia de antiguas elegancias. ¡Una reliquia de desaparecidas diversiones!

Anthony Patch se alejó, repentinamente deprimido, meditando sobre la amargura de tales supervivencias. Al parecer no había nada que se echara a perder tan pronto como el placer.

Una tarde, en la calle Cuarenta y dos, se encontró a Richard Caramel por vez primera después de muchos meses; un Richard Caramel próspero y más gordo, cuyo rostro se estaba redondeando hasta igualarse con el característico semblante bostoniano.

—He llegado esta misma semana de la costa. Quería ir a veros, pero no sabía vuestra nueva dirección.

—Nos hemos mudado.

Richard Caramel se dio cuenta de que Anthony llevaba una camisa sucia, de que los puños estaban ligera pero perceptiblemente deshilachados, y de que sus ojos descansaban sobre medias lunas de color gris azulado.

—Eso tengo entendido —dijo, contemplando fijamente a su amigo con el ojo diáfano—. Pero ¿dónde y cómo está Gloria? Cielo santo, Anthony, he estado oyendo las historias más terribles acerca de vosotros dos incluso en California… y cuando vuelvo a Nueva York me encuentro con que habéis desaparecido por completo. ¿Por qué no haces un esfuerzo para salir a flote?

—Escúchame —parloteó Anthony con voz insegura—, no aguanto sermones. Hemos perdido dinero por una docena de razones y, como es lógico, la gente ha hecho comentarios; en cuanto al pleito, el asunto tiene que resolverse definitivamente este invierno, con toda seguridad…

—Estás hablando tan deprisa que no te entiendo —le interrumpió Dick calmosamente.

—Bueno, pues yo ya he dicho todo lo que tengo que decir —replicó Anthony bruscamente—. Ven a vernos si quieres… y si no, ¡no vengas!

Dicho esto se dio la vuelta y empezó a alejarse entre la gente, pero Dick lo alcanzó inmediatamente, agarrándolo del brazo.

—Vamos, Anthony, ¡no pierdas los estribos tan fácilmente! Sabes que Gloria es mi prima y que tú eres uno de mis amigos más antiguos, y es natural que sienta interés cuando oigo que estás hundiéndote por completo y arrastrándola a ella contigo.

—No tengo ninguna gana de que me sermonees.

—Bien, de acuerdo… ¿Qué tal si vienes a mi apartamento y tomamos un trago? Acabo de instalarme. He comprado tres cajas de ginebra Gordon a un agente de aduanas.

Mientras iban andando, Richard continuó, en un estallido de irritación:

—¿Y qué pasa con el dinero de tu abuelo? ¿Vas a conseguirlo por fin?

—Bueno —contestó Anthony, molesto—, ese viejo estúpido de Haight parece tener esperanzas, sobre todo porque hoy en día la gente está cansada de reformadores… podría suponer cierta diferencia, por ejemplo, si alguno de los jueces pensara que Adam Patch le había hecho más difícil conseguir bebidas alcohólicas.

—No se puede salir adelante sin dinero —dijo Dick sentenciosamente—. ¿Has tratado de escribir algo… últimamente?

Anthony hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es curioso —dijo Dick—. Siempre he creído que tú y Maury acabaríais escribiendo algún día, y ahora él se ha convertido en una especie de aristócrata tacaño, y tú eres…

—Soy la proverbial oveja negra.

—Me pregunto por qué.

—Probablemente crees que lo sabes —sugirió Anthony, haciendo un esfuerzo para pensar metódicamente—. Tanto la persona que fracasa como la que triunfa creen en el fondo de su corazón que sus puntos de vista están perfectamente equilibrados; el triunfador porque ha triunfado, y el fracasado por haber fracasado. El triunfador le dice a su hijo que aproveche la buena suerte de su padre, y el fracasado le dice al suyo que saque partido de sus errores.

—No estoy de acuerdo contigo — dijo el autor de Un alférez en Francia—. Yo os escuchaba a ti y a Maury cuando éramos jóvenes, y me impresionaba que fueseis tan consecuentemente cínicos, pero ahora… bueno, después de todo, cielo santo, ¿quién de nosotros tres se ha dedicado a la… a la vida intelectual? No quiero resultar vanidoso, pero… he sido yo, y yo siempre he creído en la existencia de los valores morales y siempre creeré en ellos.

—Bien —objetó Anthony, que lo estaba pasando bastante bien—, aun concediéndote eso, tú sabes que en la práctica la vida nunca presenta problemas tan bien definidos, ¿no es cierto?

—En mi caso sí lo hace. Existen determinados principios que nada me haría violar.

—Pero ¿cómo sabes cuándo los estás violando? Tú también tienes que tratar de acertar, igual que la mayoría de la gente. Tienes que repartir los valores cuando miras atrás. Es entonces cuando acabas el retrato… cuando pintas los detalles y las sombras.

Dick movió la cabeza con noble testarudez.

—El mismo cínico inútil de siempre — dijo—. No es más que una forma de compadecerte de ti mismo. Tú no haces nada… por consiguiente, nada tiene importancia.

—Soy perfectamente capaz de compadecerme de mí mismo —reconoció Anthony—; y tampoco pretendo que le esté sacando a la vida tanto partido como tú.

—Tú dices… o al menos solías decirlo… que la felicidad es la única cosa de la vida que merece la pena. ¿Crees que eres más feliz por practicar el pesimismo?

Anthony gruñó violentamente. El placer que le proporcionaba la conversación empezaba a desvanecerse. Estaba nervioso y necesitaba un trago.

—¡Caramba! —exclamó—, ¿dónde vives? No quisiera pasarme toda la tarde andando.

—Tu aguante es solo mental, ¿no es cierto? —le contestó Dick con tono cortante—. No te preocupes, vivo aquí mismo.

Caramel entró en el portal de una casa de apartamentos en la calle Cuarenta y nueve, y poco después estaban los dos en una amplia habitación nueva con una chimenea y cuatro paredes cubiertas de libros. Un mayordomo de color les sirvió ginebra con azúcar, limón y agua, y la primera hora transcurrió en una atmósfera de cortesía, ayudada por el regular descenso del contenido de sus vasos y la tibieza de un suave fuego de mediados de otoño.

—Las artes están muy viejas — dijo Anthony al cabo de un rato. Después de unos pocos vasos sus nervios se tranquilizaron y descubrió que podía pensar de nuevo.

—¿Qué arte?

—Todas ellas. La poesía será la primera en morir. Antes o después la absorberá la prosa. La palabra hermosa, por ejemplo, la palabra brillante y con colorido, y la metáfora deslumbrante pertenecen ya a la prosa. Para llamar la atención la poesía ha tenido que esforzarse por hallar la palabra poco corriente, la palabra áspera y vulgar que nunca ha sido hermosa antes. La belleza, en cuanto suma de varias partes bellas, alcanzó su apoteosis con Swinburne. No puede llegar más lejos… excepto, quizá, en la novela.

Dick le interrumpió, impaciente:

—Las nuevas novelas me cansan. ¡Cielo santo! Dondequiera que voy alguna chica estúpida me pregunta si he leído A este lado del paraíso. ¿Es que nuestras muchachas son realmente así? Si ese libro responde a la realidad, cosa que no creo, la próxima generación está totalmente echada a perder. Me cansa tanto realismo vulgar. Creo que hay sitio en la literatura para el romanticismo.

Anthony trató de recordar qué había leído últimamente de Richard Caramel. Estaban Un alférez en Francia, una novela llamada Tierra de hombres fuertes, y varias docenas de cuentos que eran todavía peores. Entre los críticos jóvenes e inteligentes se había convertido en costumbre mencionar a Richard Caramel con una sonrisa de desprecio. Lo llamaban «Mr.» Richard Caramel. Todos los suplementos literarios de los periódicos se dedicaban a arrastrar su cadáver por el polvo. Se le acusaba de hacerse rico escribiendo porquerías para el cine. A medida que cambiaba la moda en literatura, su nombre se estaba convirtiendo casi en el prototipo de lo más despreciable.

Mientras Anthony pensaba en estas cosas, Dick se había puesto en pie y parecía estar en duda sobre si hacer una confesión.

—He reunido unos cuantos libros —dijo de pronto.

—Eso veo.

—Tengo una colección completa de obras americanas de calidad, antiguas y recientes. No me refiero a las típicas cosas de Longfellow y Whittier… de hecho, la mayoría son autores modernos.

Dick se dirigió a una de las paredes y, viendo que era eso lo que se esperaba de él, Anthony se puso en pie y lo siguió:

—¡Mira!

Debajo de un rótulo impreso en el que se leía Literatura norteamericana, Dick le señaló seis largas hileras de libros, maravillosamente encuadernados y, evidentemente, cuidadosamente escogidos.

—Y aquí están los novelistas contemporáneos.

Fue entonces cuando Anthony se dio cuenta de la estratagema. Metidos entre Mark Twain y Dreiser figuraban ocho extraños volúmenes muy poco apropiados, las obras de Richard Caramel: El amante demoníaco legítimamente… pero también otros siete volúmenes que eran horrendos, sin sinceridad ni encanto de ninguna clase.

De mala gana Anthony lanzó una mirada al rostro de Dick y descubrió en él una expresión de inseguridad apenas perceptible.

—He incluido mis propios libros, por supuesto erijo Richard Caramel apresuradamente——, aunque uno o dos sean un tanto desiguales… Me temo que escribí demasiado deprisa cuando tuve aquel contrato fijo con una revista. Sin embargo, no creo en falsas modestias. Es cierto que algunos críticos no me han prestado mucha atención desde que me convertí en un autor consagrado… pero, después de todo, los críticos no cuentan. No son más que papanatas.

Por primera vez desde hacía tanto tiempo que apenas era capaz de recordarlo, Anthony sintió una pizca del antiguo y agradable desprecio que su amigo le inspirara en otros tiempos. Richard Caramel continuó:

—No sé si sabes que mis editores me han estado haciendo publicidad como el Thackeray de Estados Unidos… debido a mi novela sobre Nueva York.

—Sí —consiguió responderle Anthony—; supongo que hay mucho de verdad en lo que dices.

Anthony sabía que su desprecio no era razonable. Sabía que se hubiese cambiado por Dick sin pensárselo dos veces. Él mismo se había esforzado al máximo tratando de escribir insinceramente. Bien, entonces… ¿puede un hombre menospreciar el trabajo de toda una vida tan fácilmente…?

Y aquella noche, mientras Richard Caramel se afanaba, pulsando con frecuencia la tecla equivocada, y, con gran torcimiento de sus cansados y desiguales ojos, elaboraba sus porquerías hasta las melancólicas horas en que se apagan los fuegos y la cabeza empieza a dar vueltas debido al prolongado esfuerzo de concentración, Anthony, lamentablemente borracho, iba espatarrado en el asiento de atrás de un taxi camino del apartamento de Claremont Avenue.

La paliza

Al acercarse el invierno fue como si una especie de locura se apoderara de Anthony. Por las mañanas se despertaba tan nervioso que Gloria lo sentía temblar en la cama antes de hacer acopio de la suficiente vitalidad para llegar a trompicones hasta la despensa en busca de un trago. Resultaba totalmente insoportable a no ser que estuviera bebido, y a medida que parecía deteriorarse y hacerse más vulgar ante sus ojos, el alma y el cuerpo de Gloria se alejaban de él progresivamente; cuando pasaba toda la noche fuera de casa, como había hecho varias veces, ella no solo no lo lamentaba, sino que, en cierta medida, sentía incluso un melancólico alivio. Al otro día Anthony se mostraba vagamente arrepentido, y confesaba, avergonzado y ceñudo, que temía estar bebiendo un poco más de la cuenta.

Era capaz de pasarse varias horas sentado en el gran sillón que ya formara parte del mobiliario de su apartamento de soltero, sumido en una especie de letargo… incluso el interés por leer sus libros favoritos parecía haber desaparecido, y aunque marido y mujer vivían enzarzados en continuas disputas, el único tema sobre el que realmente hablaban era sobre la marcha del pleito relativo a la herencia. Las esperanzas que Gloria abrigaba en las tenebrosas profundidades de su alma, lo que esperaba obtener de aquel gran presente de dinero, es difícil de imaginar. Su entorno la estaba convirtiendo en un grotesco simulacro de ama de casa. Ella, que hasta tres años antes nunca había hecho café, llegaba a preparar a veces hasta tres comidas diarias. Andaba mucho por las tardes, y durante las veladas leía: libros, revistas, cualquier cosa que caía en sus manos. Si en aquellos momentos sentía deseos de tener un hijo, incluso un hijo de aquel Anthony que buscaba su cama borracho como una cuba, nunca hablaba de ello ni manifestaba el menor interés por los niños. Es dudoso que hubiese sido capaz de exponer con claridad a nadie lo que deseaba o si, en realidad, había algo que desear; Gloria se había convertido en una mujer de treinta años, solitaria, y todavía encantadora, atrincherada detrás de una inexpugnable

inhibición nacida de su belleza y coexistente con ella.

Una tarde, cuando la nieve había vuelto a ensuciarse en Riverside Drive, Gloria, que volvía de la tienda, se encontró a Anthony paseando por el apartamento en un estado de nerviosismo exasperado. Los ojos enfebrecidos con que la miró estaban cubiertos de diminutas líneas rosadas que a ella le hicieron pensar en los ríos de un mapa. Por un instante Gloria tuvo la impresión de que se había vuelto repentina y definitivamente viejo.

—¿Tienes algo de dinero? —le preguntó precipitadamente.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho. ¡Dinero! ¡Dinero! ¿Es que no hablas inglés?

Sin hacerle ningún caso, Gloria pasó a su lado y entró en la cocina para poner los huevos y el bacón en el frigorífico. Cuando bebía más de lo normal, Anthony adoptaba invariablemente una actitud quejumbrosa. En aquella ocasión fue tras ella y, quedándose en la puerta de la cocina, insistió en su pregunta.

—Ya has oído lo que he dicho. ¿Tienes algo de dinero?

Gloria dio la espalda al frigorífico y se encaró con él.

—¡Debes de estar completamente loco! Sabes que no tengo nada de dinero… excepto un dólar en monedas sueltas.

Anthony dio bruscamente media vuelta y regresó a la sala de estar, donde reanudó sus paseos. Era evidente que tenía algo muy importante en la cabeza… sin duda alguna quería que se le preguntase qué le pasaba. Al reunirse con él un momento después, Gloria se sentó en el sofá y empezó a deshacerse el peinado. Ya no llevaba el pelo corto, y durante el último año había cambiado de tonalidad, pasando de un espléndido color dorado espolvoreado de rojo a un castaño claro desprovisto de brillo. Gloria había comprado un champú e iba a proceder a lavarse el pelo; y había estado pensando en añadir una botella de agua oxigenada al agua para el aclarado.

«¿Y bien?», dio a entender ella sin despegar los labios.

—¡Ese maldito banco! —estalló Anthony con voz trémula—. Hace más de diez años que tengo mi cuenta con ellos… ¡diez años! Bien, pues parece que tienen una norma autocrática según la cual hay que tener más de quinientos dólares en la cuenta o de lo contrario la cancelan. Me escribieron una carta hace varios meses diciéndome que tenía un saldo muy bajo. En una ocasión di dos cheques sin fondos, ¿recuerdas aquella noche en Reisenweber’s…? pero los pagué al día siguiente. Bueno, pues le prometí al viejo Halloran (es el gerente, Mick el avariento) que tendría más cuidado. Y yo estaba convencido de que todo iba bien; rellenaba las matrices de mis talonarios todas las veces, prácticamente. Bueno, pues he ido allí por dinero, y Halloran ha salido a decirme que tienen que cerrar mi cuenta. Demasiados cheques sin fondos, ha dicho, y además apenas he llegado nunca a un saldo positivo de más de quinientos dólares, y eso únicamente durante un día o dos al máximo… Y… ¡cielos! ¿Qué crees que me ha dicho después? ¿Qué?

—Ha dicho que era un buen momento para hacerlo, porque no tenía allí ni un solo céntimo.

—¿Y era cierto?

—Eso es lo que me ha dicho. Parece que les había dado a esos tales Bedros un cheque de sesenta

dólares por la última caja de whisky… y que solo tenía cuarenta y cinco dólares en el banco. De manera que esa gente de Bedros depositó quince dólares en mi cuenta y sacaron todo lo que había.

En su ignorancia, Gloria evocó el fantasma de la cárcel y de la deshonra.

—No harán nada —la tranquilizó Anthony—. El contrabando de bebidas alcohólicas es un negocio demasiado arriesgado. Me mandarán una factura por quince dólares y yo la pagaré.

—Ah. —Gloria caviló un momento—. Bien, podemos vender otro bono.

Anthony rio sarcásticamente.

—Sí, claro, eso siempre es fácil. Cuando los pocos valores que aún nos pagan intereses se cotizan entre cincuenta y ochenta centavos por cada dólar. Perdemos la mitad de su valor cada vez que vendemos uno.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Sí, claro, no nos queda más remedio que vender algo, como de costumbre. Tenemos títulos por valor de ochenta mil dólares a la par. —De nuevo se echó a reír de manera muy desagradable—. En la bolsa nos producirían unos treinta mil.

—Yo desconfiaba de aquellas inversiones al diez por ciento.

—¡No me salgas ahora con eso! — dijo él—. Fingiste que desconfiabas para poder hacerme trizas si se iban a pique, pero estabas tan dispuesta como yo a arriesgarte.

Gloria se quedó callada un momento como si estuviera reflexionando y luego exclamó de repente:

—Anthony, doscientos dólares al mes son peor que nada. Vendamos todos los valores y depositemos los treinta mil dólares en el banco… y si perdemos el pleito, podemos vivir tres años en Italia y morirnos luego. —En el entusiasmo con que hablaba, Gloria advirtió la presencia de una débil corriente emotiva, la primera en muchos días.

—Tres años —dijo él, nervioso—, ¿tres años? Estás loca. Mr. Haight se llevará más de eso si perdemos. ¿Crees que trabaja por amor al arte?

—Me había olvidado de eso.

—… Y estamos a sábado —continuó él—, y no tengo más que un dólar y pico, y tenemos que vivir hasta el lunes, que será cuando pueda hablar con mi agente de bolsa… Y no hay nada de beber en la casa —añadió, sacando una última y especialmente significativa conclusión de sus reflexiones.

—¿Por qué no llamas a Dick?

—Ya lo he hecho. Su criado dice que se ha ido a Princeton a dar una conferencia en un club literario o algo parecido. No volverá hasta el lunes.

—Bueno, veamos… ¿No conoces a algún amigo al que puedas recurrir?

—Lo he intentado con un par de ellos. No he encontrado a nadie en casa. Ojalá hubiese vendido esa carta de Keats como pensaba hacer la semana pasada.

—¿Y esos individuos con los que juegas a las cartas en Sammy’s?

—¿Piensas que voy a pedirles dinero a ellos? —Su voz se llenó de virtuoso horror. Gloria dio un

respingo. Anthony prefería exponerla a ella a una grave molestia antes que sentir la vergüenza de pedir un favor a la persona inadecuada—. Yo había pensado en Muriel —sugirió.

—Está en California.

—Bien, ¿y alguno de los hombres con quienes lo pasaste tan bien mientras yo estaba en el ejército? Uno pensaría que quizá les gustara hacerte un pequeño favor.

Gloria le lanzó una mirada llena de desprecio, pero él no se dio por aludido.

—¿O quizá tu antigua amiga Rachel, o Constance Merrian?

—Constance Merrian lleva un año muerta y no pienso pedirle nada a Rachel.

—Bien, ¿y qué me dices de aquel caballero que en una ocasión estaba tan deseoso de ayudarte que apenas conseguía contenerse, Bloeckman?

Por fin había conseguido herirla, y Anthony no era ni lo suficientemente obtuso ni lo suficientemente descuidado para no darse cuenta.

—¿Por qué no pedirle ayuda a él? —insistió cruelmente.

—Porque… he dejado de gustarle — dijo ella a duras penas, y luego, como él no contestaba y se limitaba a mirarla cínicamente, añadió—: Si te interesa saber por qué, te lo contaré. Hace un año fui a ver a Bloeckman (se ha cambiado el nombre por Black) y le pedí que me diera trabajo en el cine.

—¿Fuiste a ver a Bloeckman?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, incrédulo, mientras la sonrisa se iba borrando de su rostro.

—Probablemente porque estabas fuera, bebiendo en cualquier sitio. Me hicieron una prueba y decidieron que no era lo bastante joven; que solo servía para papeles de carácter.

—¿Papeles de carácter?

—La mujer de treinta años y ese tipo de cosas. Yo todavía no los había cumplido, y no me pareció que tuviese aspecto de tenerlos.

—¡Maldito sea! —exclamó Anthony, defendiéndola apasionadamente, con una curiosa inversión de emociones.

—Bien, esa es la razón de que no pueda acudir a él.

—¡Qué insolencia! —continuó Anthony muy nervioso—. ¡Es inconcebible!

—Eso ya no tiene importancia; lo principal es que tenemos que sobrevivir hasta el lunes y lo único que hay en la casa es una barra de pan, media libra de bacón y dos huevos para el desayuno. —Gloria le pasó el contenido de su monedero—. Setenta, ochenta, un dólar quince. Con lo que tienes hace en total alrededor de dos dólares y medio, ¿no es cierto? Podemos salir adelante con eso, y comprar montones de comida… más de la que somos capaces de consumir.

Haciendo sonar el dinero en la mano, Anthony denegó con la cabeza.

—No. Yo necesito un trago. Estoy tan nervioso que no hago más que temblar. —De pronto tuvo una idea—. Quizá Sammy me acepte un cheque.

Y el lunes iré muy temprano al banco con el dinero.

—Pero te han cerrado la cuenta.

—Tienes mucha razón… me había olvidado. Ya sé lo que voy a hacer: voy a ir a Sammy's y allí encontraré a alguien que me preste unos dólares. Me sabe muy mal tener que pedírselos a ellos, desde luego… —Repentinamente chasqueó los dedos—. Ya tengo la solución. Empeñaré el reloj. Me darán veinte dólares, y puedo recuperarlo el lunes, pagando sesenta centavos más. Ya lo empeñé una vez… cuando estaba en Cambridge.

Se había puesto el abrigo, y con un «Hasta luego» echó a andar pasillo adelante, en dirección a la puerta de la calle.

Gloria se puso en pie. De repente se le había ocurrido adónde iría primero su marido, probablemente.

—¡Anthony! —lo llamó—, ¿no sería mejor que me dieras dos dólares a mí? Solo necesitas dinero para el metro.

La puerta de la calle se cerró con un portazo; Anthony había fingido no oírla. Gloria se quedó inmóvil unos momentos, como siguiéndolo aún con la vista; luego entró en el cuarto de baño y, rodeada de sus trágicos ungüentos, inició los preparativos para lavarse el pelo.

Al llegar a Sammy's Anthony se encontró con Parker Allison y Pete Lytell, que estaban solos en una mesa, bebiendo whisky-sours. Era muy poco después de las seis, y Sammy, o Samuele Bendiri, que fue como lo bautizaron, estaba barriendo hacia un rincón un amasijo de colillas y cristales rotos.

—¡Hola, Tony! —exclamó Parker Allison al ver al joven Patch. Unas veces lo llamaba Tony, y otras Dan. Para él todos los Anthonys tenían que andar por el mundo con uno de aquellos dos diminutivos.

—Siéntate. ¿Qué quieres tomar?

En el metro Anthony había contado el dinero que tenía, descubriendo que eran casi cuatro dólares. Podía pagar dos rondas a cincuenta centavos la copa… lo que significaba seis consumiciones para él. Luego iría a la Sexta Avenida, donde le darían veinte dólares y una papeleta de empeño a cambio de su reloj.

—¡Qué tal, maleantes! —dijo con tono jovial—. ¿Cómo anda el mundo de la delincuencia?

—En plena forma —dijo Allison, guiñando un ojo a Pete Lytell—. Es una lástima que seas un hombre casado. Tenemos apartado un material muy bueno para eso de las once, cuando acaba la última sesión de los espectáculos. ¡Cosa fina, muchacho! Sí, señor… es una lástima que esté casado, ¿no es cierto, Pete?

—Una verdadera lástima.

A las siete y media, cuando habían terminado las seis rondas, Anthony descubrió que sus intenciones estaban prestando oídos a sus deseos. Se sentía feliz y alegre en aquel momento: lo estaba pasando francamente bien. Le parecía que el chiste que acababa de contar Pete era extraordinaria y profundamente divertido… y decidió, como hacía todos los días al llegar a aquel punto, que sus acompañantes eran «¡unos tíos estupendos, caramba!», dispuestos a hacer por él mucho más que ninguna de las personas que conocía. Las casas de empeños estaban abiertas hasta muy tarde los sábados por la noche, y Anthony tuvo el convencimiento de que con solo otra copa que se tomara

alcanzaría un maravilloso pináculo de alegría color de rosa.

Astutamente empezó a buscar en los bolsillos del chaleco, sacó dos monedas de veinticinco centavos, y se quedó mirándolas con expresión sorprendida.

—Vaya, ¡sí que tiene gracia! — protestó, apesadumbrado—. He salido de casa sin la cartera.

—¿Necesitas dinero? —le preguntó Lytell de manera muy espontánea.

—Me lo he dejado encima de la cómoda. Y quería invitaros a otra copa.

—Note calientes la cabeza. —Lytell rechazó la sugerencia con aire despectivo—. Estoy seguro de que podemos invitar a un buen tipo como tú a todas las copas que quiera. ¿Qué vas a tomar? ¿Lo mismo?

—Escuchadme —sugirió Parker Allison—, ¿qué tal si mandamos a Sammy a por unos sándwiches ahí enfrente y cenamos aquí mismo?

Los otros dos estuvieron de acuerdo.

—Buena idea.

—Oye, Sammy, ¿nos harías el favor de…?

Muy poco después de las nueve Anthony se puso en pie con dificultad y, después de desear a sus amigos unas confusas buenas noches, llegó tambaleándose hasta la puerta, pero antes de salir alargó a Sammy una de sus dos monedas de veinticinco centavos. Ya en la calle dudó un momento y luego echó a andar en dirección a la Sexta Avenida, donde recordaba haber pasado muchas veces junto a varias casas de empeños. Dejó atrás un quiosco de periódicos y dos drugstores… y luego se dio cuenta de que se hallaba delante del sitio que buscaba y de que ya habían cerrado. Anthony siguió andando sin perder la calma; media manzana más allá había otro, también cerrado; lo mismo sucedía con dos en la acera de enfrente, y con un quinto, en la plaza que venía a continuación. Al ver una débil luz en este último, empezó a aporrear la puerta de cristal, y solo desistió cuando del fondo de la tienda salió un vigilante nocturno y le indicó con gesto colérico que se marchara. Con desánimo y perplejidad crecientes, Anthony cruzó de nuevo y echó a andar hacia la calle Cuarenta y tres. En la esquina más próxima a Sammy’s se detuvo indeciso… si volvía al apartamento… como el cuerpo le pedía, se vería expuesto a amargos reproches; pero ahora que las casas de empeños estaban cerradas, no tenía la menor idea de dónde conseguir el dinero. Finalmente decidió que no había inconveniente en pedírselo a Parker Allison, después de todo… pero al acercarse más a Sammy’s encontró la puerta cerrada y apagadas las luces. Miró el reloj: eran las nueve y media. Empezó a andar.

Diez minutos después se detuvo sin saber qué hacer en la esquina de la calle Cuarenta y tres con Madison Avenue, frente por frente, en sentido diagonal, de la muy iluminada pero casi desierta entrada del hotel Biltmore. Anthony se quedó un momento en aquel lugar, y luego se sentó pesadamente sobre una tabla húmeda entre otros desechos de una obra en construcción. Descansó allí durante casi media hora, su mente un cambiante entretejido de pensamientos superficiales, el más importante de los cuales era que tenía que conseguir algún dinero y volver a casa antes de que estuviese demasiado torpe para encontrar el camino.

Luego, al alzar la mirada en dirección al Biltmore, vio a un hombre directamente debajo del resplandor vertical de las luces de la puerta cochera, acompañado de una mujer con un abrigo de armiño. Mientras Anthony los contemplaba, la pareja se adelantó, llamando a un taxi. Anthony advirtió,

gracias a ese infalible método de identificación que consiste en reconocer los andares de un amigo, que se trataba de Maury Noble.

Inmediatamente se puso en pie.

—¡Maury! —gritó.

Maury miró en su dirección, volviéndose luego hacia la muchacha en el momento en que el taxi se detenía delante de ellos. Con la caótica idea de pedirle diez dólares prestados, Anthony empezó a correr lo más deprisa que pudo para cruzar Madison Avenue y continuar luego por la calle Cuarenta y tres.

Cuando llegó a la altura de Maury, su antiguo amigo estaba junto a la puerta abierta del taxi. Su acompañante se volvió y miró a Anthony con extrañeza.

—¡Hola, Maury! —dijo, ofreciéndole la mano—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias.

Cuando retiraron la mano, Anthony vaciló. Maury no hizo el menor gesto de presentarle a su acompañante; se limitó a quedarse inmóvil, contemplándolo envuelto en inescrutable silencio felino.

—Quería verte… —empezó Anthony irresoluto. No le parecía que fuese posible pedir un préstamo con la chica a menos de cuatro pies, de manera que se interrumpió y movió la cabeza de manera perceptible como haciéndole señas a Maury para que se apartaran un poco.

—Tengo mucha prisa, Anthony.

—Lo sé… pero ¿no podrías…? —dudando de nuevo.

—Te veré en otra ocasión —dijo Maury.

—Es importante.

—Lo siento, Anthony.

Antes de que el joven Patch se decidiera a pedirle el dinero de sopetón, Maury se había vuelto fríamente hacia la muchacha, la ayudó a subir al taxi y, con un cortés «Buenas noches», entró tras ella. Mientras le hacía una inclinación de cabeza desde el otro lado de la ventanilla, Anthony pensó que la expresión de Maury no había cambiado en lo más mínimo. Luego, con malhumorado estruendo, el taxi se puso en marcha y Anthony se quedó solo bajo las luces.

El joven Patch entró en el Biltmore, sin otra razón particular que la proximidad de la puerta, y, subiendo las anchas escaleras, encontró asiento en un rincón. Era terriblemente consciente de que se le había hecho un desprecio; se sentía todo lo dolido y enfadado que le permitía el estado en que se encontraba. Sin embargo, seguía testarudamente preocupado por la necesidad de obtener algún dinero antes de regresar a su casa, y una vez más contó con los dedos las personas a las que resultaba plausible acudir en aquella crítica situación. Finalmente decidió que podía ponerse en contacto con Mr. Howland, su agente de bolsa, telefoneando a su casa.

Después de una larga espera le informaron de que Mr. Howland había salido. Anthony regresó junto a la telefonista, inclinándose sobre el mostrador y dando vueltas entre los dedos a su moneda de veinticinco centavos, como reacio a marcharse sin algún resultado positivo.

—Llame a Mr. Bloeckman —dijo de repente, sintiéndose sorprendido ante sus propias palabras.

Aquel nombre había sido el resultado del entrecruzamiento de dos sugerencias dentro de su mente.

—¿Qué número es, por favor?

Apenas consciente de lo que hacía, Anthony buscó Joseph Bloeckman en la guía de teléfonos. No encontró a semejante persona y estaba a punto de dejarlo cuando recordó que Gloria había mencionado un cambio de nombre. Fue cuestión de un momento encontrar a Joseph Black… luego esperó en la cabina, mientras la telefonista marcaba el número desde la centralita.

—O… oiga. ¿Está Mr. Bloeckman, quiero decir, Mr. Black, en casa?

—No, ha salido. ¿Quiere dejar algún recado? —La pronunciación era de barrio bajo londinense; eso hizo que Anthony recordara la respetuosa entonación de Bounds.

—¿Dónde está?

—Perdone… ¿sería tan amable de decirme con quién hablo?

—Aquí Mr. Patch. Cuestión de vital importancia.

—Está con un grupo en el Boul' Mich', señor.

—Gracias.

Anthony cogió los cinco centavos que le devolvieron y se puso en camino del Boul' Mich', una sala de baile muy popular situada en la calle Cuarenta y cinco. Eran casi las diez, y las calles seguirían oscuras y prácticamente desiertas hasta que los teatros terminaran sus espectáculos una hora más tarde. Anthony conocía el Boul' Mich' porque había estado allí con Gloria el año anterior, y recordaba la existencia de una regla según la cual solo admitían clientes vestidos de etiqueta. Bien, no subiría; mandaría a un botones en busca de Bloeckman y lo esperaría en el vestíbulo del piso bajo. No dudó ni por un momento de que aquella empresa fuera perfectamente lógica y discreta. Para su deformada imaginación Bloeckman se había convertido en uno de sus viejos amigos.

En el vestíbulo de entrada del Boul' Mich' hacía calor. Luces amarillas colocadas en lo alto iluminaban una gruesa alfombra verde, desde el centro de la cual una escalera blanca llevaba al piso alto, donde estaba la sala de baile.

—Quiero ver a Mr. Bloeckman… Mr. Black —le dijo al portero—. Está en el piso de arriba… Haga el favor de buscarlo.

El portero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Va contra las reglas de la casa llamarlo en voz alta. ¿Sabe usted en qué mesa está?

—No. Pero tengo que verlo.

—Espere un momento y le buscaré a un camarero.

Al cabo de un rato apareció el encargado del comedor, con una lista de las mesas reservadas. La mirada irónica que lanzó a Anthony no tuvo el menor efecto sobre su destinatario. Juntos se inclinaron sobre el papel y encontraron sin dificultad lo que buscaban: un grupo de ocho, a nombre del mismo Mr. Black.

—Dígale que Mr. Patch quiere verlo. Muy importante.

De nuevo esperó, apoyado contra una barandilla, escuchando las confusas armonías de «Loco por el jazz» que bajaban flotando por las escaleras. Una chica del guardarropa estaba cantando cerca de él:

Allá, en el sanatorio del shinimee residen los locos del jazz. Allá, en el sanatorio del shimmee, dejé a mi pudorosa novia. Se agitó tanto bailando que perdió la razón, y ahora tendrá que tiritar hasta recobrarla…

Luego vio a Bloeckman bajando la escalera, y dio unos pasos para salir a su encuentro y estrecharle la mano.

—¿Quería usted verme? —dijo fríamente el hombre de más edad.

—Sí —respondió Anthony, asintiendo con la cabeza—, un asunto personal. ¿No le importa que nos apartemos un poco?

Mirándolo fijamente, Bloeckman siguió a Anthony a un entrante en forma de media luna que hacían las escaleras y donde no podía verlos ni oírles ninguna de las personas que entraban o salían del restaurante.

—¿Y bien? —quiso saber Bloeckman.

—Quería hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

Anthony se limitó a reír: una risa tonta; su intención era que pareciese espontánea.

—¿De qué quiere usted hablarme? —repitió Bloeckman.

—¿Qué prisa tenemos? —Trató de poner una mano en el hombro de Bloeckman en gesto amistoso, pero el otro se apartó ligeramente—. ¿Qué tal le va?

—Muy bien, gracias… Mire, Mr. Patch, estoy con un grupo en el piso de arriba, y a mis amigos les parecerá descortés que tarde mucho en volver. ¿Para qué quería usted verme?

Por segunda vez aquella noche, la mente de Anthony dio un brusco salto, y dijo algo que no tenía ninguna intención de decir.

—Tengo entendido que no deja usted trabajar a mi mujer en el cine.

—¿Cómo? —El rostro rubicundo de Bloeckman se oscureció creando zonas de sombra.

—Ya me ha oído.

—Escuche, Mr. Patch —dijo Bloeckman con voz tranquila y sin cambiar de expresión—, está usted borracho. Repugnante e insultantemente borracho.

—No demasiado borracho para hablar con usted —insistió Anthony con una mirada socarrona—. En primer lugar, mi mujer no quiere tener ninguna relación con usted. Nunca ha querido. ¿Me entiende?

—¡Cállese! —dijo el hombre de más edad, indignado—. Hubiera pensado que respetaba usted lo suficiente a su mujer como para no sacarla a relucir en estas circunstancias.

—No se preocupe de si respeto a mi mujer. Solo quiero decirle una cosa… déjela en paz. ¡Váyase al infierno!

—Mire… ¡creo que está usted un poco loco! —exclamó Bloeckman. Dio dos pasos al frente como

para marcharse, pero Anthony se interpuso en su camino.

—No tan deprisa, maldito judío.

Estuvieron mirándose un momento, Anthony balanceándose suavemente de un lado a otro, Bloeckman temblando casi de indignación.

—¡Tenga cuidado con lo que dice! — exclamó con voz muy tensa.

Anthony podría haberse acordado de cierta mirada que Bloeckman le lanzara en el hotel Biltmore años atrás. Pero no recordaba nada, absolutamente nada…

—Lo diré otra vez, ¡mal…!

Entonces Bloeckman le lanzó un directo con toda la fuerza de un hombre de cuarenta y cinco años en buenas condiciones físicas, y su puño golpeó a Anthony directamente en la boca. El joven Patch se estrelló contra la pared y al recuperarse se abalanzó sobre su adversario, pero Bloeckman, que hacía ejercicio todos los días y sabía algo de boxeo, lo evitó sin dificultad, llegándole a la cara con dos rápidos golpes cortos extraordinariamente eficaces. Anthony dejó escapar un gruñido y se desplomó sobre la lujosa alfombra verde, descubriendo, mientras caía, que tenía la boca llena de sangre y que los dientes delanteros parecían bailarle de una manera muy extraña. Consiguió ponerse en pie jadeando y escupiendo, y cuando se dirigía de nuevo hacia Bloeckman, inmóvil a unos pies de distancia, con los puños apretados pero caídos a los lados del cuerpo, dos camareros que habían surgido de la nada lo agarraron por los brazos reduciéndolo a la impotencia. Detrás de ellos se había congregado milagrosamente una docena de personas.

—Lo mataré —exclamó Anthony, tratando de soltarse—. Déjenme matar…

—¡Échenlo a la calle! —ordenó Bloeckman acaloradamente, mientras un hombrecillo marcado de viruelas se abría camino a toda prisa entre los espectadores.

—¿Algún problema, Mr. Black?

—¡Este borrachín trataba de hacerme chantaje! —dijo Bloeckman, y luego, poniendo en la voz una nota de orgullo vagamente discordante, añadió—: ¡Se ha llevado su merecido!

El hombrecillo se volvió hacia uno de los camareros.

—¡Llame a la policía! —ordenó.

—No —dijo Bloeckman rápidamente—. No merece la pena. Basta con echarlo a la calle… ¡Nunca he visto cosa más inconcebible! El magnate cinematográfico se dio la vuelta y con estudiada dignidad se dirigió a los lavabos mientras seis manos musculosas se apoderaban de Anthony y lo arrastraban hacia la puerta. El «borrachín» fue violentamente lanzado contra la acera, donde aterrizó sobre las manos y las rodillas con un grotesco ruido como de una bofetada, para luego rodar lentamente y acabar tumbado de lado.

El golpe lo atontó. Se quedó tumbado un momento sintiendo un agudo dolor equitativamente distribuido. Luego el malestar se concentró en el estómago, y recuperó el conocimiento para descubrir que alguien lo estaba empujando con el pie.

—¡Tienes que marcharte de aquí, borrachín! ¡Vamos, espabila!

Era un voluminoso portero el que le hablaba. Un sedán se había detenido junto a la acera y sus

ocupantes se apearon… es decir, dos de las mujeres se habían quedado sobre el guardabarros, esperando con ofendida delicadeza a que aquel desagradable obstáculo desapareciera de su camino.

—¡Márchate! ¡De lo contrario te echaré yo!

—Espere… yo lo ayudaré.

Era una voz distinta; a Anthony le pareció un poco más tolerante, mejor dispuesta que la otra. De nuevo se vio rodeado por unos brazos que, alzándolo y arrastrándolo a medias, lo llevaron hasta una agradable sombra cuatro portales calle arriba y lo apoyaron contra la fachada de piedra de una sombrerería de señoras.

—Muy agradecido —murmuró Anthony débilmente. Alguien le caló el sombrero y el joven Patch dio un respingo.

—Estese quieto amigo, y se sentirá mejor. Esos tipos le han hecho un buen chichón.

—Voy a volver a matar a ese sucio… —Trató de ponerse en pie pero solo consiguió derrumbarse hacia atrás contra la pared.

—Ahora no puede usted hacer nada — continuó la voz—. Tendrá que ser en otra ocasión. Se lo digo como lo siento, ¿comprende? Quiero ayudarlo.

Anthony asintió con la cabeza.

—Será mejor que se vaya a casa. Esta noche ha perdido un diente, amigo. ¿Se ha dado cuenta?

Anthony se exploró la boca con la lengua, comprobando la afirmación de su acompañante. Luego, haciendo un esfuerzo, alzó la mano y localizó el hueco.

—Voy a llevarlo a casa, amigo. ¿Por dónde vive…?

—¡Dios del cielo! —le interrumpió Anthony, apretando los puños con gran pasión—. Ya le enseñaré yo a esa sucia cuadrilla. Ayúdeme y no se arrepentirá. Mi abuelo es Adam Patch, de Tarrytown…

—¿Quién?

—¡Adam Patch, caramba!

—¿Quiere ir hasta Tarrytown?

—No.

—Bien; dígame dónde hay que ir, amigo, y yo buscaré un taxi.

Anthony comprobó que su samaritano era un tipo de corta estatura y ancho de hombros, bastante baqueteado por la existencia.

—¿Dónde vive, eh?

A pesar de los golpes y de la borrachera, Anthony se dio cuenta de que su dirección no iba a estar a la altura de aquella estúpida fanfarronada acerca de su abuelo.

—Consígame un taxi —ordenó, buscándose en los bolsillos.

Al acercarse el coche, Anthony trató de levantarse, pero el tobillo se le torció, como si estuviera partido por la mitad. El samaritano no tuvo más remedio que ayudarlo… y subir al taxi tras él.

—Mire, camarada —le dijo a Anthony—, está usted borracho y le han pegado una paliza; no va a ser capaz de entrar en casa a no ser que alguien lo lleve, de manera que voy a ir con usted y sé que sabrá agradecérmelo. ¿Dónde vive?

Anthony le dio su dirección a regañadientes. Luego, cuando el taxi se puso en movimiento, apoyó la cabeza contra el hombro de su acompañante, sumiéndose en un dolorido letargo. Cuando despertó, el hombre le había sacado del taxi delante del apartamento de Claremont Avenue y estaba tratando de que se mantuviera en pie.

—¿Puede andar?

—Sí… más o menos. Será mejor que no entre conmigo. —De nuevo se buscó impotentemente en los bolsillos—. ¡Oiga! —continuó, tratando de disculparse—. Mucho me temo que no me queda ni un centavo.

—¿Cómo?

—Que estoy sin blanca.

—¡Vaya! ¿No me prometió que no tendría que arrepentirme? ¿Quién va a pagar el taxi? —Se volvió hacia el conductor para que corroborara sus palabras—. ¿No le oyó usted? ¿Y todo lo que dijo acerca de su abuelo?

—De hecho —murmuró Anthony imprudentemente—, fue usted quien lo dijo todo; pero si viene por aquí mañana…

Al llegar a este punto el taxista se asomó por la ventanilla y dijo con tono feroz:

—¡Atízale una buena a ese desgraciado! ¡Si no fuera un borrachín no lo habrían echado a la calle!

En respuesta a esta sugerencia, el puño del samaritano salió disparado como un ariete, derribando a Anthony contra los escalones de piedra de la casa de apartamentos. El joven Patch quedó inmóvil, mientras los altos edificios se balanceaban de un lado para otro por encima de su cabeza…

Al cabo de un buen rato se despertó y notó que hacía mucho más frío. Trató de moverse, pero sus músculos se negaron a funcionar. Se sentía extrañamente ansioso de saber la hora que era, pero al ir a buscar su reloj, no encontró más que el bolsillo vacío. Sin darse cuenta, sus labios pronunciaron la frase inmemorial:

—¡Vaya una noche!

Sorprendentemente, estaba casi sereno. Sin mover la cabeza, miró hacia donde la luna estaba anclada en mitad del cielo, derramando luz sobre Claremont Avenue como si fuera el fondo de un profundo e inexplorado abismo. No había ningún signo de vida ni se oía ningún sonido con la excepción de un zumbido continuo en sus propios oídos, pero al cabo de un momento el mismo Anthony rompió el silencio con un murmullo muy claro y peculiar. Era el sonido que había querido hacer todo el tiempo en el Boul’ Mich’, cuando estaba delante de Bloeckman: el sonido inconfundible de una risotada irónica. Y en sus labios rotos y sangrantes fue como una lastimosa basca del alma.

Tres semanas después el pleito llegó a su fin. El ovillo de los trámites burocráticos —al parecer interminable—, que llevaba cuatro años devanándose, se rompió de pronto. Anthony y Gloria y, por el otro lado, Edward Shuttleworth y un pelotón de beneficiarios, prestaron declaración, mintieron y, en general, se comportaron groseramente de acuerdo con sus respectivos niveles de avaricia y

desesperación. Anthony se despertó una mañana de marzo dándose cuenta de que la sentencia se dictaría a las cuatro de la tarde, y aquella idea bastó para que se levantara de la cama y empezara a vestirse. A pesar de que estaba muy nervioso, el joven Patch sentía un injustificado optimismo en cuanto al resultado final. Creía que la sentencia del tribunal inferior sería revocada, aunque fuese tan solo por la reacción —debido a los excesos del prohibicionismo— que se había producido recientemente contra las reformas y los reformistas. Tenía más confianza en la eficacia de sus ataques personales contra Shuttleworth que en los aspectos estrictamente legales del proceso.

Después de vestirse se tomó un whisky y fue al cuarto de Gloria. Su mujer estaba ya completamente despierta. Llevaba una semana en la cama, por puro capricho, en opinión de Anthony, aunque el médico había dicho que era mejor no molestarla.

—Buenos días —murmuró ella, sin sonreír. Sus ojos parecían más grandes y oscuros que de costumbre.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó él de mala gana—. ¿Mejor?

—Sí.

—¿Mucho mejor?

—Sí.

—¿Te sientes suficientemente bien como para ir conmigo al juzgado esta tarde?

Gloria asintió con la cabeza.

—Sí. Quiero ir. Dick dijo ayer que, si hacía buen tiempo, vendría con el coche e iríamos a dar un paseo por Central Park… y fíjate en cuánto sol entra por la ventana.

Anthony volvió la cabeza mecánicamente y luego se sentó en la cama.

—¡Qué nervios tengo! —exclamó.

—Por favor, no te sientes ahí —dijo ella enseguida.

—¿Por qué no?

—Hueles a whisky. No puedo soportarlo.

Anthony se levantó distraídamente y abandonó la habitación. Un poco después ella lo llamó y el joven Patch salió a la calle y le trajo un poco de ensaladilla de patata y pollo frío de la delicatessen.

A las dos en punto el coche de Richard Caramel se detuvo delante de la puerta y, cuando llamó por el telefonillo interior, Anthony bajó con Gloria en el ascensor y la acompañó hasta el bordillo de la acera.

Gloria agradeció a su primo que la llevara a dar un paseo.

—No seas tonta —replicó Dick con tono desdeñoso—. ¡Vaya favor!

Pero, en realidad, no pensaba que su gesto careciera de importancia y la razón era muy curiosa. Richard Caramel había perdonado muchas ofensas a mucha gente. Pero nunca había perdonado a su prima, Gloria Gilbert, una afirmación que había hecho inmediatamente antes de su boda, siete años atrás. Había dicho que no tenía intención de leer su novela.

Richard Caramel lo recordaba; lo había recordado con frecuencia durante aquellos siete años.

—¿A qué hora pensáis volver? —preguntó Anthony.

—No vendremos aquí —respondió ella—; nos reuniremos en el juzgado a las cuatro.

—De acuerdo —murmuró él—; allí nos veremos.

Al volver al apartamento encontró una carta esperándole. Era una circular pidiendo a «los muchachos» con un lenguaje condescendientemente campechano que pagaran la cuota de la Legión Americana. Anthony tiró la carta a la papelera con gesto impaciente y, después de sentarse —con los codos apoyados en el antepecho de la ventana—, se puso a mirar, aunque sin verla, la calle soleada.

Italia; un veredicto favorable significaba Italia. Aquella palabra se había convertido para él en una especie de talismán, en un lugar donde sería posible desprenderse de las intolerables ansiedades de la existencia como si se tratara de un traje viejo. Irían primero a los balnearios y entre multitudes alegres y llenas de colorido olvidarían las grises secuelas de la desesperación. Maravillosamente renovado, Anthony pasearía de nuevo por la Piazza di Spagna al atardecer, entre aquella muchedumbre a la deriva de mujeres morenas, mendigos harapientos y austeros frailes descalzos. El recuerdo de las mujeres italianas le produjo una suave exaltación; cuando su bolsa estuviera otra vez llena, incluso las ilusiones románticas podrían volver a posarse en ella: el hechizo romántico de los azules canales de Venecia, de las doradas colinas verdeantes de Fiésole después de la lluvia, y de las mujeres, mujeres que cambiaban, se disolvían y mezclaban con otras mujeres hasta alejarse de su vida, pero sin perder jamás ni juventud ni belleza.

Pero a Anthony le parecía que tendría que haber una diferencia en su actitud. Todas las aflicciones de su existencia, todos los pesares y dolores, habían tenido por causa a las mujeres. Se los habían infligido de maneras distintas, inconscientemente, casi con indiferencia; quizá al darse cuenta de su idealismo y de que estaba asustado, mataban en él todo lo que pudiera oponerse a su absoluto dominio.

Al apartarse de la ventana se enfrentó con su imagen en el espejo, y estuvo contemplando con abatimiento el rostro descolorido, los ojos con su entramado de líneas como filamentos de sangre coagulada, la figura encorvada y flácida cuya misma inclinación era todo un ejemplo de apatía. Era un hombre de treinta y tres años, y parecía tener cuarenta. Bueno, las cosas cambiarían.

El timbre de la puerta sonó ásperamente y Anthony se sobresaltó como si le hubiesen asestado un golpe. Una vez repuesto salió al vestíbulo y abrió la puerta de la calle. Era Dot.

El encuentro

Anthony fue retrocediendo delante de ella hasta la sala de estar, entendiendo tan solo una palabra de vez en cuando del lento flujo de frases que brotaban ininterrumpidamente de su boca, una tras otra, en persistente salmodia. Iba decente y pobremente vestida; un sombrerito un tanto lamentable, adornado con flores rosas y azules, cubría y ocultaba sus cabellos oscuros. Anthony dedujo de sus palabras que varios días antes había visto en el periódico un suelto relativo al pleito, y había conseguido que un empleado de la sección de apelaciones le facilitara la dirección del joven Patch. Había subido al apartamento y una mujer, a quien Dot no quiso dar su nombre, le dijo que Anthony no estaba en casa.

En la sala de estar, él se quedó junto a la puerta contemplándola con una mezcla de horror y pasmo mientras ella hablaba y hablaba… Su sensación predominante era que toda la civilización y las convenciones de su entorno eran extrañamente irreales… Dot le explicó que trabajaba en una

sombrerería de señoras de la Sexta Avenida. Se hallaba muy sola. Había estado enferma mucho tiempo después de que él se marchara a Camp Mills; su madre fue a buscarla para llevársela de nuevo a Carolina… Había venido a Nueva York con la idea de encontrar a Anthony.

Dot hablaba con terrible seriedad. Sus ojos de color violeta estaban enrojecidos por las lágrimas; su suave entonación quedaba rota por pequeños gemidos jadeantes.

Aquello era todo. No había cambiado en absoluto. Quería a Anthony ahora, y si no podía ser suyo, moriría…

—Tendrás que marcharte —dijo él finalmente, hablando con retorcida intensidad—. ¿Es que no tengo suficientes preocupaciones sin necesidad de que aparezcas tú? ¡Dios mío! ¡Vas a tener que marcharte!

Sollozando, Dot se sentó.

—Te quiero —exclamó—. ¡No me importa lo que me digas! Te quiero.

—¡Me tiene sin cuidado! —casi chilló él—; ¡vete de aquí! ¿Es que no me has hecho suficiente daño? ¿Es que no te basta?

—¡Pégame! —le imploró ella, frenética, estúpidamente—. ¡Pégame y besaré la mano con que me pegues!

La voz de Anthony se alzó hasta casi convertirse en un grito.

—¡Te mato! —exclamó—. ¡Si no te marchas, te mato, te aseguro que te mato!

La locura brillaba ya en sus ojos, pero, sin arredrarse, Dot se puso en pie y dio un paso hacia él.

—¡Anthony! ¡Anthony!

Al joven Patch le castañetearon los dientes y retrocedió como para saltar sobre la muchacha; luego, cambiando de idea, buscó algo a su alrededor con rostro desencajado.

—¡Te mato! —murmuraba con breves jadeos entrecortados—. ¡Te mato!

Parecía morder las palabras como para obligarlas a materializarse. Finalmente alarmada, Dot se detuvo, y, al enfrentarse con sus ojos de loco, dio un paso atrás en dirección a la puerta. Anthony empezó a correr de un lado para otro en su lado de la habitación, sin dejar de repetir el mismo grito amenazador. Luego encontró lo que había estado buscando: una recia silla de roble que había junto a la mesa. Con un grito bronco se apoderó de ella, la alzó en el aire y con la fuerza de la locura la arrojó contra el rostro pálido y aterrorizado al otro lado de la habitación… después una densa oscuridad impenetrable descendió sobre él, borrando ideas, rabia y locura al mismo tiempo; con un chasquido casi tangible la faz del mundo cambió ante sus ojos…

Gloria y Dick llegaron a las cinco y lo llamaron desde el vestíbulo. Anthony no contestó; entraron en la sala de estar y encontraron una silla con el respaldo roto junto a la puerta, y también notaron que toda la habitación estaba un tanto en desorden: las alfombras fuera de su sitio, caídas las fotografías y los objetos ornamentales de la mesa central. En el aire había un olor dulzón a perfume barato.

A Anthony lo encontraron sentado al sol en el suelo de su dormitorio. Delante de él, abiertos, estaban sus tres voluminosos álbumes de sellos, y cuando entraron tenía en las manos un montón de sellos todavía sin clasificar que guardaba en la parte posterior de uno de ellos. Al levantar la vista y ver

a Dick y Gloria, torció la cabeza con aire crítico y les hizo un gesto para que retrocedieran.

—¡Anthony! —exclamó Gloria con voz tensa—, ¡hemos ganado! El tribunal ha revocado la sentencia.

—No entréis —murmuró él débilmente—, vais a manchármelos. Los estoy ordenando y sé que acabaréis pisándolos. Todo acaba manchándose siempre.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Dick asombrado—. ¿Volviendo a la infancia? ¿No te das cuenta de que has ganado el pleito? Han revocado la sentencia del tribunal inferior. ¡Posees una fortuna de treinta millones!

Anthony se limitó a mirarlo con gesto reprobatorio.

—Cerrad la puerta cuando salgáis. — Hablaba como un niño impertinente.

Gloria lo contempló con una creciente expresión de espanto en los ojos.

—¡Anthony! —exclamó—, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué no has ido al juzgado? ¿Qué es lo que sucede?

—Mirad —dijo Anthony en voz baja—, quiero que os marchéis los dos de aquí ahora mismo. De lo contrario, se lo diré a mi abuelo.

Alzó un puñado de sellos y los dejó caer como si fueran hojas de árboles, multicolores y llamativas, girando y revoloteando en el aire soleado: sellos de Inglaterra y del Ecuador, de Venezuela, de España, de Italia…

Juntamente con los gorriones

Esa exquisita ironía celestial que ha planeado la desaparición de tantas generaciones de gorriones recoge, sin duda, las más sutiles inflexiones verbales de los pasajeros de un transatlántico como el Berengaria. Y sin duda estaba escuchando cuando el joven de la gorra a cuadros cruzó la cubierta a buen paso y se puso a hablar con la chica vestida de amarillo.

—Ese es —dijo, señalando a una figura sentada en una silla de ruedas cerca de la barandilla y con una manta de viaje sobre las rodillas—. Ahí tienes a Anthony Patch. La primera vez que sale a cubierta.

—¿Así que es ese?

—Sí. Dicen que ha estado un poco perturbado desde que consiguió la herencia, hace cuatro o cinco meses. El otro tipo, Shuttleworth, el que se quedó sin el dinero, que era una persona muy religiosa, se encerró en una habitación de su hotel y se pegó un tiro…

—¡Qué cosa más terrible!

—Pero no creo que a Anthony Patch le preocupe mucho. Se ha llevado los treinta millones. Y viaja con su médico personal por si acaso tuviera algún remordimiento. ¿A ella la has visto en cubierta? —preguntó.

La chica vestida de amarillo, que era muy bonita, miró a su alrededor cautelosamente.

—Estaba aquí hace un minuto. Llevaba un abrigo de martas cibelinas que debe de valer una fortuna. —Frunció el entrecejo y añadió muy convencida—: ¿Sabes? La encuentro muy desagradable. Parece… como si estuviera teñida y sucia, no sé si entiendes lo que quiero decir. Algunas personas tienen ese

aspecto, tanto si son sucias como si no lo son.

—Sí, claro —asintió el joven de la gorra a cuadros—. Pero no es fea, de todas formas. —Hizo una pausa—. Me pregunto qué estará pensando él… en su dinero, o quizá siente remordimientos por lo que pasó con Shuttleworth.

—Probablemente…

Pero el joven de la gorra a cuadros estaba completamente equivocado. Anthony Patch, sentado cerca de la barandilla y mirando al mar, no estaba pensando en su dinero, porque muy pocas veces en su vida había experimentado realmente la vanagloria de las cosas materiales, ni tampoco en Edward Shuttleworth, porque es mejor ver las cosas por el lado bueno. No; le preocupaba toda una serie de reminiscencias, de manera muy parecida a como un general puede repasar una campaña triunfal, analizando sus batallas. Pensaba en las privaciones, en las insufribles tribulaciones que había tenido que soportar. Todo el mundo había tratado de hacerle pagar los errores de su juventud. Había estado expuesto a la miseria más inhumana, sus mismos anhelos de aventuras románticas se habían visto castigados, sus amigos lo habían abandonado… incluso Gloria se había puesto en contra suya. Se había quedado solo, completamente solo… haciendo frente a todos.

Hacía aún muy pocos meses, todo el mundo lo instaba a que se rindiese, le pedía que se sometiera a la mediocridad, que se pusiera a trabajar. Pero él sabía que su manera de vivir estaba justificada; y se había mantenido en sus trece sin desfallecer. Bastaba con ver cómo los mismos amigos que llegaran a mostrarse más desagradables habían vuelto a respetarlo, a reconocer que siempre tuvo razón. ¿Acaso no habían ido los Lacy y los Meredith y los Cartwright-Smith a visitarlos a Gloria y a él en el Ritz-Carlton una semana antes de embarcarse?

Tenía los ojos llenos de lágrimas y le temblaba la voz mientras hablaba en susurros consigo mismo.

—¡Se lo he demostrado! —estaba diciendo—. ¡Ha sido una batalla muy dura, pero no me rendí y he conseguido lo que quería!

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es